Libros del Asteroide

Charlotte Delbo

La medida de nuestros días

Traducción de Palmira Feixas



Charlotte Delbo

La medida de nuestros días

Traducción de Palmira Feixas

Libros del Asteroide

Primera edición, 2025
Título original: *Auschwitz et après III: Mesure de nos jours*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1971 by Les Éditions de Minuit
© de la traducción, Palmira Feixas, 2025
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Kunj Parekh en Unsplash
Fotografía de la autora: © Eric Schwab

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-69-4
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Índice

El regreso
Gilberte
Mado
Poupette
Marie-Louise
Ida
Un año y un día
Loulou
Poupette
La muerte de Germaine
Jacques
Denise
Gaby
Louise
Marceline
El funeral
Françoise
Dedicatoria

Nota biográfica
Recomendaciones Asteroide
Notas

«Me acuerdo de todo el mundo
incluso de los que se marcharon.»

Pierre Reverdy

El regreso

Durante el viaje de regreso, iba con mis compañeras, las supervivientes de entre mis compañeras. Estaban sentadas cerca de mí en el avión y, a medida que el tiempo se aceleraba, se volvían traslúcidas, cada vez más traslúcidas, perdían color y forma. Ya flaqueaban todos los lazos, todas las lianas que nos ligaban las unas a las otras. Solo perduraban sus voces, aunque se iban alejando a medida que nos acercábamos a París. Las observaba transformarse ante mis ojos, volverse transparentes, volverse borrosas, volverse espectros. Aún las oía, empezaba a no comprender qué decían. Al llegar, ya no las reconocía. En medio de la muchedumbre que nos aguardaba, se escurrían, desaparecían, recobraban su aspecto por un instante, tan impalpables, tan irreales, tan huidizas que dudaba de mi propia existencia. Jugaron a esa cosa ilusoria durante todo el tiempo que anduvimos de despacho en despacho, se perdían, se encontraban, me encontraban, decían palabras que no entendía, volvían a desvanecerse y acababan mezclándose con la muchedumbre que nos aguardaba, devoradas para siempre por aquella muchedumbre. Habían perdido tanta realidad durante el viaje a lo largo del cual las había visto metamorfosearse minuto a minuto, apartarse lentamente, imperceptiblemente, inexorablemente, volverse espectros, que tardé en darme cuenta de que habían desaparecido. Sin duda alguna, porque yo era tan transparente, tan irreal, tan fluida como ellas. Flotaba en medio de aquella muchedumbre que se deslizaba a mi alrededor. Y, de repente, me sentí sola, sola en un vacío en el que faltaba oxígeno, en el que buscaba mi respiración, en el que me ahogaba. ¿Dónde estaban? Constaté que habían desaparecido cuando ya era demasiado tarde para llamarlas, demasiado tarde para echar a correr en su busca —¿y cómo correr en medio de aquella muchedumbre escurridiza?—. De hecho, me había quedado sin voz y tenía las piernas paralizadas. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estáis, Lulu, Cécile, Viva?

Viva, ¿por qué la llamo ahora? Viva, ¿dónde estás? No, no estabas en el avión con nosotras. Si confundo a las muertas y las vivas, ¿con quiénes estoy? Debía admitir —y era una conclusión muy larga de formular, y, hasta que lo logré, se apoderó de mí una angustia que me dejó vagando, huyendo y flotando—, debía admitir que las había perdido y que a partir de entonces estaría sola. ¿Dónde pedir auxilio? Nadie me iba a auxiliar. Era absurdo gritar, era absurdo pedir auxilio a gritos. En la muchedumbre que me rodeaba, todos estaban dispuestos a ayudarme, estaban allí para ayudarme, pero se ofrecían con sus propios medios, que yo sabía que eran inútiles. Los únicos seres que podían ayudarme estaban fuera de mi alcance. Nadie podía sustituirlos. Con dificultad, con un gran esfuerzo de memoria —pero ¿por qué decir esfuerzo de memoria, si ya no tenía memoria?—, con un esfuerzo que no sé cómo llamar, traté de recordar los gestos que había que hacer para recuperar la forma de un vivo en la vida. Caminar, hablar, contestar a las preguntas, decir a dónde quieres ir, ir allí. Lo había olvidado. ¿Acaso lo había sabido alguna vez? No se me ocurría cómo arreglármelas ni por dónde empezar. No tenía fuerzas para semejante hazaña. Solo cabía renunciar. Renunciar o postergarlo. Primero, debía reflexionar. Flotaba en medio de la muchedumbre que me arrastraba sin darse cuenta porque yo no pesaba nada, se me vaciaba la cabeza. ¿Reflexionar? ¿Cómo reflexionar cuando no te queda ni una palabra, cuando has olvidado todas las palabras? Estaba demasiado ausente como para estar desesperada. Estaba allí… ¿Cómo? No lo sé. Pero ¿estaba allí? ¿Era yo? Estaba… Estaba allí y sería falso decir que no sabía qué hacer, no pensaba y no me preguntaba si había algo que hacer. Saber, preguntarse, pensar son palabras que empleo ahora.

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel banco donde parecía que meditaba o que descansaba? ¿Cuánto tiempo pasé sin meditar, sin reflexionar, tratando de recordar cómo se recuerda? ¿Recordar qué? Ya no sabía qué debía recordar. Ahora es fácil argumentar, a modo de conclusión, que tenía frío como cuando tienes fiebre, decir que estaba agotada. No sentía nada, no me sentía existir, no existía. ¿Cuánto tiempo permanecí así, en una suspensión de mi existencia? (Desde entonces, he recobrado las palabras.) Mucho tiempo, mucho tiempo.

De aquella época guardo imágenes brumosas en las que ninguna mancha clara permite distinguir el sueño de la vigilia. Mucho tiempo.

Con un gran esfuerzo, creo recordar que estaba en cama, que la gente venía a verme. Me besaban, me hablaban, me contaban cosas, me hacían preguntas. En cuanto a las preguntas, pronto desistieron, no contestaba ninguna. Oía sus voces desde muy lejos. Cuando entraban en mi cuarto, la mirada se me velaba. Su espesor interceptaba la luz. A través de aquel velo, los veía sonreír con una sonrisa alentadora y no comprendía en absoluto su sonrisa, su actitud, su amabilidad —bueno, más tarde supuse que era amabilidad—. Es casi imposible, *a posteriori*, contar con palabras qué sucedió en la época en que no había palabras. ¿Por qué vienen a verme? ¿Por qué hablan? ¿Qué quieren saber? ¿Por qué quieren que sepa algunas cosas que están dispuestos a decirme, que han venido a propósito a decirme? Todo me resultaba incomprensible. Y me era indiferente que todo me resultara incomprensible. No tenía ninguna curiosidad, ningún afán de saber nada. Me traían flores y libros. ¿Acaso temen que me aburra? Aburrirme… Todas sus ideas eran de un mundo aparte. Temen que me aburra y traen libros… Dejaban los libros en mi mesilla de noche y los libros se quedaban allí sin que se me ocurriera siquiera tocarlos. Durante mucho tiempo, mucho tiempo, los libros se quedaron allí, a mi alcance, fuera de mi alcance. Mucho tiempo. Eso me dijeron, al menos, que mi ausencia del mundo había durado mucho tiempo. Mi cuerpo carecía de peso, mi cabeza carecía de peso. Días y días sin pensar en nada, sin existir, aunque a sabiendas —pero ya no recuerdo cómo lo sabía—, mientras tenía la sensación, apenas definible, de que existía. No lograba volver a acostumbrarme a mí misma. ¿Cómo iba a volver a acostumbrarme a mí misma si mi yo se había desgajado tanto de mí que ni siquiera estaba segura de haber existido alguna vez? ¿Mi vida de antes? ¿Acaso antes había tenido una vida? ¿Mi vida de después? ¿Estaba viva para tener un después, para saber qué significaba después? Flotaba en un presente sin realidad.

Mis amigos seguían visitándome, me traían más libros que se apilaban encima de los otros. A veces, al incorporarme sobre los cojines, miraba esos libros sin relacionar los libros con la lectura.

Objetos sin uso. ¿Qué hacer con esos objetos? Y entonces los olvidaba y volvía a mi ausencia.

Lentamente, a mis espaldas, la realidad fue recobrando su forma a mi alrededor. A mis espaldas, porque no hice ningún esfuerzo por volver a la superficie de la realidad. No tenía fuerzas para hacer el más mínimo amago de esfuerzo. La realidad recobró sus contornos, sus significados, por sí misma, por su propio peso, pero tan lentamente… Fui descubriendo, con largos intervalos, un nuevo rasgo, un nuevo sentido. Poco a poco, recuperé la vista, el oído. Poco a poco, fui reconociendo los colores, los sonidos, los olores. Los sabores, mucho más tarde. Un día, vi —sí, vi— los libros en mi mesilla de noche, en una silla cerca de mi cama. Todos estaban a mano. Durante mucho tiempo, los miré sin la menor intención de tocarlos, de cogerlos. Cuando por fin me atreví a coger uno, a abrirlo, a mirarlo, me pareció tan pobre, tan al margen, que volví a colocarlo sobre la pila. Al margen. Sí, todo estaba al margen. ¿De qué hablaba aquel libro? No lo sé. Sé que estaba al margen. Al margen de las cosas, al margen de la vida. Al margen de lo esencial, al margen de la verdad.

¿Qué es lo que no está al margen? Me lo preguntaba a mí misma y me desesperaba no saber contestar. Digo desesperar a falta de alguna palabra que dé la idea de lo que quiero decir. No estaba desesperada, estaba ausente.

Tardé mucho tiempo antes de intentar reconocerme de nuevo en otro libro. Fue tan desconcertante como el primero y yo acabé más desesperada aún o, mejor dicho, todavía más hundida en mi ausencia.

¿Qué es lo que no está al margen? ¿Acaso ya no encontraré nada en los libros? ¿Son todos una repetición fútil, una descripción bonita y llena de imágenes, una sucesión de palabras sin peso?

Mi desaliento ante los libros duró mucho tiempo. Años. No lograba leer porque me parecía saber de antemano qué había escrito en un el libro, y saberlo de otro modo, con un conocimiento más seguro y profundo, evidente, irrefutable.

Del mismo modo que bajaba la mirada para no ver los rostros porque los rostros se desnudaban ante mi mirada, porque lo veía todo de la gente a través de su rostro en cuanto posaba la mirada en ellos, y eso me incomodaba hasta tal punto que me veía obligada a bajar la

mirada, del mismo modo me apartaba de los libros porque veía a través de las palabras. Veía la banalidad, la convención, el vacío. Veía la habilidad. ¿Y qué sabe ese que quiera decirme? ¿Y por qué no lo dice?

Todo era falso, rostros y libros, todo me mostraba su falsedad y me desesperaba haber perdido por completo el sentido de la ilusión y del sueño, la permeabilidad a la imaginación, a la explicación. Esa es la parte de mí que murió en Auschwitz. Eso es lo que me convierte en un espectro. ¿Qué puede despertarte interés cuando descubres la falsedad, cuando ya no hay claroscuros, cuando ya no hay nada que adivinar, ni en las miradas ni en los libros? ¿Cómo vivir en un mundo sin misterio? ¿Cómo vivir en un mundo donde la mentira se tiñe de un color cegador y se separa inmediatamente de la verdad, como en esas mezclas que se descomponen, en las que cada ingrediente recupera su color y su densidad propias?

Me lo pregunté durante mucho tiempo sin encontrar la respuesta. ¿Por qué vivir si nada es verdad? ¿Por qué lamentar que ya no puedan engañarte, si es tan grato? Me debatía en un dilema irresoluble. Miraba los libros inútiles. Todo me resultaba inútil. Pero ¿de qué sirve saber cuando ya no sabes cómo vivir?

¿Cómo sucedió? No lo sé. Un día, cogí un libro y lo leí. Me encantaría contar cómo fue. Ya no recuerdo nada. Tampoco recuerdo el título. Sería ideal que mencionara alguna obra maestra. No. Era un libro cualquiera, uno de tantos, que me devolvió todos los demás libros. Tendré que intentar recordarlo. Es tan difícil que de momento desisto. ¿Quién piensa en jalonar un recorrido subterráneo en el que se pierde durante años antes de llegar a un destello de luz? Sabe que jamás regresará a ese subterráneo, ¿qué sentido tiene buscarlo?

Resistí a la injusticia
me atrapó
y me entregó a la muerte
resistí a la muerte
tanto
que no pudo arrebatarme la vida
para vengarse
me arrebató el deseo
y
me hizo un certificado
aquí lo tengo
firmado con una cruz
para usarlo la próxima vez.

*

Mi corazón ha perdido la tristeza
ha perdido la razón de luchar
la vida me ha sido devuelta
y aquí estoy ante la vida
como ante un vestido
que ya no puedes ponerte.

*

Un niño me dio una flor
una mañana
una flor que había recogido
para mí
besó la flor

antes de dármela
y quiso que yo también la besara
me sonrió
fue en Sicilia
un niño de color regaliz
no hay herida que no se cure
Eso me dije
aquel día
me lo repito a veces
no basta para creérmelo.

Gilberte

Yo me perdí enseguida, nada más volver a París. Al llegar, pasamos por sitios raros, patios transformados en despachos, con mesas improvisadas y gente atareada. Sí, creo que fue una escuela el primero. Como no conozco París, no sabría decir dónde era. En un lugar, tenías que dar tu identidad; en otro, enumerar tus enfermedades; en otro, recoger un papel. Luego nos llevaron en autobús. Al centro, esta vez. De nuevo, una serie de mesas, más preguntas, más papeles. Era en un hotel,[1] lo vi enseguida. La impresión que guardo es la de una muchedumbre, una muchedumbre en la que me perdí. Recuerdo perfectamente que al principio estabais delante o detrás de mí, que me daba la vuelta para saber si seguíais allí, que las que estaban delante de mí se daban la vuelta y me sonreían. ¿Cómo es posible que, al término del desfile frente a las mesas y la gente atareada en torno a las mesas, me encontrara sola, sola en medio de una muchedumbre en la que no reconocía ni una sola cara? Habíais desaparecido. Me encontré sola sin saber en qué momento nos habían separado. Más tarde comprendí que, a las parisinas, vuestras familias os habían ido a esperar y que, una vez terminadas las formalidades, se os habían llevado. Nadie dijo: «¿Y Gilberte?» o bien es que, cuando os disteis cuenta, yo ya había desaparecido, se me había tragado la muchedumbre. Debíais de estar aturdidas, como yo. Era la única de Burdeos. Me quedé allí plantada, en un desierto donde nadie se fijaba en mí, donde se terminaba la hilera de mesas. Como en una encrucijada. Me quedé allí, como una idiota, perdida. Ya no estabais a mi lado. De repente, me faltaba un miembro, un órgano esencial. Ya no veía ni entendía nada. Una sensación de naufragio. Todo se había hundido. Ya no quedaba ni un trozo de pecio al que agarrarme. Alguien, de entre las señoras y los señores atareados detrás de las mesas, rellenando los papeles de los que desfilaban por delante de ellos, debió de preocuparse por mí. Me desperté en la penumbra de un

cuarto. Había una cama, una gran cama en medio, en la que me había tumbado completamente vestida. Estaba agotada, agotada. Cuando me desperté, era de noche. Se me hizo un nudo en la garganta, como cuando tienes miedo. Sin embargo, no tenía miedo. Me pregunté qué hacía allí, por qué me encontraba allí, cómo había llegado. Una gran fatiga me pegaba al colchón. No tenía fuerzas para moverme. Sentí el deseo —ay, por un instante— de saber dónde estaba, un deseo lejano, demasiado lejano como para ponerme en pie y buscar el interruptor de la luz. Cuando volví a despertarme, todavía era de noche. Necesitaba salir, no llegaba a decidirme. Después de andar a tientas un buen rato y de muchas dudas, encendí la luz. El cuarto era una habitación de hotel, bien amueblada, de estilo antiguo, como en los hoteles elegantes. Era grande. Me dejé aletargar por las flores de papel, por las molduras doradas —un ángel de bronce que sujetaba una copa, no, un cupido—. Tengo que levantarme, tengo que levantarme. Me lo repetía sin moverme. Por fin me levanté. Una puerta entreabierta daba a un cuarto de baño. También había un retrete. Giré los grifos, miré cómo corría el agua. No pensaba en nada, estaba ausente, perdida. Revivía la angustia que se había apoderado de mí el día que estuvieron a punto de separarme de vosotras. Una *kapo*[2] me había empujado a la fuerza a una columna en la que solo había rusas y polacas. Ni una sola cara familiar. Estaba desesperada, anonadada, ante la idea de cambiar de campo sin vosotras, de dejaros, de que me separaran de mi grupo para mezclarme con desconocidas que charlaban sin prestarme atención. No entendía ni una palabra de lo que decían. Parecían haber decidido abandonar el campo. Sin duda, estaban entre amigas. Pero yo, perdida en medio de ellas… La idea de estar separada de vosotras me helaba, me paralizaba, me impedía reaccionar. Estaba desesperada, tan perdida como un niño que ha perdido a su madre entre la muchedumbre. Gracias a una estampida, pude escaparme. ¿Cómo lo conseguí? La audacia de la desesperación; corrí hacia una barraca donde os encontré, donde me esperabais, preocupadísimas. En cuanto estuve en medio de vosotras, me sentí reconfortada, calmada, consolada. Fue una de las alegrías más intensas que he experimentado en toda mi vida. Y ahora, aquí estoy, sola en esta habitación. La desesperación me ahogaba. Había soñado con la libertad durante toda

la deportación. ¿Acaso era eso la libertad, aquella soledad insoportable, aquella habitación, aquel cansancio? Volví a tumbarme, como si buscara en la almohada calor, alguna presencia, y me quedé dormida otra vez. Ya no recuerdo cómo me desperté ni cómo tuve el valor de salir de la habitación. Había dejado la luz encendida y las flores de papel tenían un aspecto tranquilizador. Abrí la puerta, me aventuré fuera. Los pasillos no tenían fin. Formaban recodos, curvas, no desembocaban en ninguna parte. No me atrevía a alejarme demasiado. Me daba miedo perderme. Avancé hasta una esquina del pasillo. ¿Tenía que avanzar un poco más? Asustada, volví a la habitación, que reconocí porque había dejado la puerta abierta. La habitación se había convertido en mi refugio. Me había acostumbrado a su decoración, a los colores del cubrecama. Había un tocador, un lavamanos, una bañera, pero no tenía nada para asearme. No había ninguna toalla ni agua caliente. Me eché agua fría en la cara con las manos y me senté en la cama. Esperé sin esperar nada. Allí estaba, inerte, sin preguntarme si debería hacer algo. No oía ningún ruido. No sabía qué hora era. Podría haberme acercado a la ventana, podría haber apartado las cortinas, podría haber intentado orientarme. No tenía fuerzas ni iniciativa. No se me ocurrió ir a informarme para saber qué debía hacer. ¿Había algo que hacer? ¿Qué? No tenía hambre ni sed, solo sentía el cansancio y la angustia. La soledad me abrumaba. No recordaba las circunstancias que me habían conducido a esa habitación. No hacía más que preguntarme: ¿Dónde están Lulu, Cécile y Charlotte? Y no era más que una repetición monótona de una pregunta que me hacía sin buscar la respuesta. No trataba de recordar una dirección. Estaba perdida. No sabía qué hacer y no tenía ninguna voluntad de hacer nada. ¿Cuánto tiempo pasé en aquella habitación? No lo sé. Días, noches. Mucho tiempo. El pasillo me había asustado. Ya no tenía valor para pisarlo. Me quedé sentada en la cama mucho tiempo sin pensar en nada. Creo que me dormí otra vez.

Cuando me desperté, tenía hambre. Acogí esa sensación con alivio. Tenía hambre, existía. Estaba tan desorientada que no me imaginaba ninguna manera de salir de aquella situación. Tenía hambre, ¿dónde encontrar comida? ¿Qué hacer? Quedarme en el cuarto, esperar. Quizá vendría alguien. En un hotel, tiene que haber señoras de la

limpieza. Qué extraño hotel, donde nadie viene a ver qué ocurre. Hice un inventario minucioso del contenido de la habitación. ¿De quién es ese abrigo que está en una silla? Era el abrigo que me habían dado en Suecia. Igual que el tuyo, creo. Gris. No reconocí el abrigo. Nada me daba la más mínima pista, la más mínima clave. Descubrí un timbre. Probablemente no estuviera conectado. Llamé tres o cuatro veces, sin que sucediera nada. El teléfono que había encima de la mesilla de noche tampoco estaba conectado. Estaba perdida pero ya no sentía angustia. Perdida, sin energía. Al término de mi exploración, volví a acostarme. No podía hacer otra cosa. Me quedé tumbada mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo? No sabría decirlo. El tiempo no tenía duración. Simplemente me parecía que hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo, que estaba en aquella habitación. Al volver a levantarme —¿y por qué me levanté?—, la sensación de hambre fue más intensa. Al principio, no la identifiqué. Cuando comprendí que lo que me encogía el estómago era el hambre, sentí alivio. El hambre era suficientemente fuerte como para que me pusiera en pie, pero no tanto como para ir hasta el final del pasillo. Debía de llevar a algún sitio aquel pasillo… Por fin, me decidí a salir. Abrí la puerta y me quedé en el umbral, al acecho, a la espera, preguntándome si debía ir hacia la derecha o hacia la izquierda, vacilante. Me sujetaba al marco de la puerta, sin atreverme a soltarlo. Allí estaba, indecisa, atemorizada. No me movía. Seguía vacilando entre salir y volver a mi cama cuando pasó un hombre. Me interrogó:

—¿De dónde eres, tú?

—De Auschwitz.

—Yo vuelvo de Mauthausen, pero no te estaba preguntando eso. ¿De dónde eres? ¿De qué región?

—De Burdeos.

—¿Tienes familia?

—Mi padre. Debe de quedarme mi padre.

—¿Estás esperando noticias?

—No. Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Cómo llegaste? No estarás sola…

—Estaba con mis compañeras. Estaba con Lulu, Cécile, Charlotte, Mado. Nos repatriaron de Suecia en avión. Las perdí por donde las

mesas, abajo, al llegar.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—No lo sé.

Aquel hombre, con sus preguntas, me agotaba. El sonido de mi voz me parecía tan extraño… Ya no tenía fuerzas para hablar.

—Deberías telegrafiar a tu padre. Desde el despacho de abajo se pueden mandar telegramas.

Ante la idea de mandar un telegrama a mi padre, me sentí aún más perdida. No, no, eso no. ¿Qué le diría a mi padre? «He vuelto. Gilberte.» Y mi padre pensaría: «¿Y Andrée? ¿Qué ha sido de Andrée?».

—No, no puedo mandar un telegrama.

—No puedes quedarte aquí eternamente. Tarde o temprano tendrás que volver.

—Sí. Tendré que volver.

¿Por qué, durante esos tres años de cautividad, había dirigido mi voluntad hacia la vuelta? ¿Había creído en ella? Por vosotras, sin duda. Había que volver. Volver… Desde allí, la vuelta parecía tan improbable. No hay que creer en los milagros… Sin embargo, si había aguantado hasta entonces, es porque había tenido la voluntad de volver. Habría sido tan fácil no regresar. Había que volver. Todas vosotras decíais: «Hay que volver». Y hacíais proyectos. Yo no hacía proyectos, pero estaba atrapada en la determinación común: volver. Había que volver. ¿Por qué? Sola en esa habitación, abandonada, perdida, ya no sabía por qué había hecho falta volver a cualquier precio. «Tendré que volver.» Estaba aterrada. Volver, ¿y después qué? No entendía el después. No entendía en absoluto qué razón me obligaba a volver. Ver a mi padre… Sí, claro, quería volver a ver a mi padre. Me daba tanto miedo encontrarme ante él que habría querido retrasar el momento de volver a verlo, postergarlo a una distancia inaccesible. Mi padre… ¿Cómo iba a encontrarlo? Lo habían internado en Mérignac, un campo cerca de Burdeos. La Gestapo tomaba rehenes cada vez que la Resistencia atentaba contra el ocupante, ya antes de que me detuvieran a mí. ¿Estaría vivo? Me temía lo peor. Encontrarlo, no encontrarlo. Y no me decidía a dar un solo paso para salir de dudas.

—Ven. Vamos a comer y luego mandarás el telegrama —me dijo el compañero de Mauthausen.

Lo seguí por los pasillos. El ascensor no funcionaba. Bajamos por la escalera, una gran escalera cubierta con una alfombra roja, y me condujo al comedor.

Una vez que me hubo acompañado a mi sitio, el compañero de Mauthausen dijo:

—Espérame. Te traeré tu bandeja.

Desde luego, debía de tener un aspecto lamentable. Estaba sentada en medio del comedor abarrotado de gente, perdida, más perdida que nunca. No me atrevía a levantar la mirada hacia la gente de las otras mesas. Muchos parecían conocerse, charlaban, se llamaban de una mesa a otra, en una algarabía en la que yo no distinguía nada. Veía rostros en una neblina que los volvía lejanos e indescifrables. El compañero de Mauthausen regresó con varios platos y me tendió uno.

—Come, tienes hambre.

Me sirvió un vaso de vino.

—Bebe, te levantará el ánimo.

El vino era mediocre, al menos me pareció mediocre. La sopa… Creo que era sopa. O pasta, quizá. Ya no lo sé. Comí sin fijarme. Me habría gustado llorar, refugiarme en las lágrimas. Pensaba en llorar. Pensaba en ello como en algo muy dulce. Si pudiera llorar… Desde que dejé a Dédée allí, ya no lloro. ¿Tú lloras? Y eso que podría haber derramado tantas lágrimas tras la muerte de Dédée. Tras la muerte de Viva, tras la muerte de mi abuela Yvonne, tras la muerte de todas nuestras bordelesas, las que habían sido encarceladas con Dédée y conmigo al principio. Y por Berthe, a quien llevasteis muerta, volviendo de las ciénagas, por la noche, Lulu, Carmen, Viva y tú. Las lágrimas son otro don que se nos niega.

El compañero de Mauthausen hablaba por los codos. Hacía preguntas. Se interesaba por mí, quería ayudarme.

—Come pan. Es bueno, después de lo que nos ha pasado.

¿Es bueno el pan? Ya no tenía hambre. Quería llorar y sentía que se me crispaban los labios, como cuando vas a llorar. Me esforzaba por acentuar la crispación de los labios, con la esperanza de desencadenar las lágrimas. Las lágrimas no brotaban.

Con el postre, había mermelada.

—Cógela, si quieres —le dije al compañero de Mauthausen, que se alegró de oírme hablar, por fin. Menos mal que no esperaba que yo también le hiciera un interrogatorio. Era de los Pirineos Atlánticos.

—¡Figúrate! Cuando me has dicho que eres de Burdeos… ¡Somos de la misma tierra! Si mi telegrama llega a tiempo… No sé si mi hermano está en Biarritz o en Pau; iba a mudarse; la gente se mudaba a menudo durante la Ocupación. Estoy esperando un telegrama para saber si cojo un billete para Pau o un billete para Biarritz… Si mi telegrama llega a tiempo, viajaremos juntos.

Inmediatamente, me entraron ganas de marcharme de allí cuanto antes. Aquel compañero era bueno. Sus preguntas eran amistosas, pero no revelaban curiosidad. No sabría decir si era joven o viejo, alto o bajo, no lo vi. Simplemente sentí su presencia, su deseo de ayudarme. Su voz era muy lejana, como una voz que te llega a través de la niebla. Todo estaba velado por la niebla. Yo misma me encontraba en aquella niebla en la que había perdido todas mis referencias.

—¿Has terminado? Ven. Mandarás el telegrama.

Me condujo a un mostrador. Había una pila de formularios. Mi compañero me tendió uno, con un lápiz que había sacado de su bolsillo. Ya estaba muy organizado. Con el lápiz en la mano, me quedé quieta frente al formulario. Estaba vacía, tenía la cabeza llena de niebla. No se me ocurría ni una palabra.

—Anda, escribe la dirección. Aquí…

La dirección… Ya no recordaba el apellido de mi padre, mi apellido. El compañero me quitó el lápiz y el formulario.

—Yo te lo escribo. ¿Cómo se llama tu padre?

Logré articular el apellido y la dirección.

—¿Y el texto?

—El texto… No lo sé.

—¿Estás segura de que tu padre está en Burdeos?

—Si sigue vivo, está en Burdeos.

—¿Prefieres preguntarlo y esperar la respuesta?

—No. Tengo que marcharme.

—Pues entonces toma el tren de las cuatro, te da tiempo a alcanzarlo. Hay un tren a las cuatro que llega a Burdeos hacia medianoche. Lo sé. Tanto si voy a Biarritz como a Pau, es el tren que tendré que coger.

A las cuatro. Medianoche. Esta misma noche. Ya. Sentí tal espanto que me eché a temblar. Desde luego, qué decidido era aquel compañero. Se me habían pasado las ganas de marcharme y no sabía qué razón darle.

—Quizá no sea una buena idea salir a las cuatro para llegar en plena noche si no estás segura de que haya alguien en casa. ¿Y si te marchas mañana por la mañana para llegar de día? ¿Tu casa está lejos de la estación?

—Bastante lejos.

—Seguramente no haya taxis en Burdeos.

—Los tranvías deben de funcionar. Durante la guerra circularon. Cogeré el tranvía.

—Vale. Pues entonces escribo: «Llegaré Burdeos Saint-Jean mañana sábado…».

Sabía que mañana era sábado… Desde luego, qué organizado, aquel tipo.

«Llegaré mañana sábado cuatro y media tarde. Besos.» Listo. ¿Cómo quieres firmar?

—Gilberte.

—¿Quieres que te lo relea?

Me negué con un gesto. Le tendió el telegrama a una señora que estaba detrás del mostrador.

—No hace falta pagar.

¿Por qué había añadido eso? Yo no había esbozado ningún gesto de buscar dinero en mi bolsillo. No se me había ocurrido. Un gesto olvidado. No sabía que tuviera dinero. Me di cuenta en Burdeos. La prima de repatriación.

—Y ahora te enseñaré dónde tienes que coger la hoja de ruta. También es gratuita.

Y me llevó a otro mostrador. Había gente esperando. Nos pusimos detrás.

—¿Tienes el carné de repatriada?

Que deje de hacerme preguntas… Qué bueno es este compañero, pero ¿por qué tiene tanta energía?

—¿El carné de repatriada? ¿Qué es eso?

—Debieron de entregarte uno cuando llegaste aquí.

—Pues entonces está en mi habitación.

—Ve a buscarlo mientras yo hago la cola.

La idea de dejarlo, de encontrarme sola en los pasillos, me daba tal pavor que tuve la tentación de contestar: «No quiero marcharme».

Debía de parecer agotada. El compañero me observaba. Estaba empapada de sudor. Me goteaba por la frente hasta las cejas, que lo retenían un instante, me corría por las mejillas, me caía en el vestido.

—Tu habitación es la 326. Justo al lado de la mía. Si me dices dónde está el carné, iré a buscarlo.

—No lo sé.

—Bueno. Quédate aquí. Ya lo encontraré.

Se marchó. Sentí alivio. Desde luego, tenía demasiada energía para mí. Era tal mi debilidad, tal mi agotamiento, que no podía soportar su ímpetu. Me daba la impresión de que me empujaba, de que me presionaba, de que me forzaba, aunque era bondadoso y en un momento se había convertido en un hermano, ahora me doy cuenta. Cuando volvió, me tocaba a mí. Me abrumaba tanto tener que hablar, contestar, dar explicaciones, me abrumaba tanto empezar a ejecutar mi proyecto, ponerle fecha, que me habría gustado huir. Pero el compañero de Mauthausen llevaba la delantera: «Burdeos, para mañana por la mañana» y mostró mi documento. Yo no me movía, me iba empequeñeciendo detrás del compañero del miedo que tenía a responder más preguntas.

—Toma. Tu bono de transporte. No lo pierdas. Lo guardo aquí, en tu bolsillo, junto con el carné de repatriada. —Y dobló con esmero los papeles—. ¿No tienes ningún pañuelo para secarte la cara? Estás sudando.

—No, no tengo ningún pañuelo.

—Espera. El mío está limpio.

Me enjugó la cara con su pañuelo de manera suave y delicada. Me sentí tontísima. Al mismo tiempo, no me importaba parecer tonta con aquel compañero.

—Ahora deberías ir a descansar hasta la hora de la cena.

—No conozco el camino hasta mi habitación.

—Está en el tercer piso. Te acompañaré.

Me costó subir. Aquellas escaleras rojas eran interminables. El compañero de Mauthausen iba delante. Me esperaba en cada rellano y me ayudó a subir el último piso dándome la mano.

—Eres como yo. No puedes ni ver las escaleras.

Lo dijo con un amago de sonrisa. No entendí por qué. Debía de haber tallado las escaleras de Mauthausen, pero en aquel momento yo no sabía que en Mauthausen había unas escaleras.[3] Delante de mi puerta, dijo:

—Es aquí. ¿Ves? 326.

No le di las gracias. Me avergonzaba comportarme como una boba, me habría gustado decirle alguna palabra amable de agradecimiento. No se me ocurría ninguna y era tal mi impaciencia por estar sola que, nada más franquear la puerta, lo dejé y me tumbé en la cama, sin fuerzas.

Cuando vino a buscarme para cenar, aún era de día. Allí se cenaba temprano. Era junio y en el comedor había muchísima luz. En mi habitación, no. Seguía sin abrir las cortinas. El comedor estaba tan animado como a mediodía. La algarabía me retumbaba en la cabeza. Habría preferido quedarme en mi habitación, pero el compañero había insistido y yo no tenía suficiente fuerza de voluntad como para resistirme.

Durante la cena, fue a dar una vuelta por la sala y, al volver, me dijo con un tono alentador:

—Hay más gente que viajará en el mismo tren que tú. Un coche os llevará a la estación. Tendrás que estar en el vestíbulo a las siete.

Yo cavilaba o, al menos, trataba de cavilar. En mi cabeza estaba todo tan deshilvanado que no lograba formular ideas, ni construir frases. Mañana por la mañana, a las siete, en el vestíbulo. Era tan inviable como un viaje a la China. ¿Cómo iba a saber que eran las siete? Me pregunté si debía quedarme toda la noche en el vestíbulo, o bien quedarme en la cama, dejar pasar la hora y no marcharme. El compañero de Mauthausen era organizado y perspicaz. Añadió:

—Les pediré que llamen a tu puerta. Hay dos que están en el mismo piso que tú. Si hubiera recibido el telegrama, me habría marchado contigo. Debería haberlo recibido hoy. Qué raro…

¿Le inquietaba no haber recibido el telegrama? No me preocupé lo más mínimo. No prestaba atención a nada. Todo ocurría detrás de una neblina. Detrás de aquel velo de neblina, oí las preguntas del compañero:

—¿Y tu madre? ¿Ya no tienes madre?

Y oí que le contestaba. Mi voz también estaba detrás del velo de neblina.

—Mi madre murió al nacer mi hermana.

—Así que tienes una hermana…

—Murió en Auschwitz.

—Lo comprendo —dijo el compañero—. Te va a impresionar volver.

Mi padre me aguardaba en la estación. No había cambiado. Simplemente estaba un poco encorvado, cansado. Me besó. No me preguntó nada. Por unas bordelesas que habían vuelto antes que yo, se había enterado de que Dédée no iba a regresar. Me sentía desfallecer y habría querido que el trayecto durara mucho tiempo, mucho tiempo.

En casa, todo seguía en su lugar. Las cosas de Dédée desparramadas, su cuarto, todo estaba como antes. A medida que la neblina se disipaba, los objetos recobraban sus contornos, su uso, su pasado, sus huellas. Todo se volvía cortante, todo se volvía amenazante. No sabía cómo evitar el contacto de todos aquellos objetos que me sitiaban, me asediaban, me herían. ¿Cómo huir, disolverme, dejar de ser perseguida por el pasado, dejar de chocar con los muros, con las cosas, con los recuerdos? Al mismo tiempo, todo era irreal, como desprovisto de consistencia. Sin consistencia y, sin embargo, cortante. Todo eran heridas y, de hecho, me daba la impresión de estar cubierta de morados, no había parte de la piel que no me doliera.

Desde entonces… ¿Cómo me las he arreglado? Me lo pregunto a veces. No lo sé. Mi padre enfermó. Lo cuidé. Murió cuatro años después de mi regreso. ¿Casarme? Sí, lo pensé un poco. Habría sido para tener un hijo. Pero mientras mi padre estuvo enfermo —necesitaba cuidados constantes—, no podía considerarlo seriamente. Después ya era demasiado vieja para tener hijos. Bueno, me pareció

que era demasiado tarde. Tuve que mudarme a otra casa. Abandonar la casa donde Dédée había nacido, donde la había criado, todo era desgarrador. Instalarme en otra parte… No estoy instalada. Las cosas están colocadas allí, no están en su lugar, no se han incorporado al resto, no están mezcladas entre ellas. Están colocadas, no han encontrado su lugar. Estaba tan agotada.

Desde entonces… No lo sé. No hago nada. Si me preguntaran qué ha ocurrido desde que regresé, contestaría: nada. Admiro a las que tuvieron el valor de continuar viviendo después de eso. Mado… Se casó. Tuvo un hijo. Es útil para su marido, para su hijo. Tiene una razón para vivir. Para las que se reencontraron con su marido, con su hijo, como Lulu, fue más fácil, sin duda. Me pregunto… Quizá sean felices. Ser feliz, ¿acaso es algo que nos preguntemos nosotras? Para cerciorarme de ello, me repito que hace veinticinco años que volvimos; de lo contrario, no me lo creería. Lo sé al igual que la gente sabe que la Tierra gira, porque lo ha aprendido. Hay que pensar en ello para saberlo.

No puedo mirar a la gente sin interrogar su rostro. Así es desde que volví. Interrogo sus labios, sus ojos, sus manos. A sus labios, a sus ojos, a sus manos, les hago preguntas. Cuando conozco a alguien, me pregunto: ¿Me habría ayudado a caminar? ¿Me habría dado un poco de su agua? Interrogo a todos los que veo —transeúntes, desconocidos; al cartero, a los amigos de antaño, a la dependienta—, los interrogo a todos, en todas partes, donde sea, a todos los que rozo o trato o frecuento a lo largo de la vida. No puedo evitar mirarlos e interrogarlos. Así divido a la gente desde que volví. A primera vista, sé que esos no me habrían ayudado a caminar, no me habrían dado un sorbo de agua, y no necesito que abran la boca para saber que sus voces son falsas, falsas sus palabras. A estos los observo con más detenimiento, pese a haber leído su respuesta de inmediato. Los interrogo desesperada porque querría que fueran de los que me habrían ayudado, porque querría poder amarlos —mi padre, cuando volví…—. Intento descubrir en alguna línea de sus labios, en algún destello involuntario de sus ojos la señal de un quizá. Lo intento desesperada. Sus labios, sus ojos se muestran avaros. Ellos tampoco… Entonces ¿quién? ¿Quién me queda? Y sigo interrogando. Son tan pocos los que sé a primera vista que me habrían ayudado a caminar… Me digo que soy tonta. Ya no necesito que me ayuden a caminar, ya no necesito que me den agua, ya no necesito que compartan el pan conmigo. Ahora se ha acabado. No puedo impedir interrogar los rostros y las manos, las manos y los ojos. Es una búsqueda miserable. Ya no debo hacer esas preguntas a la gente que conozco en la vida, sino a aquellos cuyos labios vi enflaquecerse, cuya mirada vi apagarse, a quienes ya no tengo nada que decir. Me digo: qué tontería, debo pasar página. Me digo que, en realidad, ahora eso ya no tiene importancia. ¿Qué tiene importancia ahora? Eso no quita que a

algunas personas las conozca más de lo que hace falta conocerlas para vivir con ellas y que, entre ellas y yo, habrá siempre ese conocimiento inútil.

Cada cual se había llevado sus recuerdos, toda su carga de recuerdos, toda su carga de pasado. Y, al llegar, tuvo que deshacerse de ello. Había que entrar desnudo. Me diréis que a un ser humano se le puede arrebatar todo, todo salvo la memoria. No lo sabéis. Primero se le arrebata la condición humana y es entonces cuando lo abandona la memoria. La memoria se pierde a pedazos, como los pedazos de piel quemada. Que pueda sobrevivir así, despojado, es lo que no comprendéis. Es lo que no sé explicaros. Bueno, en el caso de los pocos que han sobrevivido. Llaman milagro a lo que no se explica. Y el superviviente debe acometer la reconquista de su memoria, la reconquista de lo que poseía antes: su conocimiento, su experiencia, sus recuerdos de infancia, sus habilidades manuales y sus facultades intelectuales, su sensibilidad, su capacidad de soñar, de imaginar, de reír. Si no reconocéis el esfuerzo que le ha costado eso, no merece la pena que intente que lo comprendáis.

Vuelvas de la guerra o de otra parte
cuando es de otra parte
inimaginable para los demás
es difícil regresar

Vuelvas de la guerra o de otra parte
cuando es de otra parte
que no está en ninguna parte
es difícil regresar
todo se ha vuelto extraño
en casa
mientras estabas en esa otra parte

Vuelvas de la guerra o de otra parte
cuando es de otra parte
donde has hablado con la muerte
es difícil regresar
y hablar otra vez con los vivos.

Vuelvas de la guerra o de otra parte
cuando vuelves de allí
y tienes que aprenderlo todo de nuevo
es difícil regresar
cuando has mirado la muerte
a los ojos
es difícil aprender de nuevo
a mirar a los vivos
de mirada opaca.

Mado

Me parece que no estoy viva. Murieron tantas que es imposible que yo no muriera también. Todas están muertas. Mounette, Viva, Sylviane, Rosie, todas las demás, todas las demás. ¿Cómo puede ser que las que eran más fuertes y más decididas que yo estén muertas y yo esté viva? ¿Era posible salir vivo de allí? No. No era posible. Mariette, con sus ojos de mar en calma, sus ojos que no veían porque veían la muerte en el fondo de su mar en calma. Yvette… No, es imposible. No estoy viva. Me miro, ajena a ese yo que imita la vida. No estoy viva. Lo sé con un conocimiento íntimo y solitario. Tú comprendes lo que quiero decir, lo que siento. La gente, no. ¿Cómo iban a comprenderlo? No han visto lo que vimos nosotras. No han contado sus muertos cada día al amanecer, no han contado sus muertos cada día al anochecer. Nos pasamos los días contando el tiempo, nos pasamos el tiempo contando los muertos. Nos habría horrorizado contar a los vivos. Y, para cada muerte que contábamos, no mostrábamos pesar ni lágrimas. Un dolor extenuado. Solo sentíamos espanto y ansiedad: ¿cuántos días antes de que me cuenten a mí? ¡Cuánto contamos el tiempo! «El tiempo que medimos no es en absoluto la medida de nuestros días.»[4] Allí, sí. Era un poema que recitabas. Siempre lo recuerdo. ¿Cuántos días antes de que me cuenten a mí? ¿Quién quedará para contarme? Ya ves que no es posible. Con esa voluntad que nos sostenía como un delirio de soportar, de aguantar, de persistir, de salir para ser la voz que regresaría y que diría, la voz que haría el recuento final. Con un vacío helado: ¿por qué regresar si soy la única que regresa? Y aquí estoy yo, pero muerta también. Mi voz se pierde. ¿Quién la oye? ¿Quién sabe oírla? Ellas también querían volver para decir. Todos querían regresar para decir. ¿Y cómo puede ser que yo esté viva? Si no puedo decir nada. ¿Viva, aunque mi voz se ahogue? Que estemos aquí para decirlo desmiente lo que decimos.

Una madrugada, en plena noche, cuando resonó la llamada, al despertarme, Angèle Mercier, a mi lado, no se movía. No la zarandeé. No la palpé. Sin mirarla, supe que estaba muerta. Sin embargo, fue la primera, a mi lado. Estaba muerta y yo tenía que bajar deprisa de un salto, tenía que correr deprisa hacia fuera a causa de la diarrea. No grité. No pedí ayuda. No experimenté repugnancia ni asombro. Angèle estaba allí, muerta. Había muerto durante la noche. Pegada a mí. Sin que yo hubiera oído nada. ¿Y yo qué? No es posible. Vivo sin vivir. Hago lo que hay que hacer. Porque hace falta, porque la gente lo hace. Porque tengo un hijo al que criar. No creo que nunca tenga la tentación de acabar con esto. No hay nada que acabar. Me pregunto cómo se las arreglan los demás, los que han vuelto. Tú, por ejemplo. Como yo, sin duda. Parecido. Aparentemente, viven. Van, vienen, eligen, deciden. Deciden a dónde ir de vacaciones, deciden de qué color será el papel de pared de su cuarto. Cuando tuvimos que decidir constantemente entre la vida y la muerte. Hago lo que se hace en la vida, pero sé que la vida no es esto, porque conozco la diferencia entre antes y después. Allí, teníamos todo nuestro pasado, todos nuestros recuerdos, incluso recuerdos lejanos de nuestros padres, nos armamos de nuestro pasado para protegernos, lo erigimos entre el horror y nosotras para conservar la integridad, para conservar nuestro verdadero yo, nuestro ser. Echábamos mano de nuestro pasado, de nuestra infancia, de lo que había forjado nuestra personalidad, nuestro carácter, nuestros gustos, nuestras ideas, para reconocernos a nosotras mismas, para resistir, para no dejarnos menoscabar, para no dejarnos aniquilar. Nos aferramos a nosotras mismas. Cada cual contó su vida miles de veces, resucitó su infancia, el tiempo de libertad y de dicha para asegurarse de que había vivido, de que había sido realmente aquel que decía ser. El pasado fue nuestro amparo y nuestro consuelo. Y, desde que volví, todo lo que era antes, todos mis recuerdos de antes, todo se ha disuelto, se ha desvanecido. Como si se me hubiera gastado allí. De antes, no me queda nada. Mi verdadera hermana eres tú. Mi verdadera familia sois vosotras, las que estabais allí conmigo. Hoy, mis recuerdos, mi pasado están allí. Mis rememoraciones jamás franquean ese límite. Tropiezan con él. Todos los esfuerzos que hicimos por evitar que nos destruyeran, por

perseverar en el nosotros, por mantener el yo de antes, todos esos esfuerzos solo sirvieron allí. Al regresar, aquel núcleo duro que forjamos en el corazón de nuestro corazón y que creíamos sólido porque nos costó tanto, aquel núcleo se derritió, se disolvió. Nada más. Mi vida empezó allí. Antes, no hay nada. Ya no tengo lo que tenía allí, lo que tenía antes, lo que era antes. Me lo arrancaron todo. ¿Qué me queda? Nada. La muerte. Cuando digo que conozco la diferencia entre antes y después, quiero decir que antes vivía y que lo he olvidado todo de aquella vida, de mi vida de antes. Ahora ya no estoy viva. De esa diferencia tengo la medida exacta, un conocimiento sensible, y mi lucidez no me ayuda. Nada puede colmar la distancia entre los otros y yo, entre yo y yo. Nada puede colmar la diferencia, nada puede aminorarla.

¿Significa eso que antes era joven y que después tenía una experiencia por encima de mi edad, además del desaliento o la fatiga? ¿Acaso fui joven alguna vez? Cuando tenía la edad de ser joven, había una guerra. No, no era joven. Tonta, ingenua, sí. Exaltada. Exaltada por la acción, por la lucha, por lo que estaba en juego y por su juego mortal, por su dureza, por su ley inexorable, cuando el más mínimo error era irreparable, cuando se pagaba enseguida, exaltada hasta la locura. ¿Te acuerdas? Ya te lo conté. En una de las notas que arrojamos desde el vagón, durante el viaje, en una de las notas para nuestros padres que los ferroviarios encontraron en el balasto y que llevaron a correos, en una de esas notas escribí: «Me han deportado. Es el día más hermoso de mi toda mi vida». Estaba loca, loca de remate. La heroína con su aureola, el mártir que se encamina a la muerte sin dejar de cantar. Sin duda alguna, necesitábamos aquella exaltación para aguantar en la clandestinidad fingiendo que éramos como todo el mundo y rozando la muerte. Lo mismo que hago hoy. Finjo ser como todo el mundo rozando la vida. El día más hermoso de toda mi vida… Fue el último día de mi vida. Sigo teniendo la misma edad, no he envejecido. El tiempo no avanza. El tiempo se detuvo. No estoy agotada. Es peor que estar agotada, estoy vacía de vida. Desengañada, en una palabra. Digo «desengañada» con mi espíritu lógico, con mi pensamiento calcado del de la gente normal, de los que no fueron allí. No se me ocurre la palabra exacta. ¿Cómo no sentirse

desengañado si, después de haber sufrido lo que sufrimos y de haber sacrificado tanto y haber albergado tantas esperanzas, vemos que no sirvió de nada, que las guerras continúan, que nos amenazan guerras más terribles aún, que reinan la injusticia y el fanatismo, que todavía hay que cambiar el mundo? Al decir esto, razono. Es un yo distinto y ajeno al mío el que razona. La angustia que no expresan los hombres frente a los cataclismos que están a punto de azotarlos debería afectarme, al menos por mi hijo, que se adentra en la vida y que tendrá que luchar contra los mismos monstruos, contra los monstruos que no derrotamos. Lo sé y eso no alcanza mi yo profundo. ¿Cómo explicarlo? No puedo decirlo de otro modo: no estoy viva. Esa voluntad sobrehumana que sacamos de nuestro interior para volver nos ha abandonado al regresar. Nuestra reserva estaba agotada. ¿Para qué volvimos? Queríamos que esa lucha, que esos muertos no hubieran sido en vano. ¿No es espantoso pensar que Mounette murió por nada, que Viva murió por nada? ¿Para que tú, yo, algunos otros volviéramos? Así que nuestra vuelta debe servir. Por eso explico cómo era todo a la gente de mi alrededor. Se lo cuento a mis colegas, sobre todo a los jóvenes. Cuando veo que están a punto de llorar, me detengo. Veo que están a punto de llorar, pese a que me da la impresión de contárselo con calma, con frialdad, con sencillez. ¿Ves?, se lo cuento a los demás. A mi marido, no. Me gustaría sentir que él lo comprende. En cuanto a los demás, no espero que lo comprendan. Quiero que lo sepan, aunque no sientan lo que siento yo. Lo que quiero decir cuando digo que no lo comprenden es que nadie puede comprenderlo. Pero al menos deben saberlo.

No estoy viva. Estoy encerrada en recuerdos y repeticiones. Duermo mal y el insomnio no me pesa. Por la noche, tengo derecho a no estar viva. Tengo derecho a no fingir. Me reencuentro con las demás. Están como yo, mudas y desposeídas. No creo en la vida eterna, no creo que vivan en un más allá donde nos juntamos por la noche. No. Vuelvo a verlas en su agonía, vuelvo a verlas tal y como eran antes de morir, tal y como han perdurado en mí. Y, al amanecer, estoy triste. ¿No es terrible que murieran albergando tantas ilusiones, que murieran creyendo que aquellas que regresaran no cabrían en sí de gozo, que recuperarían todos los placeres de la vida, no es terrible que murieran

con la certeza de que triunfaría la libertad y que murieran justo antes de ver su victoria? La libertad se recuperó, es verdad, en parte, una parte ínfima, miserable. ¿No es terrible que murieran creyendo que morían justo antes de llegar al fin, que murieran justo antes de que se revelara nuestra deslumbrante verdad? ¿No es terrible? Por todas partes, la guerra, la violencia, el miedo.

Al volver —bueno, esperé unos años, tras el regreso estaba demasiado cansada—, al volver quise un hijo. Cuando nació mi hijo, me inundó la alegría. Digo «inundó» porque fue como un agua suave y tibia que me empapaba por fuera, por dentro, que me arrastraba y me volvía ligera, feliz, me inundaba de alegría. El hijo que había deseado estaba allí, era mío. Una alegría sosegada y benéfica. No pude dejarme llevar por esa alegría, no pude abandonarme a ella. Al mismo tiempo que esa agua dulce y envolvente de la alegría me empapaba por fuera, por dentro, mi cuarto era invadido por los espectros de nuestras compañeras. El espectro de Mounette que decía: «Mounette murió sin conocer esta alegría». El espectro de Jackie que alargaba unas manos inútiles. Los espectros de todas esas chicas jóvenes, de todas esas mujeres jóvenes que murieron sin haber conocido eso, sin haber sido bañadas por esa alegría. El agua sedosa de mi alegría se transformó en fango pegajoso, en nieve mancillada, en un pantano fétido. Volvía a ver aquella mujer —¿te acuerdas?—, aquella campesina, echada en la nieve, muerta con su recién nacido muerto, helado entre los muslos. Mi hijo también era aquel recién nacido. Miro a mi hijo y en él reconozco los ojos de Jackie, el verde azulado de los ojos de Jackie, una mueca de Yvonne, una entonación de Mounette. Mi hijo es el hijo de todas ellas. Es el hijo que no tuvieron. Sus rasgos se dibujan por encima de los suyos, a veces se confunden. ¿Cómo estar viva en medio de esa multitud de muertas?

Quise tener un hijo que no conociera el miedo al convertirse en hombre. Tiene diecisiete años. Salvo una gracia imprevisible del destino, le espera un futuro espantoso. Tampoco creo en las gracias del destino. ¿Qué hacer por él, por los otros hijos? Me siento impotente, desarmada, tan desposeída como nuestras compañeras que murieron allí.

De la gente que carece de entusiasmo, de ganas de vivir, se dice que no es viva. No me refiero a eso. Evidentemente, no soy optimista ni alegre. ¿Quién de nosotros lo es? ¿Quién de nosotros ha recuperado la alegría, esos momentos de despreocupación que son un alto en el camino? ¿Quién de nosotros ha recuperado el fervor por la vida? ¡Claro! Por supuesto, a veces tengo algún arrebato, pero entusiasmo no. ¿Con todos los muertos que llevamos en los brazos, en el corazón, en la memoria? No soy melancólica, no sucumbo al tedio, en ocasiones hasta me río. No, no es tristeza ni hastío lo que experimento. No me siento viva. La sangre me late como si corriera por fuera de mis venas. Toda yo estoy fuera de mí y me escapo a los demás. No te creas que estoy pendiente constantemente de escucharme el pulso ni de observarme. Me observo sin querer, sin saberlo, siempre. No es esa impresión de salir de un sueño, cuando te preguntas si estás despierta. Es otra cosa. Como si tuviera dos partes, una de sueño, otra de lejos. Hago lo que hay que hacer porque me digo que hay que hacerlo y me miro haciéndolo y sé que es inútil. Mi razón dice: «Tu hijo. Tu marido». Tiene que decírmelo la razón; si no, no existirían. No están presentes en el fondo de mí, no forman parte de mí. Están fuera de mí, al igual que yo estoy fuera de mí misma.

No me quejo. No creo que me queje. Para tantos otros el regreso fue mucho más duro que para mí. Gilberte… Me pregunto cómo se las arregló, cómo se las arregla. ¿Puede dormirse sin sentir contra ella el cuerpo de su hermana, puede aceptar sus brazos vacíos sin el peso de su hermana, a la que llevó pegada al pecho estrechándola una última vez contra su corazón antes de tenderla en la nieve? ¿Y tú? ¿Y todas las que no recuperaron nada, a las que nada ayudó a no cuestionarse la decisión de vivir que tomaron allí?

No estoy viva. Miro a los que lo están. Son triviales, ignorantes. Sin duda alguna, hay que ser así para vivir, para llegar hasta el final del tiempo de vida. Si tuvieran el conocimiento que tengo yo, serían como yo. No estarían vivos. Te lo digo porque solo puedo decírselo a una igual, porque tú lo comprendes. Ni siquiera haría falta que te lo dijera. Ya lo sabes. Pero ¿tú sabrías explicarme por qué no estoy viva, por qué hago lo que hacen los vivos sin ser uno de ellos, siendo una extraña entre ellos, obligada a fingir para que me toleren? No puedo

acercarme a ellos a cara descubierta. Creerían que los desprecio por sus pequeñas rutinas y sus pequeños problemas y sus pequeños proyectos, sus pasiones efímeras y sus deseos fugaces. Y, no obstante, si luchamos como luchamos, si resistimos, fue precisamente para que la gente solo tenga pequeñas preocupaciones, preocupaciones a su medida, para que el tornado de la historia no vuelva a arrastrarla, a destrozarla o a llevarla al límite, para que ya no tenga que elegir entre el heroísmo y la cobardía, entre el martirio y el abandono, para que reanude la vida con sus pequeñas y sus grandes alegrías, sin tragedias. La vida que queríamos reanudar cuando decíamos: «Si vuelvo…» debía ser magnífica, majestuosa, placentera. ¿Acaso no es culpa nuestra si la vida que hemos retomado al volver es insignificante, mezquina, trivial, miserable, si mutila las esperanzas y traiciona los propósitos? Aunque sepa que no es culpa mía, me siento culpable. Engañé a nuestros muertos y me traicioné a mí misma, en mis ambiciones, en mi ímpetu. Me avergüenza conformarme. Mounette, si hubiera vuelto —¿y qué hacía falta para que regresara?, era más fuerte que yo: ¿por qué ella y no yo?—, Mounette, si hubiera vuelto, ¿lo habría aceptado, se habría conformado? ¿Habría vuelto para ir a un despacho a hacer un trabajo tedioso y habría corrido por la mañana para no perder el autobús? Mounette decía: «Si volvemos, nada será igual». Todo es igual. Es en nuestro interior donde nada es igual. Sé qué es lo que ha cambiado en mi interior, lo que provoca que no sea como los demás. Esa montaña de cadáveres entre ellos y yo. Mounette no murió para que tú, yo y algunas otras conserváramos una imagen ideal de ella. Vive en mi interior. Las personas que me rodean hoy viven junto a mí. Ella vive en mi interior y no he hecho nada de lo que nos comprometimos a hacer al regresar, de lo que debíamos hacer para que nada fuera igual. Mounette vive en mi interior en vano. ¿Qué hacer para que no haya muerto por nada? Nada. Porque no son nada esas ceremonias de recuerdo, esas conmemoraciones, esas parodias reconfortantes para la gente a quien damos la ocasión de compadecerse una vez al año, la ocasión de tener buena conciencia. Hagamos lo que hagamos, no sirve de nada. Vivir en el pasado no es vivir. Es aislarse de los vivos. Pero ¿qué hacer para alcanzar su orilla, para no quedarse paralizado en la otra ribera? No tenemos ninguna

influencia en el presente. A veces trato de imaginarme cómo sería yo si fuera como todo el mundo, si no hubiera ido allí. No lo consigo. Soy otra. Hablo y mi voz resuena como otra voz. Mis palabras vienen de fuera de mí. Hablo y lo que digo no lo digo yo. Mis palabras van por un estrecho sendero del que no pueden alejarse bajo pena de llegar a regiones donde se volverían incomprensibles. Las palabras no tienen el mismo sentido. Los oyes decir: «Estuve a punto de caerme. Tuve miedo». ¿Acaso saben qué es el miedo? O bien: «Tengo hambre. Creo que llevo una chocolatina en el bolso». Dicen: tengo miedo, tengo hambre, tengo frío, tengo sed, tengo sueño, tengo dolor, como si esas palabras no tuvieran la menor carga. Dicen: voy a visitar a unos amigos. Amigos… Gente que te invita a su casa a cenar o a jugar al *bridge*. ¿Qué sabrán ellos de la amistad? Todas sus palabras son ligeras. Todas sus palabras son falsas. ¿Cómo estar con ellos si solo llevas palabras pesadas, pesadas, pesadas? Tengo imágenes detrás de los ojos. Cuando dejo de prestar atención, aparecen, pasan al primer plano, se imponen, y ya no veo lo que tengo ante los ojos, sino imágenes que proceden de detrás de mis ojos. Por eso todo el rato debo guardarlas en el desván; si no, me separan irremediablemente de lo que me rodea. Es un control perpetuo, agotador. Por la noche, soy más libre. Las dejo pasar al frente. Llegan corriendo. No han perdido la intensidad, sus contornos son precisos, implacables. No son pesadillas, visiones horribles o aterradoras. No son montones de cadáveres lo que veo. No, son imágenes familiares, cotidianas, la cotidianidad de allí. Una cara, una boca, unos ojos. Todos esos ojos, todos esos ojos que se agrandan en esas caras que se demacran, todos esos ojos que palidecen y se apagan, todos esos ojos que desafían, o que suplican y se resignan. O bien un roce, un paisaje, un detalle que se ilumina con más crudeza, que reconozco siempre y en torno al cual se recomponen todos los demás. Después de tantos años, después de tantos cambios… Después de todo lo que ha ocurrido desde entonces. Desde entonces, me he casado, he tenido un hijo. He leído libros. He conocido gente, he entablado nuevas relaciones. Todos los individuos que he conocido desde que regresé no existen. No están cerca de los míos, de los verdaderos: nuestros compañeros. Están a un lado. Son de otro mundo y nada les permitirá penetrar en el nuestro. A veces,

parece que se nos suman. Pronuncian una de sus palabras ligeras, una de sus palabras vacías, y de inmediato regresan al mundo de los vivos.

No soy un muerto viviente. No soy ni indolente ni insensible. Ni inactiva. A veces estoy agotada, agotada, más mental que físicamente. Esa fatiga que siento en todo momento cuando debo reajustarme a la gente, a sus palabras ligeras. A simple vista, parece que viva. Trabajo. Llevo la casa. Me intereso por lo que sucede en el mundo, por lo que sucede en mi barrio. Me intereso por los estudios de mi hijo, por su futuro. Otra palabra mentirosa, futuro… Le gusta estudiar. En el instituto le va bastante bien, incluso muy bien. Un chico de diecisiete años es muy interesante. Me da muchas satisfacciones. Estoy contenta de que no le atraiga el dinero, de que haga proyectos sin la ambición de una carrera brillante, de que no se preocupe por ser rico o importante, de que no piense en triunfar. Admira a aquellos que hacen lo que hacen porque sí, porque está bien, porque es lo que les apetece hacer. Me da satisfacciones, pero alegría no. La alegría… Por fuera, soy una viva entre los vivos. Mi marido es generoso. Es un buen compañero. Ama a su hijo, a su mujer. Jamás me pregunto si lo comprende porque sé que no lo comprende y sé, desde que lo conozco, que mis explicaciones se le escaparán. ¿Soy capaz de explicarlo? Me diría, sosegado, apaciguador: «Sé lo que has sufrido. Sé que de allí se vuelve con cicatrices que se abren de nuevo al menor roce. Por eso nunca te hablo de ello. Quiero ayudarte a olvidar. Hablar duele. No hace falta hablar de ello si queremos olvidarlo». ¿Ves? Todo es falso. Aquellos que nos aman quieren que lo olvidemos. No comprenden que, de entrada, es imposible y, además, olvidar sería atroz. No es que me aferre al pasado, no es que haya tomado la decisión de no olvidar. Olvidar o recordar no depende de la voluntad, aunque se nos permitiera. Lo único que nos queda es ser fieles a los compañeros que dejamos allí. De todas formas, olvidar es imposible. Incluso para aquellos de nosotros que creen haber sepultado aquel pasado en lo más secreto de sí mismos, incluso para aquellos que le añaden recuerdos nuevos —viajes, aventuras, locuras, tanto da— a mansalva, con el propósito de taparlo, el pasado no pasa. El tiempo no pasa. Cuando te acuerdas de cualquier día allí, de cualquier momento que vuelve, traído por un olor… Un día creo que paso por delante de las

cocinas: se me ha podrido una patata en el fondo de la cesta de las verduras, y enseguida vuelve todo: el fango, la nieve, los bastonazos porque estaba prohibido pasar por allí… Llevado por un sabor, un color, el ruido del viento, la lluvia… Cuando mi hijo refunfuña delante del plato, no le digo: «Si hubiéramos tenido esta chuleta allí…», sería odioso decirle algo así a un niño y siempre he logrado actuar de tal manera que no sospeche hasta qué punto su madre es distinta a las demás madres. Jamás le he hecho un comentario parecido, pero cada vez lo pienso y cada vez me culpo por pensarlo y cada vez sé que siempre será así. Qué habría hecho si hubiera tenido un hijo que casi no come… Cuando te acuerdas de cualquier día, ¿no era ayer, no era hoy? «Quiero ayudarte a olvidar, hago todo lo que está en mis manos», sí, eso piensa mi marido. Es delicado porque cree saber. Jamás he tratado de hacérselo comprender. ¿Acaso debía dejar de vivir, no casarme porque nuestras compañeras murieron sin haber tenido marido, sin haber tenido hijos? Tengo un marido, tengo un hijo. No es injusto, es anormal. Parece que todo lo que he hecho, desde que volví, lo he hecho para forzar el olvido, cuando, ahora me doy cuenta, olvidar es imposible. Forzar el olvido haciendo lo que hace todo el mundo en la vida, ¡vaya equivocación! El instinto o la voluntad que me permitieron regresar aún tenían cierta vitalidad al regresar, sin duda. Sin embargo, no eran suficientemente fuertes como para devolverme realmente a la vida. Mi marido está ahí. No puedo hacer nada para que se imagine cómo era aquello. Es imposible, aunque habláramos de ello durante toda una vida. No hablo de ello. Jamás le hablo de ello. Para él, estoy ahí, activa, ordenada, presente. Se equivoca. Le miento. No estoy presente. Si él también hubiera sido deportado, sería más fácil, creo. Vería el velo en mis pupilas. ¿Iríamos como dos ciegos, cada cual con ese conocimiento interior del otro? Tal vez sería más fácil porque yo no tendría ninguna necesidad de contener mis palabras. Te preguntarás por qué contengo mis palabras. Se entristecería. Sabría que todos sus cuidados no han suavizado nada. La gente cree que los recuerdos se vuelven confusos, que se difuminan con el paso del tiempo, el tiempo al que nada resiste. Esa es la diferencia; para mí, para nosotros, el tiempo no pasa. No desdibuja

nada, no estropea nada. No estoy viva. Morí en Auschwitz y nadie lo ve.

Tal vez habíamos embellecido la espera
la espera
lo que esperábamos.
Todo en nosotros estaba dirigido
hacia lo que esperábamos
las manos listas para tomar
duras
suaves
sensibles
impacientes
los corazones listos para dar
impacientes
ávidos
inagotables
las manos y los corazones
hacia lo que esperábamos
que no era lo que nos esperaba.

No digas que no nos escuchan
nos escuchan
quieren comprender
obstinadamente
meticulosamente
una franja de ellos quiere comprender
una linde sensible a la franja de ellos mismos
es su ellos del fondo
su verdad
que queda lejos
que huye cuando creemos alcanzarla
que se retracta y se contrae y se escapa
acaso sea porque les duele
aquello que a nosotros ya no nos duele
que se retiran y se repliegan…

Aquel poeta que nos había prometido rosas
Habría rosas
en el camino
cuando volviéramos
había dicho.
Rosas
el camino era áspero y seco
cuando volvimos
¿Acaso el poeta había mentido?
No
Los poetas ven más allá de las cosas
y ese era visionario
si rosas
no hubo
es porque no volvimos
y además
por qué rosas
no éramos tan exigentes
amor es lo que nos habría hecho falta
si hubiéramos vuelto.

Poupette

La vuelta fue dura. Nos lo tendríamos que haber esperado. Sin embargo, en lo que menos pensábamos era en el después. Desde allí, la vuelta era fabulosa, increíble, milagrosa. Nos aferrábamos a la idea de regresar, nos aferrábamos tanto a ella que forjamos una creencia. Sí, era como la fe: inexplicada, inexplicable, de lo más simple. Nuestra imaginación, que se abalanzaba hacia fantásticas maravillas para representarnos cómo franquearíamos las alambradas, se detenía allí. Más allá de las alambradas, la libertad. Eso era todo.

Sí, creo que, para todos los supervivientes, la vuelta fue dura. Una vez libres, hicimos el duelo que no habíamos hecho allí. En la cotidianidad recobrada, se acentuaban más los vacíos, añorábamos más a los seres perdidos. ¿Por qué su ausencia era menos sensible allí y más cruel en libertad? Tal vez porque allí nada era verdad, quiero decir que todo estaba fuera de la vida real. Para mí, fue al volver cuando realmente perdí a mamá. Había muerto mientras Mariette y yo estábamos en la cárcel. Y fue al volver cuando realmente perdí a Mariette. La había visto morir allí, pero fue al volver cuando ya no tuve hermana. La vuelta fue dura para todo el mundo y, para mí, lamentable. Lamentable, sórdida, una suma de detalles mezquinos.

Mientras yo estaba allí, mi padre se había casado de nuevo. Su nueva mujer era mucho más joven que él. Se habían enterado de la muerte de Mariette. No tenían noticias de mí. Creían que también había muerto. Mi regreso desbarataba todos los planes de aquella mujer. Sin embargo, los bienes que codiciaba eran poca cosa: un modesto hotel para viajeros que habían logrado adquirir mis padres, empezando de cero. Una vida de trabajo, de privaciones, de esfuerzo sin tregua. Volví. En casa, ya no había espacio para mí. En un sentido literal. Mi madrastra había convertido mi habitación en una habitación más del hotel. Si ocupaba mi habitación, significaba menos dinero al día, menos dinero al mes en la caja. Ante su nueva mujer, mi

padre agachaba la cabeza. Jamás dijo ni una palabra para apoyarme, para defenderme. Tuve que luchar para recuperar mi habitación. Amenacé con reclamar la parte de la herencia de mi madre que me correspondía. Sí, hasta ese punto. Incluso consulté a un notario para dar más peso a la amenaza. Luchar, cuando estaba anémica, descalcificada, ardiendo de fiebre cada tarde. Reconquisté mi habitación y me lo hicieron pagar caro. Mi madrastra me hizo la vida imposible. Aguanté. ¿Por qué? A veces todavía me lo pregunto. Allí luchábamos por la vida y ahora había que luchar por un lugar donde dormir, por un poco de comida. ¿Valía la pena luchar por eso? ¿Valía la pena haber vuelto por eso, haberme obstinado tanto en volver? ¡La de veces que estuve a punto de rendirme, la de veces que pensé que habría valido más no volver! ¡Estaba hecha un basilisco! Cuando nuestro antiguo jefe de red me cortejó, estaba dispuesta a caer en sus brazos. Me daría todo lo que no tenía: un hogar, una casa, ternura, apoyo. Por desgracia, ya sabes cómo acabó la cosa. Él buscaba colocarse. No tenía ningún oficio, aparte del de héroe, que había desempeñado —magníficamente, hay que reconocerlo— desde los dieciocho años. Desposeer a mi padre —a quien su joven esposa había abandonado al comprender que yo me aferraría a la casa, y te aseguro que, pese a tener las manos tan flacas que parecían transparentes, me aferré a la vida con una fuerza que nunca habría creído poder sacar de mí, al volver—, desposeer a mi padre y controlar la caja, eso era lo único que pretendía mi prometido. De nuevo, discusiones mezquinas, cuentas miserables, gastos e ingresos que sembraban cizaña, sospechas.

—Sacas dinero de la caja.

—¿De dónde sale este abrigo?

—¿Y este coche?

Una bajeza, una ruindad… Del amor, ni rastro. Volver de Auschwitz y dejarse engañar por las pamplinas de un oportunista, como una muchacha cándida del siglo anterior… Cuando me casé tenía diecinueve años, pero esa no era mi edad. Mi corazón tenía dieciséis años, la edad a la que me detuvieron, mi carácter había envejecido por toda la experiencia del mundo, esa experiencia desmesurada. Reconoce que es ridículo que me engañara con las camareras del

hotel, como en una novela del siglo XIX. Tardé años en reírme de ello. ¿Cuánto tiempo duró mi ceguera? Poco tiempo si lo contamos en amor, en felicidad. El tiempo de tener dos hijas.

Me divorcié. Te ahorro los detalles, tan mezquinos, tan sórdidos como el resto, con las hijas que sirvieron de envite y de apuesta, los repartos y los recuentos. Mi padre murió. Me encontré sola al frente del negocio. No era lo que había soñado, pero era lo único que sabía hacer para ganarme la vida. Cuando me detuvieron, iba al colegio. Ni siquiera tenía un triste título para entrar en Correos. Gestionar el hotel, eso lo llevaba en la sangre, por así decirlo. Pero ¡qué cansada, qué harta estaba de aquella vida, de aquella falta de vida! Allí, gracias a las compañeras, ¡había aprendido que existían tantas otras cosas! ¡Había descubierto tantos horizontes insospechados! Todo aquello de lo que hablabais: los libros, el teatro, la pintura, la música, los viajes… ¡Qué escuela, para mí! Bebía vuestras palabras y me prometía que si regresaba… Al volver, habría querido leerlo todo, verlo todo. Y allí estaba, atada a mi sustento, a mi pequeña ciudad de provincias, a las conversaciones con los viajeros… No tenía elección, debía criar a mis hijas. ¿Cómo aguanté aquella vida durante veinte años? Gracias a vosotras, gracias a los libros, gracias a la música, gracias a todo lo que me enseñasteis. Al volver mi decepción fue tan enorme que no la habría superado de no haber tenido ese afán de vivir, ese afán de aprender, ese afán de saber lo que sabíais vosotras, las mayores, que habíais vivido y contabais vuestra vida durante los recuentos, durante los trayectos, cuando íbamos andando a trancas y barrancas hasta las ciénagas. Durante veinte años tuve una facultad providencial que me ayudó a salir de Auschwitz: desdoblarme, no estar allí. ¿Sabes?, en el campo, hacía eso. Dices que allí era imposible desdoblarse. Yo lo conseguía. Al pasar por delante de un montón de cadáveres, lo veía, por supuesto, pero enseguida apartaba los ojos: no hay que mirar, no hay que ver. Y lograba no ver. Al volver, igual; cuando mi marido y mi padre se enzarzaban, se peleaban, cuando mi marido empezaba una disputa, lograba refugiarme en un mundo propio, escaparme. Una vez que todo estuvo resuelto —el divorcio, la herencia—, mis hijas mayores, hice un balance. ¿Ves?, siempre el lenguaje comercial. Veamos, tienes cuarenta años; si quieres viajar, si no quieres terminar

tus días delante del mostrador de llaves, tienes que decidirte. Pronto será demasiado tarde. Creo que a los cuarenta años todavía te atreves a emprender algo, mientras que a los cincuenta te resignas. Tomé una decisión: vender el hotel, abandonar Francia, intentar algo diferente en otro lugar. Me marché a Puerto Rico con mis hijas. Ahora son mayores, ya casi han terminado los estudios. ¿Por qué Puerto Rico? A decir verdad, no lo sé. No conocía a nadie allí, la isla no me atraía especialmente. Estaba decidida a establecerme en otro lugar, donde fuera, pero con sol, calor, mar, luz, colores. Así que aquí estoy. ¡Estoy tan bien, me siento tan bien desde que ya no tengo frío! ¡Y los paisajes son tan hermosos! Me llevé mis libros, mis discos y, frente a mi terraza, tengo un mar azul, transparente, un mar cálido… Sé que me tocará trabajar a destajo para afianzar mi situación. Estoy dispuesta. En mi próximo viaje —sí, cuento con regresar a Francia una vez al año—, espero decirte que mis asuntos están encaminados. De momento, no es más que un intento, un proyecto. Tal vez haya hecho una locura… Al menos habré hecho una. Me pregunto si me comprendes: haber tenido la suerte de regresar de Auschwitz y después vivir como si nada…

Querríais saber
hacer preguntas
y no sabéis qué preguntas
y no sabéis cómo hacer las preguntas
entonces preguntáis
cosas sencillas
el hambre
el miedo
la muerte
y no sabemos contestar
y no sabemos contestar con vuestras palabras
y nuestras palabras
no las comprendéis
entonces preguntáis cosas más sencillas
decidnos por ejemplo
cómo era un día
era tan largo un día
que no tendríais paciencia
y cuando contestamos
no sabéis cómo era un día
y creéis que no sabemos contestar.

No os creéis lo que decimos
porque
si fuera verdad
lo que decimos
no estaríamos aquí para decirlo.
Habría que explicar
lo inexplicable
explicar
por qué Viva que era tan fuerte
murió
y no yo
por qué Mounette
que era apasionada y orgullosa
murió
y no yo
por qué Yvonne
que era decidida
y no Lulu
por qué Rosie
que era inocente y aún no sabía
ni por qué vivir
ni por qué morir
por qué Rosie
y no Lucie
por qué Mariette
y no Poupette
su hermana
que era más joven y frágil
por qué Madeleine

y no Hélène
que dormía cerca de ella
por qué por qué
porque aquí todo es inexplicable.

Volver del campo volver a la norma
tras la historia
el día a día
tras la clandestinidad
la rutina.
Decíamos
qué hermosa será la vida cuando sea libre
qué ferviente será la vida cuando seamos libres
todo será sencillo
transparente
todo nos será devuelto con la libertad
la belleza el amor la amistad
todo
la libertad
eso es todo
solo hará falta vivir
¿qué más sencillo
más fácil
para quien sabe sufrir
para quien sabe morir?
Volver
¿Quién de nosotros se atrevía a pensar más allá?
Volver
era ya pedir lo imposible
era pedirlo todo
¿nos atreveríamos a pedir más?
Volver
todo nos sería devuelto.
Regresar no es todo

es volver para empezar a vivir de nuevo
a vivir el día a día
a trabajar y a contraer deudas
a ahorrar para pagar las deudas
a vender jabón
porque no sabes hacer otra cosa
a volver al despacho
porque no sabes hacer otra cosa
en la vida del día a día
a buscar un alojamiento
porque no puedes vivir de otra forma
a ser puntual
porque en el trabajo hay que ser puntual.
…
¿De qué os quejáis?
La vida es la vida
¿con qué soñabais allí?
Con comer según el apetito
con dormir según el sueño
con amar según el amor
Comer dormir amar
lo hacéis
desde que volvisteis.
La historia
ha terminado
sed felices como todo el mundo
la historia
es un momento
ahora
es la vida.
¿Y por qué queríais regresar?

Salir de la historia
para entrar en la vida
intentadlo vosotros también y veréis.

Marie-Louise

—¿Lo ves? No me falta nada. Soy feliz.

Me conducía de una estancia a otra, me hacía observar detalles de la instalación que aligeraban sus quehaceres —«porque, como comprenderás, a las tareas domésticas hay que dedicarles el mínimo tiempo posible»—, un color que conjuntaba armoniosamente con los demás, un mueble procedente del antiguo desván y que tanto lucía en la esquina de ese cuarto.

—¿Verdad que es agradable nuestra nueva casa? Después te enseñaré el jardín. No. Más vale que te lo enseñe Pierre. El jardín es su orgullo. Este rinconcito lo llamo mi despacho. Aquí me encierro cuando necesito reflexionar, leer o escribir. Por las tardes, escribo. Bueno, no soy escritora, no me las doy de escritora. Escribo para mí. Pero, supongo que a ti también te sucede, necesitamos recordar, y a Pierre le encanta leer lo que escribo. Aquí guardo todos mis libros. Leo mucho, ya lo ves. Tengo que encargar otro estante. Esa pila de libros del suelo no sé dónde colocarlos. Estoy impaciente por ponerlos junto con los otros libros. Sí, todos sobre la deportación. Creo que tengo todos los que se han publicado. Los he leído todos y los releo a menudo. No hay muchos sobre Auschwitz. Un poco por eso escribo. Mira, ¿ves?, tengo varios cuadernos. Los hago circular. Como no escribo a máquina, Pierre los ha copiado. Me los piden. Amigas de mi hija. De hecho, el propio Pierre podría escribir sobre el tema. Se ha leído todos los libros que hay aquí. Y además se lo he contado todo. También recorto artículos. Muchos son interesantes. Si los necesitas, puedo prestártelos. En mi despacho estoy muy a gusto. Es la estancia más tranquila de la casa. Solo oigo el riachuelo que corre por el fondo del jardín. ¿Lo oyes? Bueno, no es que haya mucho ruido por aquí. Al final de la avenida de abetos que lleva a nuestra casa, reina una calma absoluta. Aquí, en mi despacho, estoy de maravilla. Nadie me molesta. Saben que, cuando estoy aquí, no hay que molestarme. Sí,

somos felices en nuestra nueva casa. La otra estaba bien, pero se encontraba en la ciudad y yo ya no soporto el ruido. Aquí no estamos lejos del centro, diez minutos andando. Aunque raras veces voy. Y tenemos un jardín. Ven, vamos a sentarnos en el salón y a tomar una copita de oporto mientras esperamos a Pierre. No tardará en llegar. Quédate a comer con nosotros, he preparado un civet. A Pierre le dolería mucho no verte. Se enfadaría si supiera que has venido y que no lo has esperado. Siendo la primera vez que vienes a vernos… Desde luego, estamos un poco lejos de París. Prácticamente nunca vamos a París. Ni a Pierre ni a mí nos entusiasma salir de casa.

Hablaba con una voz sosegada que encajaba con los tonos suaves de las cortinas, con el color pálido de su vestido, con la luz tamizada por los visillos y por el follaje de un árbol que llenaba la ventana.

—¡Qué bien que hayas venido a visitarnos! Es una alegría volver a verse después de tantos años.

Sirvió el oporto en unas bonitas copas.

—¡A tu salud! ¡Por la alegría de vernos más a menudo ahora que conoces el camino!

Se sentó y me examinó sin dejar de sonreír.

—¿Cómo estás? ¿Trabajas? ¿Retomaste tu trabajo al volver? Yo no pude empezar enseguida. Ya sabes que llevaba la contabilidad en la empresa de mi marido. ¡Estaba tan agotada al volver! Sobre todo, agotada mentalmente. No conseguía ordenar las cosas en mi cabeza. Me preguntaba cómo me las apañaría para alinear cifras de nuevo. Me puse a ello cuando recuperé las fuerzas, trabajé unos años y ahora me he jubilado. Debo decir que Pierre ha reducido mucho su actividad. La edad… y el jardín, ahora que tiene un jardín. Trae los libros a casa y hacemos la contabilidad juntos. Sí, estaba tan agotada que no creía que fuera a recuperarme nunca. Y luego, poco a poco, la cosa mejoró. Recobré todas mis facultades. Gracias a Pierre. Si no me hubiera ayudado, jamás habría podido readaptarme. Con él no tenía ninguna dificultad, pero si me cruzaba con otra gente, incluso amigos, todo se nublaba. No encontraba las palabras, me ponía a temblar, a sudar. Si Pierre no hubiera estado ahí, me habría ensimismado por completo. Ya lo estaba, estaba retirada de todo: de la gente, de las cosas, de los hechos. Hasta mi hija me paralizaba. Cuando volví, tenía

trece años. Me reencontré con ella y, al mismo tiempo, no la reencontré. No te creas que se alegró de reencontrarse con su mamá. Aunque es comprensible, a esa edad. Nada que ver con las que habían dejado en casa a niños muy pequeños. Al volver, sus hijos no las conocían. Con mi hija fue distinto, pero se había acostumbrado tanto a estar sola con su padre, a mandar en casa, que ya no sabía dirigirse a mí. Parecía que la asustara. Es verdad que con la pinta que tenía yo… ¿Te acuerdas? Más demacrada, imposible. Cuando buscaba algo, la llave del sótano o el dinero para la leche, siempre se lo pedía a su padre. Durante mucho tiempo, Pierre siguió ocupándose de todo en casa. No puedo explicarte cómo se las ingenió: me devolvió a la vida sin que me diera cuenta. «Como cuando le enseñas a hablar a un niño», me dijo una vez. «Le hablas, le enseñas cómo mueves los labios y un buen día empieza a hablar.» Yo creo que es más bien como enseñar a caminar. Tengo un marido que es pura generosidad, ¿sabes? Nuestra hija se casó, pero la casa no se ha quedado vacía. Somos felices los dos. Nunca nos aburrimos. Nos pasamos las noches de cháchara. No dejamos de hablar de Auschwitz. Mis recuerdos se han convertido en sus propios recuerdos, hasta tal punto que me da la impresión de que estaba allí conmigo. Se acuerda de todo, mejor que yo. ¡Anda!, ya ha llegado. Oigo su coche. —Fue a recibirlo a la escalera—. Pierre, tenemos visita. Adivina quién. Charlotte.

—¡Oh! ¡Charlotte! ¡Cuánto me alegro de verla por fin! No digo conocerla; la conozco desde hace mucho tiempo.

—Os conocéis muy bien. También le hablé mucho de ti a Charlotte, allí, ¿verdad, Charlotte?

—Sí, así es, ya nos conocemos.

—Abrazaos como dos viejos compañeros.

Era como me lo imaginaba según lo que me había dicho su mujer. Un poco envejecido, con una mirada algo melancólica que, sin duda, no tenía en la época en que ella me hablaba de él.

—¡Qué bien que haya venido a visitarnos! ¿Se va a quedar unos días? Será maravilloso poder hablar de todo con calma.

—Os dejo solos un momento. Voy a poner la mesa. Todo está listo. Brinda con Charlotte, Pierre. Tu copa está allí.

—Bueno, Charlotte, ¿cómo le va todo? ¿Sigue en París, sigue con el teatro? Mi mujer describe muy bien a la gente. La habría reconocido enseguida. ¿Ha retomado sus quehaceres? ¿No le costó mucho, al principio? A Marie-Louise le costó horrores durante los primeros tiempos. Me preguntaba si lograría readaptarse a la vida. Cuando la vi recoger unas hojas de col amarillentas que se habían caído de una cesta en el puesto de verduras, me pregunté si volvería a ser una persona normal. Se despertaba en plena noche y se levantaba de un salto de la cama, creyendo que era por la mañana. Yo la seguía para que no se sintiera perdida en la casa dormida. En cuanto a las hojas de col, se le pasó bastante rápido. Después se conformaba con mirarlas con cierta desazón. Limpiaba la lechuga examinando a conciencia cada hoja, intentado sacar partido de las hojas grandes de fuera. Lo de despertarse llevó más tiempo. De hecho, no hemos vuelto a levantarnos a la hora de antes. No me molesta en absoluto, al contrario. En verano, siempre hay algo que hacer en el jardín a primera hora de la mañana. Echo abono a los rosales o riego los tomates mientras ella prepara el café. En invierno, voy al sótano. Allí también siempre hay algo que hacer. Marie-Louise, levantándose temprano, puede terminar todas las tareas domésticas durante la mañana y luego tiene la tarde libre para ella. Lee, escribe, contesta cartas. Mantiene correspondencia con todas las compañeras. Con el café lo mismo. Al volver, ya no le gustaba el café. Entonces empecé a prepararle achicoria. Poco a poco, fui mezclándola con café, cada vez un poco más, y acabó recuperando el gusto por el café. Habría sido una pena; antes le gustaba tanto el café…

Desde el comedor, Marie-Louise terciaba en la conversación alzando un poco su tono de voz sosegado:

—No le cuentes a Charlotte que me comía las hojas podridas.

—No te las comías, pero si no te lo hubiera impedido…

—¡Menuda hambre canina tenía cuando volví!

—No podía soportar que su hija dejara ni una miga en la mesa. La pobre niña estaba desconcertada, porque aquí no sufrimos el racionamiento durante la Ocupación. Prácticamente no nos faltó nada; azúcar, pero teníamos miel. El campo es fértil y, como éramos

muy conocidos, todo el mundo nos abastecía. Nunca iba corto de paquetes.

Marie-Louise regresó.

—En cuanto nos dieron permiso para escribir, es decir, en cuanto tuvo mi dirección, me mandaba un paquete cada semana. Un paquete de diez kilos. Casi podría haber prescindido de la sopa y del pedazo de pan. ¿Te acuerdas del sabor de aquel pan? Un sabor a castaña, ¿verdad? Los recibí todos, al menos todos los que dirigió a Auschwitz. Después, a Ravensbrück… Y si supieras cómo pensaba en todo. Siempre ponía uno o dos pañuelos para calzar un tarro o envolver una galleta. Pensaba en todo, incluso en escribir algo en la base de los recipientes de cartón.

—Sí, siempre escribía algo en la base del recipiente con un lápiz muy fino, sin apretar apenas, para que no se transparentara, y encima pegaba cuidadosamente un trozo de papel redondo que solo estaba encolado por el borde.

—Jamás se les ocurrió, al inspeccionar el paquete, dar la vuelta a los envases y despegar los círculos de papel. Estaba hecho con una habilidad extraordinaria. No se notaba nada. ¡Hasta yo me enorgullecí de haberlo descubierto! Aunque ya sabes cómo manejábamos los paquetes allí… No se nos pasaba nada por alto. Desmontábamos el envoltorio como un relojero un péndulo.

—El último paquete que mandé a Auschwitz volvió con un gran sello negro que ponía «Devuelto al remitente», en alemán, por supuesto. Así fue cómo me enteré de que os habían transferido a otro campo.

—¿No temió que Marie-Louise hubiera muerto?

—No. Lo pensé, pero no demasiado. En aquel momento, no se sabía.

—Pierre, ve a buscar una botella de vino a la bodega. Un tinto de Burdeos. He cocinado un civet con el conejo que trajo ayer Christine.

—Un Borgoña encajaría mejor con el civet. El Chambertin. Pero si prefieres un Burdeos…

—Como tú quieras, pero creo que en París se aprecia más un buen Burdeos.

Pierre abandonó el salón.

—¿Qué te parece mi marido? Es tal y como te había contado, ¿verdad? ¡Y qué paciencia tuvo para ayudarme! Al volver, yo ya no sabía hacer nada. Todo me daba miedo: ir a correos, ir al mercado. Si tenía que hablar con alguien, me asaltaban los tartamudeos y los temblores. Pierre nunca me dejaba sola. Siempre estaba a mi lado. Y, poco a poco, se fue alejando. Como se hace con los niños cuando aprenden a caminar, como te decía antes. Los sueltas, pero te quedas acuclillado delante de ellos con los brazos abiertos. Poco a poco, te alejas, pero sigues con los brazos abiertos. Y cuando ves que andan con soltura, los esperas en la otra punta del cuarto y dejas que vengan solos. Pierre hizo lo mismo conmigo. Cuando era mi turno en la ventanilla de correos o en una tienda, se apartaba. En cuanto dejaba de agarrarme por el brazo, sentía que me ahogaba, y entonces él se acercaba un poquito y hablaba en mi lugar. Luego dejó que me espabilara sola, quedándose al alcance de la mano. No puedes ni imaginarte lo generoso que fue.

Pierre regresó de la bodega.

—Aquí tienes el Burdeos. Espero que a Charlotte le guste.

Los entrantes eran apetitosos, el civet exquisito.

—¡Si hubierais tenido esto en Auschwitz! ¡A su salud, Charlotte! Vuelva a visitarnos pronto.

—La próxima vez, avísame por carta. Te prepararé algo más refinado, más original, alguna especialidad de la región.

—Alguna de las recetas que debiste de darle en Auschwitz… Podrías haber servido tu paté.

—Lo he pensado, pero me ha parecido que el cuello de pato relleno era más excepcional para una parisina.

—A propósito, Marie-Louise, quería preguntarte algo. Hace unos días vino a visitarme una mujer joven. No sé cómo consiguió mi dirección ni quién la mandó a mi casa; supongo que una de vosotras. Se había enterado de que estuve en el mismo convoy que su madre y quería que le hablara de ella. Por desgracia, fui incapaz de decirle nada. No conocí a su madre. En cualquier caso, no la recuerdo, no me quedé con su nombre. Se lo pregunté a Mado, que es la que tiene mejor memoria de todas nosotras. Ella tampoco se acuerda.

—¿Cómo está Mado? —preguntó Pierre—. ¿Qué ha sido de ella?

—Se casó…

—Sí, eso ya lo sabemos, y solo tuvo un hijo, ¿no? ¿Qué edad tiene ahora?

—Diecisiete años.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro por ella!

—¿Cómo se llamaba la madre de esa mujer joven? —preguntó Marie-Louise.

—Mathilde. ¿Tú la conociste?

—¿Mathilde? ¿La bretona? —dijo Pierre enseguida—. ¿Es la que tenía una hija de la misma edad que Christine y que era tu vecina de cama en Romainville?[5] Con ella ideaste el proyecto de organizar un intercambio de hijas durante las vacaciones. La suya vendría al campo mientras que la nuestra visitaría París. Vivía cerca de la place de Clichy, creo.

—Sí, es ella —dijo Marie-Louise—. ¿Cómo se llamaba su hija?

—Monique —dijo Pierre—. Tenía un año más que la nuestra. Ahora es una mujer de treinta y ocho años. ¿Cómo está? Para ella debió de ser horrible que su madre no regresara. Pero ¿por qué ha esperado tanto tiempo para informarse? Si hubiera mandado un mensaje al boletín la Asociación, le habríamos escrito. ¿Su padre sigue vivo?

—Sí, se volvió a casar —dije.

—¡Ah! —exclamó Pierre.

—Pierre no se habría vuelto a casar si yo no hubiera vuelto.

—Querida… Si desea que le hablemos de su madre, deberías escribirle, Marie-Louise. Charlotte, ya nos dará su dirección. Que venga a visitarnos. Por desgracia, no podrás decirle nada de la desaparición de su madre, porque la perdiste de vista en Birkenau.

Marie-Louise sonreía, complacida.

—Ya te lo he dicho, Pierre está al corriente de todo. Incluso se acuerda mejor que yo. Puedes hablarle de cualquiera del convoy, sabe quién es.

—Sí —dijo Pierre—, os conozco a todas. Y cuando vi Birkenau…

—¿Fuisteis a Birkenau?

—Sí, con Marie-Louise, hace unos años. Fue uno de los primeros peregrinajes. Marie-Louise me había descrito tan bien los bloques, las ciénagas, el lugar donde se situaba vuestro bloque para el recuento, la

garita de la entrada, todo, que reconocí de inmediato los lugares: el sitio donde se hizo aquel recuento interminable delante del bloque 25 diez días después de que llegarais, el campo en el que os dejaron plantadas en la nieve durante todo el día y la carrera en la que la señora Brander y Alice Viterbo fueron detenidas. El parterre que construisteis a lo largo de las alambradas, en la entrada, llevando tierra en los mandiles, un domingo, ha desaparecido bajo la hierba. Creo que deberían haberlo mantenido. Marie-Louise no pudo recordar cuál era su lugar en el bloque 26.

—Es que es muy distinto ver el bloque vacío y, como el tejado se ha medio desmoronado, ahora entra luz. Además, era verano. Con el sol…

—Ya no sabía si estaba a la derecha o a la izquierda. En cualquier caso, era en el segundo piso, porque veíais el patio del 25 desde vuestro sitio.

—Era a la derecha, en el segundo piso —dije. Por suerte, me acordaba.

—¿Ves? Tenía razón. Cuando me contaste que veíais el patio del bloque 25 pero no la puerta, te dije que seguramente era a la derecha. Hice fotos. Si quiere, se las enseñaré después de comer. Fui a las ciénagas. Hay un pequeño autobús que lleva a los visitantes hasta allí, pero preferí ir a pie. Naturalmente, era distinto. Hacía buen tiempo, iba bien calzado. De todas formas, pensando en la nieve, en los zapatotes que llevabais, en los perros, en el viento, en vuestro agotamiento, me hice una idea bastante cabal. Marie-Louise todavía se pregunta cómo pudo avanzar por las ciénagas después del tifus. Menos mal que estaba usted allí y la agarraba del brazo.

—Todas nos agarrábamos del brazo —dije.

—Evidentemente, vi cosas que ustedes no vieron cuando estuvieron allí: los crematorios, las cámaras de gas, el paredón de las ejecuciones en el campo de los hombres. Lo visitamos todo. ¿Usted no ha regresado allí, Charlotte?

—No. No me he visto con ánimo.

—Lo comprendo. Para mí, era diferente. Iba con Marie-Louise. Charlotte, le sirvo un poco de civet. Me parece que le ha gustado,

¿verdad? ¿Y Lulu y Carmen? ¿Cómo están? A las de la región las vemos en las conmemoraciones…

—Casi nunca salimos —dijo Marie-Louise—. Estamos tan bien en casa los dos, pero vamos a todas las conmemoraciones. En primer lugar, porque es un deber, y además siempre nos alegra volver a ver a las compañeras.

—Las de aquí las vemos bastante a menudo, pero a las parisinas, a las marsellesas… Nos enteramos de que Carmen se había casado al volver y había tenido tres hijos. ¿Usted las ve a menudo, a Lulu y a Carmen? Nos gustaría mucho verlas, recibirlas aquí. Dígales que vengan con Cécile. ¡Menudo trío formaban! Tenían agallas esas tres. Nos encantaría que nos visitaran, ¿verdad, Marie-Louise?

La comida se acercaba a su fin.

—Pierre nos preparará el café —dijo Marie-Louise—. Él es el encargado del café. Vayamos al salón; estaremos más a gusto para seguir conversando. ¿De verdad no puedes quedarte, al menos esta noche? Conocerías a Christine. Viene todos los días al salir de la escuela. Es maestra, ¿lo sabías? Ha oído hablar tanto de ti que quiere conocerte.

—No, esta vez no. No tengo tiempo. ¿Me perdonas?

—Vuelve. Vuelve antes del invierno, así te llevaremos a pasear por el bosque. Es un bosque muy hermoso, lleno de grandes hayas.

Tomamos el café.

—Charlotte no quiere quedarse hasta mañana —dijo Marie-Louise.

—Qué lástima —dijo Pierre—. La habrías llevado a dar un paseo por el bosque. Le habrías enseñado el lugar donde te detuvieron. En pleno bosque.

—Volverá —dijo Marie-Louise—. Me lo ha prometido.

—Charlotte, ya sabe que aquí está en casa. Entre compañeros —dijo Pierre.

Los dejé en el umbral de su bonita casa, al final de la fresca y sombría avenida bordeada de abetos.

Ida

En el vagón no conocía a nadie. Apenas llevaba tres días en Drancy cuando tuvo lugar la partida. No me había dado tiempo a entablar amistades. Me habían puesto en un dormitorio común con mujeres y niños. Nadie me prestaba atención. Nadie me dirigía la palabra. Nadie me preguntó de dónde venía, quién era, cómo había llegado allí. Nadie sentía curiosidad; sin duda, porque todos estaban tan preocupados, tan inquietos, que no se interesaban por los demás. Allí estaba, completamente sola. Estaba en mi rincón sin hacer ruido, procurando no molestar a mis vecinos. Escuchaba sus conversaciones, sus temores y sus conjeturas. Permanecía en mi rincón, seria, con el propósito de comportarme como una adulta. Cuando tuvimos que reunirnos para la partida, llamaron a casi todo mi dormitorio. Las mujeres lloraban, se secaban los ojos con el dorso de la mano antes de inclinarse hacia sus hijos para calmarlos y decirles con dulzura que estuvieran quietos. «Sé bueno, mamá está contigo. No te alejes de mamá.» En realidad, sus consejos se dirigían a sí mismas. Estaban a punto de perder los papeles. A los niños no les sorprendía nada. Ya se habían acostumbrado a no estar en casa, a saltarse la rutina, la disciplina. Algunas se afanaban para avisar a su marido, que estaba en el lado de los hombres. ¿Él también se iba? Tenían miedo de que los separaran. Al reconocerlos entre los hombres reunidos para la partida, se quedaban más tranquilas.

Cuando nos ordenaron que nos pusiéramos en fila para dirigirnos hacia el tren, todo el mundo estaba nervioso y angustiado a la vez. Las mujeres con hijos se esforzaban por mantener la calma. Ninguna de ellas me dirigió ni una palabra, ni una mirada. Yo no formaba parte de su familia. Bastante trabajo tenían ya con los suyos, especialmente las madres de varios hijos. Yo estaba completamente sola y casi orgullosa: me consideraban una adulta. Mi docilidad no era fruto del miedo. Solo quería pasar desapercibida y no meterme en líos. Siempre

estaba en el lugar que tocaba en el momento indicado, cumpliendo rápidamente cada orden. ¡En marcha! ¡A la derecha! ¡A la izquierda!

En el andén, los vagones estaban abiertos de par en par. Nos empujaron dentro a manadas, los hombres en los primeros vagones. Mientras subían, volvían la cabeza para ver una vez más a sus mujeres y sus hijos, que esperaban su turno. Las mujeres y los niños se quedaban juntos. En cuanto se hubo llenado mi vagón, las puertas se cerraron corriendo a sacudidas por las ranuras. Un ruido de hierro pesado y entrecortado. Al cerrarse las puertas, nos sumimos en la oscuridad. Los gritos del andén enmudecieron. Me encontré sentada en el suelo, en medio de aquellas mujeres a las que apenas había observado durante los tres días que había pasado en el dormitorio común. Las madres habían recogido la paja que había esparcida por el vagón para acostar a sus hijos. Las más espabiladas se habían puesto en las esquinas. Habían dejado que las ancianas se sentaran contra las paredes, era más cómodo. Como yo había subido de las últimas, solo me quedaba lugar en medio, cerca del barril de chapa que serviría de letrina. Me iban a incordiar a menudo. Me acomodé sin prisas. Doblé con esmero mi abrigo, me puse debajo mi viejo impermeable extendido para no ensuciarme y envolví mi pequeño hatillo en el cuello del impermeable, con el fin de tener un cojín para la cabeza. Alice me había hecho llevar el abrigo bueno, por el frío, y mi viejo impermeable, para proteger el abrigo. No tenía la menor idea de la duración del viaje. Las demás tampoco. Me instalé en las mejores condiciones posibles para un viaje que, sin duda, sería muy largo. Nadie se ocupaba de mí. Tendría que cuidarme sola.

Los vagones aguardaron mucho tiempo sin arrancar. Poco a poco, los ojos se me acostumbraron a la penumbra. Me pregunté cuántos éramos. Durante todo el viaje, no logré contarlo. Estaba demasiado oscuro y algunas mujeres se habían ovillado debajo de montones de ropa que confundía siempre paquetes. Íbamos muy apretados. Las madres se tragaban las lágrimas con un carraspeo, como si les doliera un poco la garganta; las mujeres sin hijos lloraban a lágrima viva, sin hacer ruido. Las ancianas estaban mudas, pasmadas. Todas se organizaban en grupos, compartían las mantas, enrollaban prendas de ropa para usarlas de almohadas. Habían pasado semanas enteras

juntas en el dormitorio común, se conocían. Para mí, el viaje no era aterrador. Al contrario, me alegraba de no haber perdido tiempo en Drancy. Estaba impaciente por reencontrarme con mamá. Estaba segura de que iba a reunirme con mamá. Por eso, las molestias del viaje, la incomodidad, no me importaban.

El tren se puso en marcha. Unos críos rompieron a llorar. Sus madres los acunaron y enseguida se durmieron. Las mujeres empezaron a hablar y a lamentarse. Todas ellas tenían miedo. Y cuando expresaban sus temores respecto a lo que nos aguardaba, anunciaban cosas espantosas, sin pensar que tal vez no todos los niños dormían y sin miramientos hacia mí, cosa que acrecentaba mi orgullo. No me consideraban una niña. Tenía catorce años, aunque me guardaba de reconocerlo. Quería parecer una persona adulta.

Cuando el tren hubo recorrido cierta distancia, unas mujeres sacaron de su bolsa cuadernos y lápices. Arrancaron unas páginas de los cuadernos, las repartieron entre las que no tenían y la mayoría escribieron notas que doblaron muchas veces para introducirlas por los intersticios de las puertas. Algunas no tenían a quién escribir. Otras les indicaban la dirección de gente de fiar. Todo eso con explicaciones complicadas, palabras de ánimo y dudas. Ninguna me preguntó si quería un trozo de papel. No lo necesitaba. Mi padre estaba escondido. Creía saber dónde, pero su domicilio debía permanecer en secreto. No tardaría en saber, a través de mi niñera, que me había marchado. Dejaba atrás a mi padre, iba al encuentro de mamá. Estaba contenta. Me imaginaba la alegría que sentiría al verme, el consuelo que le daría. Alice, mi niñera, me había dado un paquete para el viaje: tocino, un paté que había preparado a toda prisa con unos restos de conejo la víspera de mi partida, un tarro de mantequilla salada, mermelada que habíamos cocinado juntas el otoño anterior, chicharrones. Durante los tres días en Drancy, no había tocado mis provisiones. En el tren, tampoco. Lo guardaba todo para mamá. Mamá, que llevaba seis meses allí, debía de necesitarlas. Si allí la comida era como en Drancy, no debía de ser buena ni abundante. Durante el viaje, me conformé con el medio pan y el pedazo de salchicha que nos habían distribuido antes de marcharnos.

El tren avanzaba. A mi alrededor, susurraban, sollozaban, dormitaban. Los niños se quejaban. Pensaba en mamá. ¿Cómo la encontraría? Su hermosa cabellera dorada, su piel suave. Quería darle un beso a mamá, apretar mi mejilla contra la suya durante mucho rato, jugar con sus dedos, con sus anillos. No, seguro que le han quitado los anillos. Por una carta de papá, me había enterado de que habían detenido a mamá. Estaba convencida de que nos pondrían a todos en el mismo lugar, así que pronto volvería a ver a mamá. Estaba impaciente por llegar. No era tan tonta como para creer que mamá estaba allí de vacaciones. Seguro que la hacían trabajar duro. Cuidando a enfermos, quizá. Mamá sabía hacer de todo y era tan valiente que lo aguantaría todo y pronto estaríamos los tres reunidos en casa. La guerra terminaría: hasta Alice, que no leía el periódico ni tenía radio, lo decía. Desde nuestro pueblo de Poitou, la guerra parecía muy lejana. Estábamos apartados de la gran ruta. Nunca había visto alemanes. Trabajando duro, pasando frío y comiendo poco, así me imaginaba la vida de mamá. Mi paquetito la alegraría, la mantequilla le sentaría bien. También llevaba dos jerséis gordos que había tejido mientras guardaba las cabras de mi niñera. ¡Pobre Alice! ¡Cómo había llorado pensando qué poner en el paquete! Sin dejar de sorberse los mocos, me daba consejos:

—Sé razonable, Ida. Haz el favor de cuidarte. Procura no coger frío. Te pongo un buen par de calcetines de lana.

Las lágrimas corrían por sus viejas mejillas arrugadas y caían en sus manos arrugadas. Y eso que, aunque en ese momento no me había dado cuenta, no era tan vieja. Debía de tener la edad de mamá o poco más. Mamá era tan hermosa, tan elegante…

—Compréndelo, Ida, no puedes quedarte aquí. Tienes que marcharte. Me han dicho que, si no te marchas, detendrán a Émile. Márchate. Pronto podrás volver.

Y siguió llorando de manera más desconsolada aún. Yo la escuchaba sin enfadarme, pensando: «¡Qué cobarde eres, Alice! ¡Qué cobardes sois Émile y tú! ¿Por qué me dejas marcharme? Bastaría con que Émile también se escondiera. Conocéis muchas granjas que podrían acogerlo. En Vendée ya estaría lo bastante lejos. No sabéis qué me espera allí donde me mandan. Yo tampoco, pero dicen que es

terrible». Luego todos mis temores se desvanecieron. La alegría se apoderó de mí: ¡iba a reencontrarme con mamá! No se me había ocurrido antes. Qué tonta era. Alice sollozaba, pero de todas formas intentaba hablar:

—Compréndelo, Ida, no podemos hacer otra cosa. —Y se puso a desenredar un ovillo de cordel para atar el paquete. Y entonces los sollozos se espaciaron—. Suerte que siempre he ido guardando sobras de cordel. Ahora ya no se encuentra. ¿Ves, Ida? Siempre hay que guardarlo todo.

Cuando la policía nos obligó a registrarnos y a llevar la estrella, mis padres me enviaron al campo. Buscaron un lugar donde nadie supiera quién era, donde pudiera ir a la escuela y donde, por lo menos, comería mejor que en París. Al principio, lo buscaron en la zona libre, pero al enterarse de que las patrullas alemanas detenían a gente franqueando la línea de demarcación,[6] consideraron más prudente no correr ese riesgo. Habían encontrado a Alice y Émile en aquel pueblecito de Poitou. Émile trabajaba de jornalero. Tenían unas cuantas cabras, que pastaban por los caminos y los bordes de los campos, y un pequeño huerto, del que cultivaban hasta el último palmo de tierra. Eran pobres; una inquilina cuyos padres le pagarían de forma regular sería un apoyo considerable. Mi madre me llevó a casa de Alice. Al despedirnos, me recomendó que fuera a misa como los demás niños y que me aplicara en la escuela. Pronto volvería a buscarme, con papá, y nos iríamos de vacaciones juntos a la costa, a una playa bonita con arena fina y conchas. Mamá le había dado instrucciones a Alice respecto a la iglesia y la escuela. Cuando acompañé a mi madre al autobús, me puse muy triste. Sonreía haciéndome la valiente, para demostrar que comprendía perfectamente la situación. Apenas tenía trece años, pero creo que, en efecto, la comprendía.

La casa de Alice era una de las últimas en la linde del pueblo, junto a las casas de los pobres. No tardé en sentirme en casa. En el fondo, Alice y Émile eran gente decente. Me tenían aprecio. Descubrí el campo, las flores, los animales. Guardaba las cabras por los caminos, las seguía mientras tejía como las campesinas. Mamá me había mandado lana que le quedaba de antes de la guerra. También me

mandaba un poco de dinero. No me lo gastaba. Lo guardaba para mandarle paquetes: mantequilla, tocino, huevos, todo lo que lograba recolectar en las granjas de los alrededores. Iba regularmente a la estación —que no estaba lejos, a ocho kilómetros, y papá me había comprado una bicicleta— para enviar paquetes a mamá.

—¿Cómo estás, Ida? ¿Seguro que has envuelto bien el paquete?

Siempre tenían una palabra amable para mí. La dirección de papá no la sabía. En todas sus cartas, mamá decía que él estaba bien y que me mandaba muchos besos.

Después de las vacaciones, entré en la escuela. La maestra era muy amable. La adoraba. A veces, me daba unos golpecitos en la mejilla diciendo:

—¡Mi pequeña Ida, qué madura eres para tu edad! En tu situación, lo comprendo, pero en la infancia hay que divertirse.

Me miraba con afecto y también con un poco de tristeza, creo. Me aplicaba mucho en la escuela. Cualquier elogio de la maestra me colmaba de alegría.

—Deberías ir al instituto —me decía la maestra—. Si quieres, lo organizaré con una de mis colegas, en T., para que te acoja en su casa y puedas seguir estudiando. Sería una pena que no continuaras. Aquí estás perdiendo un año.

Yo también pensaba en ir al instituto. Esperaba no perder todo un año; pronto volvería con mis padres e iría al instituto en París. Mamá y papá lo habían decidido cuando me dieron el título de primaria. De momento —mamá me lo había dicho en una carta—, habría sido imprudente abandonar el pueblo para ir a una ciudad. En el pueblo, me habían adoptado como una más y los otros niños jugaban conmigo sin preguntarme qué hacía allí. Era una lugareña cualquiera. Sin embargo, mi nombre sonaba raro. Las otras niñas se llamaban Suzanne, Yvonne, Simone. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para cambiarme el nombre. Todo el mundo conocía a Ida y todo el mundo me tenía aprecio. El alcalde, un viejo granjero, era como un abuelo. A veces venía de visita a casa y yo sorprendía alguna conversación entre él y Alice. Una vez, lo oí decir:

—Mientras yo esté aquí, nadie tocará a Ida. No temáis, Alice.

Aquello me dejó muy preocupada. No le escribí nada a mamá, pero se lo conté a la maestra.

—Permanece ojo avizor, mi pequeña Ida. Si intuyes el menor peligro, echa a andar campo a través hasta la capital del cantón. Ve derecha a la escuela. La directora es una amiga mía y te protegerá. La avisaré esta noche, justo hoy cenamos juntas.

Un día, recibí una carta sin firmar, procedente de una ciudad que no conocía. Era la caligrafía de papá. Se habían llevado a mamá, no se sabía a dónde. Añadía: «Sé buena y sigue aplicándote en la escuela» y, a la atención de Alice, aseguraba que pagaría mi pensión como antes, por giro postal el día 1 de cada mes. Y, en una posdata: «No mandes más paquetes, porque mamá ya no está». Así que los alemanes habían cogido a mamá. Me eché a llorar. Mientras guiaba a las cabras, lloraba. Les hablaba de mi tristeza. Les contaba lo hermosa que era mamá, cuánto me quería, lo triste que estaba de que se hubiera marchado. ¿Has observado qué ojos tan melancólicos tienen las cabras? Realmente parece que te comprendan cuando les hablas.

Eso fue durante el verano. Llegó el otoño y luego el frío. De vez en cuando, recibía alguna carta con noticias de papá. ¿Por qué nunca decía nada de mamá? Con el tiempo que había pasado desde que se había marchado —yo contaba las semanas, los meses—, hacía tanto que se había marchado que debería haberme escrito. Entonces reflexionaba. Es evidente, mamá no me escribe para que no sepan dónde estoy. Papá me escribe, pero echa las cartas en buzones de distintos lugares y no llevan remitente.

Un día, a finales de invierno, el viejo alcalde fue a casa de Alice. Acababa de volver de la escuela y estaba golpeando mis zuecos contra la piedra, debajo de la ventana de la cocina. Había llovido durante todo el día, hacía frío, tenía los zuecos embarrados. Golpeaba suavemente mis zuecos contra la piedra, debajo de la ventana de la cocina, cuando reconocí la voz del alcalde. Me quedé agazapada debajo de la ventana para escuchar qué decía. Hablaba fuerte, Alice estaba un poco sorda. Por su tono de voz, los dos parecían serios.

—Mientras Bertrand estaba en la gendarmería, no me preocupaba por Ida, pero acaban de trasladar a Bertrand. El nuevo capitán tiene toda la pinta de ser un farsante, de pecar por exceso de celo. No sé

qué aconsejarle, Alice. Si todavía estamos a tiempo, tal vez convendría mandarla de vuelta con sus padres y que le busquen otro refugio.

—Es imposible. Su madre fue detenida y su padre me hace llegar la pensión sin indicar su dirección. ¿A dónde iría, pobrecilla mía?

El pobre anciano estaba perplejo. Yo tomé una decisión. Despedirme de Alice y huir campo a través en busca de la directora de la escuela de la ciudad. El alcalde salió. Lo saludé como si acabara de llegar. Me dio un beso en la frente. Mis dudas se confirmaron. Debía marcharme. Inmediatamente, empecé a recoger mis cosas.

—Me marcho, Alice. Perdóname por no decirte a dónde voy. Creo que debo irme sin perder ni un segundo. No te preocupes por mí. Me las apañaré. Sé a dónde ir.

Y metí a toda prisa mis cosas en una bolsa.

—Espera, Ida. No te marches ahora mismo. No puedes emprender el camino con este tiempo. El alcalde no ha dicho que el peligro nos pisara los talones.

Entonces deshice la bolsa, arrepintiéndome de haberme alarmado. Al día siguiente, a medianoche, nos despertaron los gendarmes. Al oír el coche que estacionaba, lo comprendí. Alice, deshecha en lágrimas, se acercó a mi cama para anunciarme que los gendarmes venían a buscarme. Eran tres. ¡Tres para detener a una muchacha de catorce años! Me puse en pie de un brinco, dispuesta a saltar al patio por una ventana trasera, salir por la parte de los árboles frutales, al fondo del jardín, y escaparme atajando bosquecillo a través.

—No puedes marcharte, Ida, no puedes. El capitán de la gendarmería ha dicho que, si no te encuentra, se llevará a Émile.

No podía marcharme. Era impensable dejar que detuvieran a Émile en mi lugar. Alice se volcó en prepararme provisiones para el viaje; se alegró de haber hecho un paté la noche anterior. Los tres gendarmes me esperaban, de pie en la cocina. No me trataron a empujones. Le di un beso a Alice, que me dejó toda la cara empapada con sus lágrimas, le di un beso en el bigote a Émile, que también se había levantado, y cogí mi hatillo. En marcha. Primero a Drancy y ahora en este vagón. [Z]

Durante el viaje, no me arrepentí de nada. No me arrepentí de haber cedido a la cobardía de Alice. Estaba exultante ante la idea de volver a

ver a mamá. Las otras mujeres, con sus lloriqueos y temores, me agobiaban.

Al llegar —nadie sabía que aquello era Auschwitz; si lo hubiéramos sabido, no habría acrecentado nuestro espanto, porque ese nombre no significaba nada—, al llegar, estaba al acecho, observando, tratando de comprender las órdenes que nos daban a gritos desde todas partes, manteniéndome bien recta con mi pequeño hatillo y un pañuelo atado coquetamente a la cabeza, sin perder detalle de lo que sucedía. Entendía un poco el alemán gracias al yidis que había aprendido en casa. Cuando un oficial —llevaba hombreras y una gorra plana— gritó a las mujeres que tenían hijos que se pusieran en fila delante de él, cuando gritó «Todos los niños, aquí», no me moví. Permanecí al final de la fila en la que me encontraba. No era una niña. Que separaran a las mujeres de los niños no me inspiraba confianza. No me preguntes por qué. La verdad es que no sabía nada. ¿Quién sabía algo, en aquella época? Era bastante alta, bastante fuerte, parecía que tuviera diecisiete o dieciocho años y me comportaba como una adulta, no como una chica de catorce años, de manera que seguí en la columna correcta y entré en el campo.

Durante el viaje, no había trabado ninguna amistad. Las demás mujeres se ocupaban de sí mismas o recelaban del resto. Una vez en el campo, me encontré completamente aislada. No te creas que me sentí perdida. Buscaba a mamá por todas partes. Me costaría explicarte cómo me las apañé. Hice amigas, todo el mundo me ayudó. Como debes de suponer, no encontré a mamá. En la entrada, me habían obligado a dejar el paquete de Alice que había guardado para mamá. Estaba intacto y me tragué las lágrimas mientras se lo tendía a la alemana que me lo arrancó de las manos. En aquel momento, aún tenía la esperanza de encontrar a mamá. ¡Qué lástima perder aquellas deliciosas mermeladas de pera! Las peras las había recogido yo misma en el huerto del alcalde. Siempre me dejaba recoger toda la fruta que quisiera. En el campo, aprendíamos las cosas poco a poco. Y, sin embargo, no tardé mucho en comprender que jamás volvería a ver a mamá.

Pasé varias semanas en Birkenau y después me trasladaron a Buna, la fábrica de caucho. Un lugar atroz, con jornadas larguísimas, pero

bastante más soportable que Birkenau. Podíamos lavarnos, la sopa era algo mejor y los recuentos, más cortos. No nos castigaban demasiado a menudo, me refiero a grandes castigos, porque bofetadas nos daban constantemente. Un día, en una columna de hombres que se dirigía a la fábrica, reconocí a mi padre. ¡Cómo había cambiado! Estaba avejentado, enflaquecido, harapiento. Él que siempre iba tan elegante… ¡Era sastre! Grité:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Soy Ida! ¡Ida!

Las otras mujeres me agarraron para que no echara a correr hacia él. Al oír mi nombre, se dio la vuelta y me dirigió una mirada temerosa. La columna siguió caminando. Mi padre no me reconoció entre las demás.

Papá no regresó. Cuando volví, ni siquiera contaba con mis compañeras del campo. Todas habían vuelto a casa. No me quedaba ningún pariente, todos habían sido detenidos. Todos habían muerto allí. Me acogió una amiga de mi familia, que me puso a trabajar con ella en la confección. Me habría gustado retomar los estudios, pero la pobre mujer carecía de los recursos necesarios para mantenerme. Me enteré demasiado tarde de que podría haber optado a una beca de la comunidad israelí. Como mis padres no eran demasiado religiosos, no se me ocurrió acudir a un rabino. Me arrepentí muchísimo. ¡Y pensar que mi maestra insistía en que continuara estudiando! Ahora ya no tiene importancia; volveré a la escuela con Sophie.

Cuando conocí a Charles, tenía veinte años. Él también trabajaba en la confección. No había sido deportado y pensé que era mejor así. Sentía a la vez desconcierto y miedo frente a mí porque había vuelto de Auschwitz. Nos casamos. Los comienzos fueron arduos. No teníamos nada, ni el uno ni el otro. ¡La de abrigos que hay que hacer para pagarte la comida, un techo y empezar de nuevo! No queríamos tener hijos antes de haber alcanzado cierta posición, de haber logrado una estabilidad, de haber pagado nuestras deudas. Unos amigos de Charles nos habían ayudado a conseguir una pequeña vivienda y las máquinas. Al cabo de varios años, compramos un piso bastante digno. No está mal, ¿verdad? ¿Qué te parece nuestro hogar? Después nació Sophie. Estábamos locos de alegría. «¡Qué bonita es! ¡Qué pequeña!» Bueno, se nos caía la baba como a todos los padres. Es verdad que

Sophie era preciosa. Ya tenía sus grandes ojos oscuros y la fina línea de las cejas. Y entonces no sé qué me ocurrió. Un día, precisamente cuando todo iba bien —Sophie era una bebé hermosa, a Charles no le faltaba trabajo—, un día se apoderó de mí una angustia irreprimible. Me ahogaba, un peso me aplastaba el pecho, se me desbocaba el corazón. Me puse a gritar, aterrorizada. Era de noche. El médico intentó que durmiera con narcóticos. Me llevaron a una clínica. Charles se ocupó de Sophie. Como tenemos el taller en casa, pudo arreglárselas sin demasiada dificultad. Puso la cuna en un cuarto que daba al taller y dejaba la puerta entreabierta, de manera que no perdía de vista a la pequeña; le preparaba el biberón, le cambiaba los pañales y la vestía cuando tocaba. Se las apañaba perfectamente. Si tenía que salir para entregar las prendas de ropa o para visitarme en la clínica, la portera subía a cuidar a Sophie. Me daban calmantes, necesitaba dormir. Me adormecía, me despertaba, volvía a caer en un sueño extraño. Me daba la impresión de tener una doble. Cuando volví en mí, me quedé conmocionada: «¿Por qué estoy aquí? ¿Qué hago aquí? Me han encerrado. Me van a dejar aquí encerrada». Me asusté. Esperar y dejar pasar la oportunidad, ni hablar. Tenía que escapar. Deprisa. En un abrir y cerrar de ojos, tomé la decisión. Me puse la bata y salté por la ventana. No me maté de milagro. Puedes matarte tirándote de un primer piso. Un techo acristalado amortiguó mi caída. Salí adelante con cinco fracturas, la más grave de las cuales fue la de la pelvis, y pasé casi un año en el hospital. Los médicos pensaron que había intentado suicidarme. No logré hacerles comprender que se equivocaban. Quería escapar. Desde luego, es difícil de explicar. Tenía una doble y no conseguía juntar mis dos mitades. Estaba yo y un espectro de mí que quería pegarse a su doble, pero que nunca lo conseguía. Se me acercaba, como una forma blanda en la que me reconocía cuando estaba cerca de mí y que se desvanecía si la tocaba. Me curaron.

Cuando volví a casa, Sophie correteaba por el piso. Ya no era un bebé y Charles la vestía de niñita. ¡Le encantaba hacerle la ropa a su hija! Era como una muñeca de verdad. Cada vez más bonita, cada vez más buena. Recuperé mi lugar en casa. Estaba curada. Me creía curada, pero no lo estaba, no cabe ninguna duda. Hay épocas en las

que estoy muy bien, muy muy bien. Soy feliz. Y, de repente, sin saber por qué, sin saber cómo, por qué en ese momento y no en otro, sin presentirlo siquiera, siento cómo brota la angustia que me invadió por primera vez tras el nacimiento de Sophie. Intento luchar. En vano. Todo se convierte en una carga, la menor tarea, el menor quehacer, ya sea fregar los platos, hacer la cama o coser un botón. Me quedo sin fuerzas. Es como si, de repente, se me rompiera un resorte. Entonces Charles avisa al médico y vuelvo a la clínica. Me quedo unos días, a veces más, una semana o dos. Por suerte, no me sucede muy a menudo. Una vez al año, como máximo. No lo entiendo. Sin embargo, raras veces pienso en el campo. Al volver, temía tener pesadillas. Al principio tuve bastantes, ahora ya nunca. Me reúno a menudo con amigas del campo. Jamás hablamos de eso. Tenemos tantas cosas de las que charlar… Los hijos, los proyectos. Y pensar que algunas de ellas ya van a casar a sus hijos. ¡El tiempo pasa, es increíble! El tiempo pasa, por suerte. Creo que lo he olvidado todo. De mamá solo tengo recuerdos muy dispersos: su voz, su cabellera, su piel. Hoy mamá es más joven que yo. Si te paras a pensarlo, es extraordinario tener una mamá más joven que tú. Mi padre… desapareció. Esa angustia que siento cuando no me lo espero, ese espectro que se separa de mí y quiere recuperar su lugar… No lo entiendo.

Al poco de volver, fui a visitar a Alice. Pobre mujer, no le guardaba rencor. Se alegró de verme.

—Estaba convencida de que ibas a volver, Ida. He rezado por ti, ¿sabes?

Émile había muerto.

—De todas formas, el pobre vivió el final de la guerra.

Si se hubiera escapado conmigo, si se hubiera escondido… Después de casarme, regresé allí con Charles y, más tarde, fui varias veces a la granja de vacaciones con Sophie. Le enseñé los lugares por donde guiaba a las cabras. Alice ya no tenía cabras; ya no tenía fuerzas para cuidarlas. Con las cabras hay que caminar mucho, ¿sabes?, y Alice tenía las piernas delicadas. Limpiaba por horas en granjas de los alrededores. Sophie se maravilló cuando le conté que cada una de mis cabras tenía un nombre y que venían si las llamaba. Le enseñé mi escuela. Mi querida maestra ya no vivía en la región. Ahora es la

directora de una escuela en Saint-Loup. A su marido lo mataron en plena lucha. Formaba parte de la Resistencia y nadie del pueblo lo sospechaba. Por eso podría haber encontrado un escondite para mí e incluso para Émile. Nunca volveremos a ir de vacaciones a casa de Alice. Se ahorcó el invierno pasado. Una tarde, en su cocina. En el campo, el invierno es muy triste.

Un año y un día

Qué largo fue el primer año. No se acababa nunca el primer año después de regresar. Qué impaciente estaba por que se acabara de una vez… No se acababa nunca. Quería que llegara el día en que ya no diría: Hace un año, a esta hora. Hace un año, a esta hora, estábamos en el recuento. Hace un año, a esta hora, íbamos a buscar los bidones de sopa a la cocina. Hace un año, a esta hora, qué frío hacía, qué frío tenía. Hace un año, a esta hora, estábamos descargando carbón. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas negras y un sudor negro y ni un triste pedacito de trapo como pañuelo. Y cuando me lavaba, y cuando me cambiaba de ropa, y cuando me hacía la cama, y cuando comía, cualquier gesto que hiciera, todo tenía su correspondencia con un gesto que había hecho el año anterior. Vivía como en un calco y no sabía realmente si yo era el dibujo de abajo, el que se ve al trasluz, o el dibujo de encima. Y pensaba: cuando haya pasado un año, ya no podré decir: el año pasado a esta hora… El día que por fin pude decir: hace un año, a esta hora, estábamos llegando a Le Bourget, sentí que casi vivía en mi verdadera vida.

Loulou

¡Hemos encontrado a Loulou! Sí, lo hemos encontrado. ¿Dónde? Nunca lo adivinarías. Es increíble que lo hayamos encontrado ocho días antes de la cita… No, no estaba en la cárcel. Déjame que te lo cuente. Voy al grano, porque si te diera todos los detalles, no acabaría nunca: las gestiones, las búsquedas, las averiguaciones e incluso los anuncios por palabras. Empezamos preguntando a todos los inquilinos de su edificio, a los tenderos más cercanos, porque al final me acordé del número de su casa, en la rue Rambuteau. Aunque fue en vano. Nadie sabía nada. Te lo contaremos todo punto por punto cuando estemos los siete sentados a la mesa, la próxima semana, comiendo chucrut. Desde luego, tener antojo de chucrut un 3 de julio es un antojo de famélicos, un antojo de hace veinte años. Y citarse dentro de veinte años antes de irse cada uno por su lado… Nunca adivinarías dónde lo encontramos. Lo digo en plural porque Lucien aún se desvivió más que yo. Lucien es muy tenaz. Nunca lo adivinarías. En un manicomio. En un hospital psiquiátrico, si lo prefieres. No te preocupes, que no está loco. Está en sus cabales. Es un poco raro, quizá… No me extraña, después de veinte años rodeado de locos. En veinte años, jamás ha salido, jamás ha dado una vuelta en el exterior. Raro no es del todo exacto, sino más bien inactual, al margen de lo actual, al margen de la vida. Sabe perfectamente cómo llegó al manicomio. Está en el extrarradio. Nos lo contó de manera clarísima, sin lagunas. Se acuerda de todo. Simplemente no sabe cuánto tiempo lleva allí.

Cuando volvimos, el 3 de junio de 1945, una vez resueltos los trámites, los controles y los papeleos, cada cual se fue por su lado. A Loulou no lo esperaba nadie. Fue derecho a la rue Rambuteau. Nadie. Preguntó a los vecinos. Su padre, su madre, su hermana, se los habían llevado a todos. Su piso estaba ocupado por desconocidos, unos damnificados de Brest que habían sido realojados allí por

requerimiento, después de la Liberación. Por supuesto, los muebles, la ropa, todo había desaparecido. Pobre muchacho. Dieciocho años, aún no había cumplido los diecinueve cuando volvió. Recorrió el barrio buscando a sus parientes y amigos. Nadie. O bien se habían mudado para que no los detuvieran o bien habían sido deportados. El pobre Loulou se encontró solo, con su prima de repatriación, su pastilla de jabón y su traje de desmovilizado.[8] Se instaló en una habitación de hotel muy cerca de su casa para esperar y todos los días iba al centro de acogida. Se quedaba apoyado en la valla de sol a sol, observando a todos los que regresaban, interrogándolos, con la esperanza de reconocer a alguno de los suyos o, al menos, de tener noticias. A partir del 3 de julio, después de nuestro regreso, las llegadas se espaciaron. Loulou había pedido a sus antiguos vecinos de la rue Rambuteau que lo avisaran si alguien volvía a su casa. Esperó y esperó. Nada. Nadie. Al cabo de un tiempo, ya no tenía dinero para pagar la habitación de hotel. Acabó en la calle. Estaba agotado, no tenía la menor idea de qué debía hacer. Durmió en bancos y una mañana —fue en la place de la République, se acuerda perfectamente— lo despertaron dos agentes. Se sobresaltó. Les mostró su tatuaje, su carné de repatriado. Los agentes fueron comprensivos. Lo llevaron a la comisaría, pero no a la fuerza, y el comisario, al ver a Loulou en semejante estado —sin afeitar, sin asear, y con la cara que tenía al volver… ¿te acuerdas?; era el más esquelético de todos; ahora está gordo; impresiona reconocer a un muchacho de diecinueve años a los cuarenta—, el comisario hizo que lo escoltaran hasta el hospital. ¿Qué hospital? Loulou no tiene ni idea. Una vez allí, se asustó. No sabe por qué. Quizá por sentirse encerrado. Se asustó y se escapó. Como iba en bata, esta vez no tardaron en detenerlo y lo tomaron por un amnésico. Estaba tan agotado que no le salían las palabras. Lo tomaron por un amnésico y lo ingresaron. Los médicos del hospital psiquiátrico actuaron muy bien. Lo curaron, es decir, lo atiborraron, lo calmaron y con el reposo… En aquel momento, estaba tan exhausto que ya no le daba miedo estar encerrado. Era un despojo humano, al parecer. Las enfermeras lo mimaron. Se convirtió en su ojito derecho. Cinco o seis meses después, ya estaba recuperado. Ya solo tenía que marcharse. Era todo temor, todo confusión. Una enfermera se ofreció a dar una vuelta

de reconocimiento por la rue Rambuteau. Sin novedades, nadie había regresado. Loulou no sabía a dónde ir. No tenía dinero. Preguntó si podía quedarse allí. Con las enfermeras, con los enfermos, se sentía a salvo. Y le dieron permiso. El director nos dijo que, al cabo de un tiempo, aquel enfermo curado le había causado problemas —por la contabilidad, por los papeles—, pero, como Loulou seguía sin querer marcharse, el director se las arregló. Con los papeles se puede hacer lo que sea, si uno quiere. Y ya está. Durante veinte años.

¡Si lo hubieras visto! ¡De verdad, deberías haber estado ahí! Primero nos recibió el director. Nos enseñó su registro. Nombre, apellido, edad, profesión —ya sabes que Loulou se dedicaba a la peletería, codo a codo con su padre—, no cabía ninguna duda, todo encajaba, era nuestro Loulou. Entonces, el pequeño tejemaneje de siempre. Bajaron al enfermo al jardín para que lo observáramos desde la ventana. Nos costó horrores reconocerlo. Había echado tripa. Y su preciosa piel de niña… Además, tenía un aspecto tan calmado, tan… ¿cómo decirlo?, lejano. Entonces el director lo hizo llamar a su despacho. ¡Si lo hubieras visto! ¡No! ¡Deberías haberlo visto! Nos reconoció enseguida. Como si Lucien y yo no hubiéramos cambiado. Y eso que mi pelo… Aunque es verdad que, entre la cabeza afeitada que tenía al volver y la calvicie de ahora… Como si nos hubiéramos separado el día antes. Nos echamos a llorar los dos, Lucien y yo, como dos imbéciles. Loulou estaba radiante, como si fuera lo más natural del mundo encontrarse en un manicomio veinte años después. Nos contuvimos.

—¡Vamos, ven! Coge tu maleta. Te vienes con nosotros.

Pobre Loulou, no tenía ninguna maleta, solo los pingos del hospicio.

—Ven así igual.

Pero no quiso marcharse sin haber dado una vuelta por el centro, sin haberse despedido de todo el mundo. No me extraña; después de veinte años allí, se había encariñado con la gente. Volvió con las manos llenas, con los bolsillos rebosantes. Caramelos, galletas, golosinas, un montón de chucherías. Y hasta quería esperar al equipo del turno de noche. Entonces lo presionamos un poco.

—Vamos, ven. Ya volverás de visita.

Nos lo llevamos. Con su batín y sus pantalones arrugados por todas partes. Entre Lucien y yo, lo vestimos de pies a cabeza. De momento, se queda en casa, mientras no se instale en otra parte. Le buscaremos un alojamiento. Mi mujer ha oído hablar de un pequeño apartamento de dos ambientes muy cerca de casa. No nos costará amueblarlo, con la ayuda de Marcel. Cogeremos cosas de su tienda. Lo del trabajo sí que será más complicado. Loulou no tiene ninguna profesión. Cuando trabajaba de peletero con su padre, no llegó a aprender el oficio. En el manicomio, devanaba lana, ayudaba a limpiar, servía la comida y cuidaba un poco del jardín. De todas formas, primero tiene que acostumbrarse. Hasta que pueda salir solo, mi mujer, mi hijo o yo lo acompañaremos. No puedes ni imaginarte cómo reacciona ante las cosas. Fue curioso cuando le compramos un par de zapatos. No sabe nada de dinero, no se acuerda de los precios de antes de la guerra, los precios de hoy no le sorprenden. Lo que le sorprende es que yo tenga un hijo de dieciocho años, que Lucien esté casado y sea padre de familia. Con todo, acoger a un muchacho de diecinueve años… Por mucho que nos digamos que fue por humanidad… Acogerlo durante veinte años… En parte fue por culpa nuestra. Y que nunca se le ocurriera buscarnos, escribirnos… Se lo pregunté enseguida, no te creas. Me dio una explicación muy sencilla. Al principio, se sabía nuestras direcciones de memoria, pero tenía la esperanza de reencontrarse con su familia. Se empeñó en buscarla. Luego, cuando ya no podía más, olvidó las direcciones y, una vez en el manicomio, se dejó llevar. De vez en cuando, pensaba en la cita. Sí, sí, me dijo que había pensado en ella. Como había perdido por completo la noción del tiempo, no le servía de mucho. Por lo demás, se acuerda de todo. Quizá hasta se acuerda mejor que tú o yo —para él, el pasado está mucho más vivo que para nosotros—, aunque le da la impresión de que no le sucedió a él. Tiene un pasado que no es el suyo, por decirlo de algún de modo. No será fácil reintegrarlo a la vida. Tendremos que ocuparnos de él entre todos. En cualquier caso, no podíamos dejarlo con los locos. Lucien lo acogerá en su taller de marroquinería, para empezar. Loulou no tiene ni un pelo de tonto. Y cuando se haya acostumbrado un poco… Acuérdate de lo habilidoso que era. Era el único que sabía cortar un fósforo en cuatro trozos cuando Valdi, el

polaco, nos daba un cigarrillo con un fósforo y queríamos guardar fuego de reserva por si teníamos otro golpe de suerte. Cuatro fósforos en uno, tan delgados como nosotros. Y siempre conseguía frotarlos sin romperlos. Más adelante habrá que encargarse de su documentación. En cualquier caso, acudirá a la cita, la semana que viene. Si quieres verlo antes, sube a casa. No cabe en sí de alegría ante la idea de volver a ver a todos los compañeros. Jacques vendrá de Charente, Simon, de Marsella. Estaremos todos, los siete.

—Siete. De cuántos…

Poupette

Que necesitáramos una voluntad sobrehumana para aguantar y regresar, eso lo entiende todo el mundo. Pero nadie tiene ni idea de la voluntad que necesitamos al volver para revivir. Durante todo el tiempo que pasamos allí, estuvimos enfocadas en el objetivo, un solo objetivo: volver. Volver, no veíamos más allá. Volver, después todo sería fácil. ¿Qué eran las dificultades de la vida comparadas con lo que habíamos sufrido y superado? Y en eso nos equivocábamos. Y en eso nos pillaron desprevenidas. Surgieron todos los problemas de la vida: trabajar, buscar una casa, encontrar tu camino. Volver no lo había resuelto todo. Había que enfrentarse a ello con las fuerzas menguadas, con la salud maltrecha, con la voluntad mermada. Nadie se da cuenta del valor que necesitamos en aquel momento. Además, creo que, en el fondo de cada cual, hay un depósito de ideas recibidas durante la infancia, una especie de creencia en la justicia inmanente. En el fondo de cada cual hay más o menos un libro con dos columnas: el debe y el haber, que tienen que equilibrarse. El debe es la suma de las desgracias a las que nadie escapa, la suma para toda la vida. El haber, la parte de felicidad a la que cada cual tiene derecho, que hace de contrapeso. Cualquiera que volvió pensó que le había tocado toda su parte de desgracias de golpe. Y en eso lo pillaron desprevenido. Al volver, me casé y fui feliz. Mi felicidad era un derecho adquirido, me la había ganado con creces, era lo merecido. Por eso, cuando mi matrimonio se torció, sentí rabia. Era injusto. Si supieras lo odioso que fue mi marido, incluso quiso quitarme a las niñas argumentando que estaba demasiado enferma para cuidarlas, que era rara, que estaba loca. Sí, desde que volvimos, tuvimos que aprender que nunca pagas de golpe. Pero si el campo nos había curtido… Todo lo contrario. Con nuestra sensibilidad en carne viva, todo nos duele más. La gente dirá: «Pobrecilla, hay que ser un monstruo para tratarla con tanta maldad, después de lo que sufrió.» No pretendo dar lástima, no, pero hay que

curtirse horrores para reconocer que Auschwitz no cuenta en el balance entre el debe y el haber.

La muerte de Germaine

Su marido salió por la puerta acristalada que daba a la terraza donde estábamos esperando y, con un movimiento de párpados, nos dijo que se había acabado, que podíamos entrar. Sujetó un batiente de la puerta acristalada y se apartó para darnos paso. Las tres entramos en la habitación donde reposaba Germaine. Maurice le había cerrado los ojos, pero el recuerdo que guardaba de sus ojos luminosos, sus ojos de un azul de luz, cuya mirada era la bondad en estado puro, suponiendo que se pueda desligar la bondad de cualquier soporte y contenerla en una mirada, mi recuerdo de sus ojos era tan preciso que sentía su mirada y veía su luz debajo de los párpados que el marido de Germaine había bajado unos instantes antes, con suavidad, pese a sus manos de obrero.

Germaine estaba tumbada, pálida sobre la almohada blanca, siendo de nuevo ella misma en la muerte. Sus rasgos, que apenas unos días antes había visto deformados por el dolor, habían recobrado su forma, su simetría, con la nobleza y la belleza de antaño. Alguien, la enfermera o la hija de Germaine, le había hecho unas trenzas que formaban una corona de plata. Era Germaine antes del campo, Germaine al llegar al Fuerte de Romainville, con su peinado austero y hierático. En aquella época no tenía el pelo gris, pero yo ya no veía ese detalle y para mí era Germaine tal y como era antes, como era ayer.

Maurice nos dejó a solas con nuestra compañera. Permaneció de pie en el umbral de la puerta acristalada, vuelto hacia un horizonte de colinas, en medio de unas macetas de geranios que refulgían a la luz de aquel día de otoño. Observamos a Germaine y nos sosegó la belleza de su rostro, cuya mirada no estaba apagada porque siempre habíamos visto su rostro iluminado por los ojos de un azul tan luminoso que para nosotras el azul se transparentaba a través de los párpados. La observamos y, sin palabras, nos dijimos: «Ya no sufre». Una semana antes no habíamos podido soportar su expresión de

sufrimiento y habíamos apartado la mirada. Sus rasgos demudados nos torturaban y deseamos que dejara de sufrir, que dejara de sufrir cuanto antes. ¿Qué hacer para que dejara de sufrir y pudiera reposar? Por fin se había acabado.

—Tendríamos que haber venido ayer —dijo una de nosotras tres—. Todavía habríamos podido verla…

—Pero si la semana pasada ya no nos reconocía, o muy poco. Ya no sufre. Qué hermosa es.

Contemplamos su belleza eterna, a sabiendas de que esa belleza era mentira y que en pocas horas se desvanecería.

Las manos de Germaine descansaban sobre el embozo. Aún tenían la ligereza de la vida. Agarré una mano de Germaine y la sostuve en la mía.

—¿Te acuerdas de lo que me decías en Auschwitz? «Déjame que te dé la mano para dormirme. Tienes las manos como mi madre.» ¿Te acuerdas de cuando me lo decías, Charlotte? Me prometías que vendrías a verme, si volvíamos. ¿Cuánto hace que volvimos…? Y hasta ahora no has venido a verme.

Germaine lo había dicho con su voz afable, sin rencor ni reproche, solo con tristeza. Y fui yo la que se entristeció. ¿Por qué no había ido a verla antes? ¿Por qué había esperado a que estuviera enferma para ir a verla? ¿Por qué había esperado a que estuviera en una clínica en lugar de ir a verla a su casa, cuando se dedicaba a las tareas domésticas con sus manos firmes que, al tacto, parecían las de mi madre? Es verdad que se lo decía, en Auschwitz. Lo había olvidado y, simplemente tocando su mano, revivía el calor y la dulzura que me daba Germaine tan solo dejándome darle la mano antes de dormir. Era verdad que sus manos se parecían a las de mi madre: la forma, el tacto, la sequedad suave de la piel.

—Perdóname, Germaine. ¿Me guardas rencor?

—No, querida. Pero deberías haber venido. Habrías visto mi casa y los alrededores, que tanto te describí allí. Te habríamos llevado a pasear. Es un lugar muy bonito. Pienso en ti a menudo. He pensado en ti a menudo durante todos estos años, desde que volvimos. Me alegré mucho al saber que habías encontrado a tu madre. ¿Qué edad tiene ahora?

—Es mucho más vieja que tú, Germaine, pero todavía tiene las manos jóvenes, como tú.

—Habrás tenido a tu madre mucho más tiempo que mis hijos a la suya.

—¿Qué edad tienen los más jóvenes, lo que nacieron después de que volvieras?

—La chica, diecisiete años y el chico, quince. Demasiado pronto para perder a su madre.

—No digas eso, Germaine, te vas a recuperar.

—No. Siempre creemos que tenemos tiempo. Nunca viniste a verme, aunque solo nos separaban unas horas de tren, nunca viniste a verme porque querías venir y creías que tenías tiempo para aplazarlo.

—Germaine, no me hagas sentir remordimientos. Cúrate para que pueda venir a verte y me perdones.

—Te he perdonado, pero ya nunca vendrás a verme. Me voy.

—Sí, sí, iré a verte. No tardaré en ir a verte.

Había vuelto hoy con dos compañeras y, al llegar a la clínica, la enferma nos había conducido a una terraza llena de geranios rojos y nos había indicado que esperáramos allí.

—No le queda mucho tiempo. Su marido está con ella.

Así se expresan las enfermeras: no le queda mucho tiempo. Había ido a verla la semana anterior y ahora ya era demasiado tarde. La semana pasada fue la última vez que vi a Germaine, la primera vez que volví a verla desde que regresamos. Me sonrió con ternura, pero sus labios pugnaban por contener la expresión que les había impuesto el sufrimiento para esbozar una sonrisa.

Cogí aquella mano que se enfriaba y me asaltaron los remordimientos. Querida Germaine, me ayudaste tanto, me diste calor cuando estaba aterida de frío, me agarraste la mano para que pudiera conciliar el sueño con un poco de dulzura, y yo no me tomé el tiempo de ir a verte para charlar contigo, para saber cómo habías vuelto a vivir, aunque, de hecho, yo también tardé muchísimo tiempo y después… Sí, después habría tenido tiempo, pero no fui a verte para decirte todo lo que te debía, porque había regresado y aquí ya no se dicen esas cosas.

Me incliné hacia la mano de Germaine, que reposaba sobre la sábana blanca, y la besé. Habría querido devolverle toda la dulzura que me había dado. Fue entonces, en el instante en que posé los labios en su mano, cuando fui presa del terror. Vi a Carmen y a Lulu, al otro lado de la cama, y me pregunté si lograría refrenarme. Ante mí, ya no era Germaine quien estaba tumbada en una cama blanca, sino Sylviane, que estaba echada sobre unas tablas podridas. Las tres, Lulu, Carmen y yo, estábamos al pie de aquellas tablas e íbamos a ver a Sylviane. ¿Por qué a ella y no a los otros dos esqueletos entre los que estaba echada?, porque nada distinguía a Sylviane de esos dos esqueletos de piel oscura, y ¿cómo habíamos reconocido a Sylviane entre todos esos esqueletos que la rodeaban, esos esqueletos que atestaban el bloque, escalonados en tres alturas?, ¿cómo habíamos sabido que aquella era Sylviane, aquella y no la de al lado o aquella otra, todas iguales, que estaban tumbadas en las tablas podridas sin moverse? Era a Sylviane a quien íbamos a ver y no a otra, a Sylviane porque era una de nosotras y nos reconocería y tal vez le brindaríamos consuelo o valor para morir, dado que no había nada que hacer, Sylviane se estaba muriendo.

—Es ella, la veo. He reconocido sus ojos —había dicho Carmen, deteniéndose en un tramo parecido a otros tramos, después de haber inspeccionado todos los tramos donde yacían los esqueletos pegados los unos a los otros, mil Sylvianes, tan apretadas que se asemejaban a un tropel de esqueletos, pese a que ninguno de ellos se movía, porque los esqueletos ya no tienen fuerzas para moverse.

—A la izquierda, la quinta, en el piso de en medio. ¿No reconocéis sus ojos? Siguen siendo azules.

En cuanto encontramos el punto de referencia de sus ojos azules en medio del revoltijo de esqueletos, reconocimos a Sylviane, en efecto. Carmen no se equivocaba. Aquellos ojos azules ardientes eran los de Sylviane.

Nos acercamos a las tablas donde se hallaba Sylviane y ya solo vimos a Sylviane, sus ardientes ojos azules, en medio de las otras, que habían desaparecido en cuanto habíamos reconocido a Sylviane. Estábamos allí, cerca de ella, como si estuviéramos únicamente con ella, como quien va a visitar a un enfermo al hospital y está solo cerca

de su cama, ignorando a los demás enfermos. Carmen la llamaba suavemente:

—¿Sylviane, Sylviane?

En aquellos ojos azules ardorosos se había iluminado una mirada.

—Nos ha visto —dijo Lulu.

—¿Cómo te encuentras, querida Sylviane? —preguntó Carmen, y esa pregunta, que era falsa, pareció razonable. ¿Acaso se pregunta a un moribundo cómo se encuentra? La ternura que traslucía la voz de Carmen era verdadera. Sylviane nos había reconocido, pero ya no tenía fuerzas para hablar. Nos miraba, sus ojos azules ardorosos nos miraban, y no podíamos interpretar nada en el azul ardoroso de sus ojos, que formaban unas manchas brillantes y claras en el rostro pardo, salpicado de morados, el rostro de Sylviane que iba a morir.

—No te canses, no digas nada —le dijo Carmen con ternura.

Nosotras tampoco teníamos nada que decir a Sylviane. ¿Qué decirle a una chica de veinte años que se está muriendo cuando ni siquiera puedes preguntarle si le apetece algo, porque no teníamos nada que llevarle? Sylviane se estaba muriendo y sus ojos azules como piedras preciosas se apagarían, se volverían pardos como su rostro. Allí estábamos, frente a ella, y la mirábamos porque no tenía fuerzas para decirnos nada y nosotras no teníamos nada que decirle. Sylviane, inmóvil, nos miraba y en su mirada solo interpretábamos soledad y angustia. No se movía. Su mirada no se movía. Parecía muerta cuando le dio un ataque de tos que le estremeció las costillas, cuyos aros veíamos a través de la manta por la que corrían piojos en todas direcciones. Sylviane sacó de debajo de la manta una mano descarnada —ya no era más que una transparencia de mano— y se llevó a los labios esa mano descarnada que podría haber pertenecido al esqueleto de al lado. Contuvo la tos con esa mano tan descarnada que temimos que los huesos se le descoyuntaran y se cayeran hechos añicos sobre la manta llena de piojos. El ataque de tos se agravó en un estertor que dio una o dos sacudidas más al dibujo de sus costillas debajo de la manta harapienta. Sylviane apartó la mano. Unas babas rosadas hacían espuma en sus labios. Agotada por la tos, Sylviane dejó caer la cabeza sobre las tablas y su cabeza, que ya solo estaba sujeta al torso por unos cartílagos nudosos, parecía a punto de soltarse —tal

cual, suavemente, sin crujidos ni desgarros—, la cabeza se soltaría y rodaría por encima de la manta llena de piojos o contra las costillas del esqueleto de al lado, donde se detendría al chocar contra las costillas marcadas del esqueleto. Lulu se inclinó hacia Sylviane por encima del esqueleto desconocido que estaba en el borde exterior de las tablas podridas y volvió a colocar suavemente la cabeza de Sylviane en su lugar, delicadamente, en el eje del cuerpo, para que la cabeza aguantara un poco más. Lulu rebuscó en la parte de arriba de su vestido, sacó un trozo de trapo y secó la espuma rosada de los labios de Sylviane, sin conseguirlo, porque no quería restregarla, tratando de limpiar un reguero de sangre reseca que tenía alrededor de los labios. Carmen le quitó el trapo de las manos a Lulu, se inclinó a su vez por encima del esqueleto de al lado y secó los párpados de Sylviane.

—Nunca había visto unos ojos de un azul así. Mirad qué hermosos son todavía. Y su pelo… ¿Te acuerdas del pelo que tenía, Charlotte, de un rubio dorado que combinaba de maravilla con sus ojos?

Entonces se inclinó un poco más hacia el rostro de Sylviane y la besó.

—Duerme, querida. Ahora duerme. Tenemos que marcharnos. No podemos quedarnos más tiempo. Pero volveremos. Duerme.

Carmen sabía perfectamente que no íbamos a volver. Lo decía por si Sylviane aún la oía y le acariciaba la frente con ternura para acompañar esas palabras que la acunaban.

—Duerme, querida. —Y besó a Sylviane, a esa cabeza afeitada en la que ardían unos ojos azules al fondo de unas cavidades pardas. Mientras se enderezaba y se apartaba para dejarme sitio, Carmen dijo —: Bésala tú también.

Así mismo. «Bésala», como si fuera lo más natural del mundo besar a una moribunda con la boca sucia de una baba mortal. Me incliné hacia el rostro de Sylviane. Sus ojos ardientes me miraban, cada vez más azules, cada vez más profundos a medida que me inclinaba hacia ella, y habría querido huir, alejarme corriendo de aquel montón de esqueletos, de aquellos pisos de esqueletos, de aquel olor a muerte y a podrido. Me incliné hacia la ardiente mirada azul de Sylviane y habría querido tener la valentía de hacer trampas delante de Carmen y Lulu,

pero no tuve la valentía y besé a Sylviane sin abrir apenas la boca, preguntándome si eso bastaría a ojos de Carmen y Lulu, crispada por la repugnancia. Mara, ¿fue así como besaste a tu hermana Violaine, o bien experimentaste un arrebato de amor que te hizo olvidar su rostro corroído por la lepra y ver solo sus ojos? ¿Alguna vez en la vida os habéis avergonzado de algo?

No hay que avergonzarse de nada, no hay que arrepentirse de nada, ¿para qué? Quien estaba allí era Germaine, no Sylviane, Germaine, que había vuelto con nosotras, ayer o anteayer, en cualquier caso, uno de esos días, porque Sylviane ya estaba muerta, en los últimos días, porque Germaine no había cambiado, aún conservaba la boca compasiva, la mirada azul luminosa, la bondad y la ternura en los ojos. Seguía cogiendo la mano de Germaine. Le daba la mano, que era suave y carnosa porque no se había adelgazado durante la enfermedad, simplemente se había vuelto como transparente, sin perder su fisonomía. Le daba la mano a Germaine. Le daba la mano a Germaine y no me decidía a separarme de ella, como allí, donde nunca me separaba de la mano de mi madre, por la noche, para dormirme.

—Creo que deberíamos dejarla con su marido —dijo Lulu (no, creo que aquel día no era Lulu, me confundo) y salimos a la terraza.

Maurice se había quedado de pie sin moverse, de pie contra el paisaje de colinas y los geranios refulgentes, sin moverse desde que nos había cedido el lugar en la habitación de Germaine. Le estrechamos la mano. Regresó con Germaine. Permanecimos un rato en la terraza, en el resplandor del atardecer. Una de nosotras tres dijo:

—Deberíamos preguntarle si podemos ayudar en algo.

—En todo caso, decirle que volveremos pasado mañana para el funeral —añadió la otra.

Sé que las otras dos que estaban conmigo aquel día, el día que murió Germaine, no eran ni Carmen ni Lulu. Como Lulu, Carmen y yo estuvimos juntas al despedirnos de Sylviane, las confundo con las compañeras que estaban realmente conmigo cuando murió Germaine. Una de ellas, que no era ni Carmen ni Lulu, sino otra, le hizo una seña a Maurice a través de la puerta acristalada para decirle adiós, porque teníamos que tomar el tren. Maurice volvió a salir a la terraza para darnos las gracias, decir que no necesitaba nada, que su hijo mayor se

ocuparía de todo, que, si no podíamos regresar al cabo de dos días, que lo comprendería y que se alegraba de haber visto a las compañeras de Germaine aquel día.

Jacques

Era el único que regresaba a A. aquel día. Nadie me iba a esperar en la estación. La mayor parte había regresado antes, en dos o tres grupos para los que se había desplazado toda la ciudad, con las autoridades y los camaradas del partido. Les habían organizado una fiesta. Aún había banderas en el andén. Nadie me iba a esperar, llegaba demasiado tarde. Mi grupo —éramos siete, los siete supervivientes de un convoy— se había retrasado a causa de Marcel, que estaba enfermo. Habíamos esperado a que estuviera en condiciones de viajar para volver. Lo habíamos acordado mucho tiempo antes: no nos separaríamos hasta que no llegáramos a París. Los siete habíamos regresado el día antes. Yo era el único que volvía a Charente. Estaba solo desde que abandoné París. En el tren, la gente se deshacía en atenciones hacia mí. Me ofrecían comida, bebida, y me hacían preguntas. Estaba tan exhausto que apenas respondía. Alguien de A. que había viajado en mi compartimento me hizo observar más tarde que le había parecido sospechoso y que no daba la impresión de sentirme cómodo. Me enteré mucho más tarde. En aquel momento, me pareció que la gente estaba ofendida porque solo contestaba a sus preguntas asintiendo con la cabeza. Debe de haber pasado hambre, debe de haber pasado frío. Tal vez se preguntaban si yo era un verdadero deportado. Sin embargo, bastaba con mirarme… Necesitaba estar a mi aire, la gente quería que contestara a sus preguntas. No sé si a los demás les pasó, pero a mí, al principio, no me apetecía hablar con la gente. Me resultaba demasiado difícil, después de haber hablado durante días y días con mis compañeros. Con la gente, siempre había que empezar por una explicación. Para contestar a cualquier pregunta, primero había que hacer una introducción, describir los lugares, la hora, el tiempo que hacía, aclarar quién era ese, quién era aquel. Se volvía interminable. Con los compañeros, no hacía falta dar referencias. Cuando decíamos: «El día

que el gordo echó a correr detrás de Simon…», todos sabíamos de qué se trataba y por qué Simon había tenido que correr después de quitarle al *kapo* gordo el pan que nos había robado. Fingí que dormía. Me habría gustado mirar el paisaje, reconocer los campanarios, leer los nombres de las estaciones. La gente no comprendía que necesitara estar solo en un rincón y reconocer las cosas, los cambios de agujas, los transformadores eléctricos que habíamos hecho saltar por los aires, las curvas de las vías donde habíamos provocado descarrilamientos dos años antes. La gente charlaba. Estaba contenta de charlar. Aún no había agotado la felicidad de charlar libremente y de hacer preguntas directas. Una mujer me dijo:

—Supongo que se le hace raro volver.

Sí, se me hacía raro. Ella esperaba que yo contestara algo. Fue entonces cuando fingí que dormía. Cuando creyeron que estaba profundamente dormido, un hombre dijo:

—Debe de estar cansado, el pobre. Está flaquísimo…

En el pasillo había prisioneros que volvían. Ellos sí que hablaban y la gente se alegraba de escucharlos. Yo los oía sin seguir la conversación, lo justo para adivinar que su cautiverio pronto se mezclaría con sus recuerdos del servicio militar, y los envidié.

Al salir de la estación, reconocí a uno o dos empleados, al menos al revisor. ¿Seguían allí? Se hacía raro, desde luego. Me cuesta decir qué sentía. Esperaba encontrarme las cosas y la gente tal y como eran antes de mi partida y, sin embargo, me extrañaba que todo estuviera igual. Estaba extrañado y fuera de lugar. Se hace raro ser el único que ha cambiado.

Frente a la estación, los viajeros se dispersaron. Algunos me miraron de arriba abajo. Esperé un momento como quien se orienta, como quien todavía no sabe a dónde ir. Debía continuar a pie. Sabía a dónde ir: a casa. Estaba a diez minutos. Puesto que había encontrado la estación y la avenida igual que antaño, creía que recuperaría mi paso vivo, mi paso de antaño. La de veces que había bajado por la avenida de la estación… Al ponerme en marcha, las piernas empezaron a pesarme, como si mis zapatos tuvieran las suelas de hierro. Me sentí tan desalentado que volví —¡qué dolor!, me tambaleaba—, volví a la estación para sentarme en un banco. Sabía que no habría nadie en el

andén porque no había anunciado mi regreso. No esperaba que nadie fuera a mi encuentro y, sin embargo, estaba decepcionado. Como si todo el mundo tuviera que saber que iba a regresar. ¿Así era el regreso? Me quedé mucho rato en el banco, repitiéndome: «Tienes que ponerte en marcha antes de que se haga de noche», y no me movía. Sin duda, no iba a llegar ningún otro tren, la estación se había vaciado. Allí estaba, completamente solo en la sala de espera, completamente solo en el banco, repitiéndome que debía volver a casa. Llegaría a tiempo para la cena. Un empleado pasó dos o tres veces por delante de mí, me miró. Yo volví la cabeza para no tener que hablar con él. Me di cuenta de que otro empleado me observaba desde la taquilla. Luego otro se me acercó y me preguntó si tenía previsto cambiar de tren.

—Hoy ya no hay más conexiones —dijo.

—No, no voy a cambiar de tren, he llegado. —El empleado aguardaba, benévolo. Añadí—: Vuelvo a casa.

—Sí, ya veo que ha regresado —dijo el empleado—. ¿De dónde es usted? ¿Necesita algo?

Su voz era cálida y por fin me apeteció oír hablar, hablar. Le dije dónde vivía.

—¿Está usted seguro de que su casa sigue existiendo? Hubo muchos bombardeos en ese barrio.

Me quedé desconcertado. Eso no lo había previsto. Bombardeos, sí, por supuesto, sabía que había habido, y menos mal, pero en mi barrio… No, eso no lo había previsto. Hice un esfuerzo para preguntar si había habido víctimas.

—Más de veinte —contestó el empleado.

En el campo, las muertes se contaban a centenares todos los días. Que se pudiera morir fuera del campo no se me había ocurrido. ¿De qué se moría en libertad? En el campo, pensábamos que a nuestros allegados no podía sucederles nada, salvo si estaban en la Resistencia. ¿También se moría fuera? Las obviedades siempre resultan confusas.

—He terminado el servicio —dijo el empleado—. Si quiere, puedo acompañarlo.

Me puse en pie. Me tendió un brazo para ayudarme.

—No, no, estoy muy bien.

Intenté mantenerme recto. No hablé durante el trayecto, tanto porque estaba preocupado como porque me quedaba sin aliento. Él también habría querido hacerme preguntas. Bastante antes de llegar a la altura de casa, lo vi. Me detuve. Dije:

—Era allí.

—¿Es usted el hijo de los Dumont? Perdóneme, no lo había reconocido. Sus padres fallecieron en el bombardeo.

—Lo sabía —dije.

En un instante, comprendí que debería haberlo sabido. Si mis padres hubieran estado vivos, habrían ido a la estación, habrían esperado tras la llegada de todos los trenes. Me quedé plantado en medio de la calle. La cabeza me daba vueltas, las rodillas me flaqueaban. El empleado me sostuvo por el codo. Aguardaba con respeto, con la expresión respetuosa que se adopta en los funerales mientras se avanza para dar el pésame. Entonces dijo:

—Venga. Le haremos una cama en casa. Mañana, cuando haya descansado, ya irá a informarse al ayuntamiento.

Al principio, pensé que sería mejor ir a casa de algún compañero que a casa de aquel desconocido. Decía conocerme, pero yo no lo recordaba en absoluto. Había conocido a mis padres. Acepté cuando me dijo que vivía muy cerca.

Al día siguiente, fui a la ciudad. No sabía por quién empezar. A mis camaradas podían haberlos detenido después de mí, fusilado, deportado. De pronto, me imaginaba las desgracias. Trataba de suponer quién, de todo el grupo, habría tenido más posibilidades de escaparse. ¿Vincent? ¿Albert? ¿Louis? ¿Quién habría sobrevivido?

Vincent estaba en casa. Él mismo me abrió. Me abalancé hacia él, temblando de alegría. Me temblaba el mentón, me temblaban los labios, aunque habría querido gritar de alegría. Vincent estaba en el umbral de la puerta, tieso como un palo, con los brazos pegados al cuerpo. Me quedé tan atónito que me pregunté si era una alucinación. No, era Vincent. Por fin, recuperé la voz:

—¡Vincent! Soy yo, Jacques. He cambiado, pero soy yo, Jacques.

Se quedó plantado en el umbral de la puerta, mudo, y yo me quedé delante de él sin entender nada. Ni siquiera hoy sabría decir si Vincent estaba enfadado, molesto o de mal humor, yo estaba demasiado

pasmado para darme cuenta de nada. Se me pasaron por la cabeza varias hipótesis, demasiado rápidas como para poder formularlas ahora. Vincent había sido detenido y no había resistido. O bien Vincent no era de los nuestros y había pasado al otro bando. O bien Vincent se había vuelto loco. O yo. Ninguna de esas hipótesis era verosímil y me quedé allí mirando a Vincent, que no me miraba a los ojos. Sin mirarme, reculó mientras empezaba a empujar la puerta. Me sentí desgraciado, avergonzado, estúpido. El temblor que poco antes me había estremecido hasta las piernas se transformó en entumecimiento. Se me heló la sangre. Me marché. Ya no sabía dónde estaba, ya no sabía en qué punto estaba. No entendía nada. Me dolía la cabeza. Se me partía el corazón. Anduve por las calles sin reconocer el camino. Todo se me escapaba. Algo que debería haberme dado la clave se me escapaba. ¿Qué? Había algo que sacar en claro. ¿Qué? Todo estaba embrollado, enmarañado, atascado. Permanecí mucho rato en un café, incapaz de formularme las preguntas que debería haberme hecho. Tenía que aclararlo.

Cuando llamé al timbre de Louis, no estaba en casa. Me abrió Aline. Al verme, dio un paso hacia atrás. Dijo de corrido:

—Louis no está.

No se movía, no abría la puerta. Yo tampoco me movía. Entonces preguntó:

—¿Ha vuelto?

Me trataba de usted. Cuando me abrió, sentí alivio. No la habían detenido, Louis no había sido detenido, sin duda, y ese trato de usted… La cabeza se me nublaba cada vez más. Todo daba vueltas. Me apoyé en el umbral de la puerta. Aline aguardaba, con la cabeza gacha.

—Disculpe, estaba a punto de salir.

Cerró la puerta tras ella y se alejó por la avenida a paso vivo, con la espalda recta. No entendía nada. De todas formas, entendí que no tenía sentido ir a casa de los demás. Me dirigí a la estación, siguiendo las vías. Si hubiera oído un tren, habría tenido arrestos para escalar por el balasto y tumbarme en los raíles. Agucé el oído.

En la estación, busqué al empleado que me había albergado. No estaba de servicio, sin duda, no lo vi. Me dejé caer en una silla del bar-

restaurante. No tenía hambre. No tenía sed. Tenía frío. Quise poner orden en mi cabeza, desenredar los hilos. Ya nada funcionaba en mi cabeza. Cuanto más me empecinaba en comprender las cosas, más se nublaba todo. Así se vuelve uno loco. O amnésico. Me volví loco. Pensé en el hospital como un refugio. Estoy loco, en el hospital me van a curar. El camarero me preguntó si quería almorzar. Pedí algo y me lo comí todo mientras me esforzaba por reflexionar. Me tropezaba con las preguntas. ¿Por qué? Al primer por qué, todo se empantanaba. ¿Qué hacer? No hay nada que hacer. ¿A dónde ir? No tengo a dónde ir. El bar-restaurante se animaba, el andén detrás de los cristales se animaba. No puedo quedarme aquí indefinidamente. Me parecía que la gente me observaba con la mirada inexpresiva de Vincent, con la mirada huidiza de Aline. ¿A dónde ir? Sin contar el hospital, no se me ocurría adónde.

Tardé mucho en acordarme de mi tía, una hermana de mi madre que vivía a pocos kilómetros de allí. Abandoné el bar-restaurante sin mirar a mi alrededor. Necesité varias horas para recorrer el camino. A intervalos cada vez más pequeños, tenía que sentarme junto a la carretera. Cada vez creía que no iba a poder levantarme.

Al reconocerme, mi tía rompió a llorar. Llevaba años sin verla. Cuando me detuvieron, hacía años que no tenía tiempo para cultivar las relaciones familiares. Mi familia eran los camaradas. Mi tía esperaba que volviera, pero le perturbaba tanto tener que anunciarme la muerte de mis padres que no había acudido a la llegada de los trenes. Ella también quería hacerme preguntas.

—Estás cansado, pequeño mío.

Recurría a expresiones que me irritaban…

—Estás cansado, aunque es comprensible, después de todo lo que has sufrido. Pero conseguiremos que levantes cabeza.

Y entonces se embalaba: el bombardeo, el funeral de mis padres, su lugar en el cementerio y lo que había hecho en el entierro.

—Te he esperado para colocar la lápida. Eso es cosa tuya. Tu hermano está en la parte de los fusilados. ¿Quieres ponerlo con tus padres? ¿Qué opinas? En fin, tú verás.

Dejé pasar varias semanas antes de ir a visitar a otros deportados que habían vuelto antes que yo. Conocía a algunos, que no eran de mi

célula ni de mi convoy, pero sí del mismo partido. Nada más regresar, Vincent los había puesto en guardia contra mí. Estando allí, se habían convencido de que había sido yo quien había delatado a mi red y me reprochaban mi hipocresía. Menos mal que me habían separado de ellos cuando me mandaron a un comando con el grupo de Lucien; habrían lamentado haber compartido conmigo sus paquetes. Eso es lo que comprendí más tarde. Cuando nos volvimos a ver, no me dijeron nada y seguí preguntándome por qué todos ellos me rehuían. Y, durante todo ese tiempo, de fondo, como en una región oscura por la que no me atrevía a aventurarme, estaba Denise. No pronunciaba su nombre, ni siquiera en mis adentros. Temía volver a verla. Temía volver a ver a cualquiera. A veces pensaba en ir a ver a amigos de mis padres. Lo pensaba durante varios días y siempre acababa aplazándolo. Si por casualidad me encontraba con algún conocido, lo saludaba a la carrera y apretaba el paso. Durante mucho tiempo no tuve el valor de escribir a los compañeros de mi grupo, a aquellos con los que había regresado: Lucien, Marcel, Henri. A fuerza de insistir, un día Denise consiguió que escribiera a Lucien. Pero no le dije lo que me había sucedido. Cuando les conté toda la historia, en la cena que habíamos acordado veinte años antes al separarnos en París, me reprocharon que no hubiera confiado en ellos. Por aquel entonces, yo ya no confiaba en nadie. Si no hubiera sido por Denise, creo que me habría pegado un tiro. Por suerte, esa noche, durante la cena del 3 de julio, todos estaban pendientes de Loulou. Habría preferido estar en el lugar de Loulou que en el mío, pensándolo bien.

Denise fue la primera en abordarme. A ella también la habían prevenido contra mí, nada más regresar de Ravensbrück, pero se negaba a creerse las acusaciones que me hacían. Me lo aclaró todo:

—Compréndelo. Después de que desmantelaran la red, los camaradas que no habían sido detenidos, es decir, Vincent, Louis y Aline, investigaron por qué nos habían atrapado a casi todos y la única explicación que les convenció fue que alguien había delatado a la red. Después de muchas comprobaciones y deducciones, llegaron a la conclusión de que había habido un traidor y que el traidor eras tú.

Quise ir volando a verlos para gritarles que no era yo, para demostrarles que no era yo. Demostrar. La sinceridad debe verse, debe

sentirse.

—No —dijo Denise—. No te creerán.

A partir de aquel día, busqué a alguien que pudiera respaldarme, que pudiera demostrar mi buena fe. Ya no quedaba nadie que pudiera testificar en mi favor. Todos habían sido fusilados o habían muerto deportados. El hecho de ser el único superviviente no jugaba a mi favor. Incluso era la principal prueba contra mí. Únicamente Denise seguía confiando en mí. Ella era distinta. Los camaradas le exigieron que rompiera conmigo. Ella se negó en redondo y fue excluida. Entonces nos casamos. Fue un matrimonio triste. Yo deseaba abandonar la ciudad, establecerme en otro lugar. Denise pensaba que eso significaría reconocer mi culpa. Debía quedarme y aguantar y mantener la cabeza alta y demostrar que era inocente. Durante años, continué buscando. Durante años, Denise se obstinó en continuar buscando. No pensábamos en nada más. A punto estuve de darme por vencido más de una vez. ¿Por qué no me había muerto allí? ¿Qué sentido tenía haber luchado tanto por volver?

Un día que Denise estaba en el mercado —me acordaré siempre, fue un sábado por la mañana—, vio a Vincent, que iba derecho hacia ella. Iba derecho hacia ella, pero no la abordó de frente. No se atrevía a mirarla a los ojos. Resulta que acababan de echar el guante a uno de los inspectores que nos había detenido a todos, al que apodábamos Don Carlos, porque era medio español. Llevaba años escondido. El juez de instrucción había llamado a Vincent como testigo —él, Vincent, era quien le había denunciado a la policía después de la Liberación—. Quería decirle a Denise que también me iban a convocar a mí. Denise lo escuchó. Recelaba de él.

—Entonces —le preguntó—, ¿no quiere que Jacques testifique?

—Sí, precisamente. Pero quería decirte —la tuteó, pero parecía incómodo—, precisamente quería decirte que el juez me leyó los informes de vigilancia. Yo fui el causante de todo. De la desgracia. Me reconocieron en un tren. ¿Te acuerdas de que yo hacía de enlace en toda la línea, de París a Bayona? Pues me reconoció un poli que me había detenido en 1939, cuando el partido fue ilegalizado. En aquella época, me había escabullido. Había huido de la comisaría. Pues figúrate que el poli que me había detenido en 1939 me reconoció en

1943. A pesar del bigote y del pelo teñido. Estábamos un poco verdes. Cambiábamos de todo menos de manera de caminar. Te reconocen por la manera de caminar. Cuando me vio caminar delante de él, saliendo de la estación, el poli me reconoció. Pensó que un tipo como yo no debía de haberse enderezado. Y empezó a vigilarme. Yendo de uno a otro, reconstituyeron toda la red. Una vez que tuvieron todos los hilos (tardaron más de tres semanas en reunirlos y, mientras tanto, nos valíamos de toda clase de estratagemas y estábamos seguros de nuestra manera de proceder, seguros de eludir cualquier vigilancia), cuando tuvieron todos los hilos, les bastó con recoger la red. Una vez más, me escapé por los pelos, como recordarás. Y luego cambié enseguida de región. Así que dile a Jacques que lo convocarán. Y si quiere venir a verme…

Me rehabilitaron. Por mucho que sepa que en su lugar yo habría hecho lo mismo —porque yo también era un dogmático—, ya no puedo mirar a los camaradas como antes.

Denise

Me costó tanto volver a llevar a Jacques a la orilla
me costó tanto acompañar a Jacques y que viviera
que no tuve tiempo para pensar en mí.
Su casa
su padre su madre
su hermano fusilado
fue dura su vuelta
los camaradas con su frialdad los camaradas dándole la espalda
los camaradas que ya no lo reconocían
era todo lo que perdía
era toda su vida perdida.
Me decía a mí misma hoy debo serlo todo para él
todo no es demasiado no es nada
no es nada y jamás lo seré todo para él no cuento
solo contaré si le devuelvo el valor de vivir.
Me decía a mí misma no hay que pasar cuentas
le decía Jacques
solo puedes contar con tu propio valor hay que plantar cara
Jacques me decía Denise
qué podemos hacer contra la sospecha
Yo decía Jacques
la sospecha no es traición
Él decía Denise
la traición tendría sus pruebas la traición tendría sus razones
la sospecha no tiene ni pruebas ni razones
contra la sospecha no puedes hacer nada
Yo decía Jacques
hay que plantar cara
Él decía Denise
para plantar cara hay que armarse de valor y yo no puedo

he mirado la muerte
no puedo mirar la sospecha en los ojos de los camaradas
Yo decía Jacques
morir sería cobarde
Él decía Denise
prefiero morir que no mirar de frente
Yo decía
Jacques
Jacques hay que aguantar
Y cada mañana él decía
Denise humildemente como quien pide permiso
Y cada mañana
yo decía No Jacques
No Jacques no debes hay que aguantar
hay que aguantar el tiempo que haga falta
Me costó tanto devolverle la voluntad
de vivir
que pensar en mí
durante todos esos años…

Gaby

No salgo porque tengo frío. Cuando salgo, por mucho que me arrope, por mucho que me ponga un abrigo gordo y unas botas forradas, siempre cojo frío. Frío en los pies, y enseguida me provoca diarrea. No podría llegar al final de la calle. En verano, cuando realmente hace buen tiempo, doy una vuelta por el jardín. Aquí, los veranos… Incluso en verano tengo frío. Encendemos la calefacción casi todo el año. Solo de ir a la puerta a abrirte, mira, se me han puesto los dedos blancos. ¡Qué envidia me da Poupette! ¡Acertó de lleno marchándose a un país cálido! Me dijo que se marchaba porque ya no soportaba el frío ni los inviernos interminables. En las Antillas está de maravilla, revive. Hace tiempo que no tengo noticias de ella. ¿Sabes cómo le va todo? Tenía la intención de abrir una tienda, creo. Yo, con la situación de Jean, con mi hijo, debo quedarme aquí. Cuando Jean se jubile, nos mudaremos al sur de Francia. Por lo demás, soy feliz en mi casa. Ya vuelvo a sentir los dedos. ¿Te preparo un café? Siempre me estoy frotando las manos. Parece una manía. No me quito las zapatillas forradas de piel de oveja en todo el año, pero no puedo andar por casa con guantes… Cuando volví, tuve que estar dos años en Plateau-d'Assy.[9] Tenía una mancha en los pulmones. Por la noche, había que dejar la ventana abierta. Ni las enfermeras ni los médicos quisieron reconocer que eso me cortaba la respiración. «Debe acostumbrarse. Ya se acostumbrará.» Y en cada ronda, la enfermera comprobaba que la ventana estuviera abierta, lo supervisaba aposta. Decirle a alguien que ha vuelto de Auschwitz que debe acostumbrarse al frío… Y eso que tuve suerte al volver. Sí, después de que hubieran fusilado a mi padre, después de haber visto morir a mi madre y a mi tía allí, reencontrarme con Jean fue una suerte. Hubo tantas mujeres que no pudieron reencontrarse con su prometido… Jean había regresado antes que yo. Regresaba de Alemania y no sabía nada de Auschwitz, de manera que no se había preocupado demasiado. Si todos aquellos que nos esperaban se

hubieran imaginado lo que padecimos y qué pocos supervivientes habría, no se habrían limitado a esperar que volviéramos. Jean, si lo hubiera sabido… Nos casamos y empezamos a amueblar la casa. Fue entonces cuando tuve que irme a Plateau-d'Assy. En aquella época, no se curaba a la gente a domicilio como hoy en día. Jean venía a visitarme muy a menudo, cada dos domingos, y todas las vacaciones las pasaba cerca de mí. Me sermoneaba, me animaba, me repetía que, después de cinco años de separación —lo habían detenido en junio de 1940, así que ya ves—, dos no eran nada. Para mí fue todo lo contrario: después de Auschwitz, esos dos años aún se me hicieron más largos. Sin Jean, no habría aguantado allí hasta curarme. Las montañas estaban cubiertas de nieve. Volver de allí y ver nieve… Jean se desvivía por convencerme de que era distinto. Con todos mis jerséis —fue allí donde empecé a tejer—, con mis tres o cuatro jerséis uno encima del otro, parecía un osito. Jean me decía: «Osita mía, pronto estarás curada, pronto volverás a casa. Ya verás lo bien que se está en casa». Es verdad. Nuestra casa es fácil de calentar. ¿Te acuerdas de que Germaine decía: «Si vuelvo, tendré una casa muy caliente»? Y su pregunta-adivinanza: «Si te dieran a elegir, ahora mismo (y lo decía durante el recuento, mientras teníamos los pies en la nieve), si te dieran a elegir entre un gran cuenco de chocolate ardiente, muy cremoso, un baño caliente con un buen jabón, un jabón de lavanda, y una cama bien caliente, con una bolsa de agua caliente y un edredón mullido y gordo, ¿qué es lo primero que elegirías? Yo, la cama caliente. Desde luego, ¡acostarme en una cama bien caliente!». Siempre pensábamos en el calor. Germaine también decía: «Si algún día vuelvo, en invierno no lavaré la lechuga con agua fría. Usaré agua tibia». Pues figúrate que yo lo hago: caliento el agua para lavar la lechuga. Una casa bien caliente… Por eso nunca salgo. Hasta tal punto que, si me quedo sin pan, prefiero no comer que ir un momento a la panadería, que está justo en la esquina. Aunque eso no sucede prácticamente nunca. Tiene que surgir algo imprevisto, como que venga alguien, un compañero de mi hijo, que se quede a cenar por sorpresa. Los domingos, Jean hace la compra para toda la semana. Ni siquiera hace falta que le dé una lista, a no ser que necesite algo especial. Con mi nevera gigantesca, tengo de todo a mano. A mí, el

mercado… Hay un mercado cubierto, pero con muchas corrientes de aire. Hace un frío que pela. Compadezco a los pobres vendedores. Cuando tengo frío, me recuerdo allí. Los caminos helados, el barro helado, el viento, la nieve, las tormentas de nieve durante el recuento. Y con todo lo que llevábamos encima… ¿Cómo resistimos?, me pregunto a menudo. Solo de recordarlo, me estremezco, me acurruco en mi sillón, me envuelvo con mi chal. En casa, estoy bien. No me aburro, aunque de día estoy sola. Entre la limpieza, un poco de costura y tejer, estoy ocupada. Jean llega a casa hacia las siete. Lo primero que hace es bajar al sótano para revisar la caldera. Cenamos, charlamos, escuchamos un disco o la radio. No tenemos tele. Muestra demasiados horrores. Tuvimos un televisor, pero cuando se estropeó, Jean no lo llevó a reparar. Fue durante la guerra de Argelia. Uniformes, soldados, ametralladoras… Preferimos leer. Estamos solos los dos durante la mayor parte del tiempo. Jean-Paul no suele estar en casa por la noche desde que se echó novia. Tiene veinte años, ¿te das cuenta? Veinte años… Se van a casar cuando Jean-Paul haya hecho el servicio militar. Es encantadora la chica. Viene a vernos a menudo. Los domingos. No salimos los domingos. Paso demasiado frío en el coche. Siempre invitamos a los amigos y a la familia. En verano, los hombres juegan a la petanca en el jardín, en invierno juegan a las cartas, mientras las mujeres charlamos y nos encargamos de la cena. Es de lo más relajante. Por supuesto que a veces me veo obligada a ir a la ciudad, si necesito algo de ropa o zapatos. Aunque raras veces. No llego a gastar la ropa. Además, tejo. Hasta me tejí un abrigo. Te lo enseñaré. Ya me dirás qué te parece. En cuanto a la casa, quien se ocupa de todo es Jean. Antes de salir, por la mañana, echa un vistazo a la cocina. Si falta mantequilla o café, trae por la noche y, de paso, compra el pan. Las cosas grandes —las sábanas, las mantas— las compro yo por catálogo. La lana también. Me encanta hojear catálogos. Recibo montones. Me arrellano, bien calentita, y me pongo a hojear catálogos, fantaseando. Menos mal que nunca he tenido que ir a trabajar. Porque salir de casa haga el tiempo que haga…

Louise

No sé por qué a Mado se le metió entre ceja y ceja que, si su marido también era un deportado, todo sería más fácil. Mírame a mí, con mi marido. Nos conocimos dos años después de volver. Él tenía veintinueve años, yo veintiséis. Había vuelto de Buchenwald, yo de Auschwitz. Aunque no teníamos los mismos recuerdos, sí que teníamos las mismas referencias, el mismo código, hablábamos el mismo lenguaje. Bueno, pues ¿sabes qué ocurrió? Después de veinte años de matrimonio, en casa solo queda un deportado. El deportado es él. Como fue deportado, enseguida se cansa. Como fue deportado, no puede acostarse tarde, tiene que meterse en la cama justo después de cenar. Como fue deportado, es frágil, está enfermo, está nervioso, es friolero. Le duele la cabeza, la barriga, la espalda o las piernas. Tiene que tratarse, tiene que cuidarse, tiene que descansar. Va al ambulatorio una vez por semana, al menos. Si vieras la cantidad de medicamentos que toma… Polvos, ampollas, comprimidos, viales, tiene por todas partes. En verano, no nos marchamos de vacaciones. Él se va a hacer una cura a una clínica de convalecencia. Intento convencerlo de hacer un crucero, de ir a la playa o al campo. Me dice: «Los deportados no llegaremos a viejos, así que si quiero aguantar un poco más…». Como fue deportado, tiene que seguir un régimen. Todas las mañanas se toma dos yogures porque tuvo tifus. Yo también tuve tifus, pero cuando lo veo comerse sus dos yogures… Por lo menos, con él se habla de la deportación. Va al despacho, pero, en cuanto vuelve a casa, no merece la pena preguntarle nada. Batín y televisión. Nuestra casa es como una enfermería. Ese olor a enfermo, ¿sabes?, ese olor de los ungüentos para el reuma. Antes de dormir, quiere que la haga friegas en la espalda o la pierna. Claro que es verdad que no tiene una salud de hierro. Ninguno de nosotros volvió indemne. Pero no solo él tiene derecho a estar enfermo. De todas

formas, no podríamos estar enfermos los dos al mismo tiempo. Así que lo de casarse con un deportado…

Marceline

Gaby tiene suerte de poder preocuparse por ella misma. Yo no podría. Jamás he podido. Cuando volví, mi padre no había regresado de Buchenwald. Mi madre estaba sola, nunca había trabajado, ¿qué iba a hacer? Los ahorros se habían esfumado. Lo que ahorran los obreros durante toda una vida nunca es una fortuna, y como el dinero ya no tenía el mismo valor, aunque mamá hubiera logrado conservar lo que tenía —era imposible, ¿cómo habría comido durante los tres años en que mi padre y yo estuvimos deportados?—, aunque hubiera logrado salvar sus ahorros, habría sido una suma ridícula. Esa fue otra de las sorpresas que nos llevamos al volver… Cuando cobré la prima de repatriación, me creí rica, creí que podría estar una época sin trabajar. Con lo que correspondía a tres meses de mi sueldo antes de la guerra, apenas daba para vivir quince días. Sin embargo, mi madre había hecho milagros, te lo aseguro. Aún tenía provisiones: jabón, azúcar, arroz e incluso café. No sé de qué vivió en nuestra ausencia. No había tocado nada. Lo había guardado todo para cuando regresáramos. Enseguida comprendí que mi padre no iba a volver. A su edad… Mi madre no quería creérselo. Durante mucho tiempo, mucho tiempo, albergó la esperanza de volver a verlo. Y mucho tiempo después, cuando decía que ya había perdido la esperanza, cuando sus labios decían que ya habían perdido la esperanza, sus ojos conservaban la esperanza. Yo le decía: «Piénsalo, mamá. Si papá hubiera sobrevivido, habría dado señales de vida cuando liberaron los campos. Habría entregado algún mensaje a los que volvían». ¡Qué tenaz puede ser la esperanza! ¡Qué desesperada puede ser la esperanza! Contaban que había prisioneros y deportados en Rusia, que estaban en Odesa a la espera de un barco, o bien hospitalizados, o incluso que vagabundeaban por allí… En Polonia, en Hungría, en Rumanía… ¿Te acuerdas de todas las leyendas que se forjaron? Hasta que un compañero de mi padre que no había podido venir antes porque

estuvo enfermo, y sin duda también porque le faltó el coraje, hasta que ese compañero no vino a vernos, mi madre persistía en su esperanza. La de veces que le repitió la pregunta: «¿Lo vio muerto? ¿Lo vio muerto con sus propios ojos?». Fue un suplicio para aquel pobre desdichado. No, no pude descansar al volver. Habría podido disfrutar de una de esas clínicas de convalecencia, esos hoteles que habían requisado para los prisioneros en balnearios, era gratuito, pero así no habría entrado dinero en casa. Y en casa no quedaba ni un céntimo. Ya era extraordinario que mi madre hubiera aguantado hasta el final sin endeudarse. ¡Yo estaba agotada! El menor gesto me dejaba molida: cepillarme el pelo… Se me caía la mano como si fuera de plomo, se me escapaba el cepillo. Estaba tan agotada… Me quedaba tumbada en el diván del comedor y me daba la impresión de que nunca más podría levantarme. Sin embargo, tuve que hacerlo. Durante un tiempo, recibí una ayuda de una organización. Poca cosa. Era muy justo. Mi madre seguía sin cobrar la pensión. Mientras albergaba la esperanza de que mi padre volviera, no presentó la solicitud. Descansé durante seis semanas y después, a trabajar. Me costó horrores, ¿sabes?, fue un martirio. Solo el trayecto, por la mañana… Llegaba al despacho exhausta. Por suerte, trabajaba con buena gente. Mis colegas me ayudaban. Tomé reconstituyentes, calcio, vitaminas, sí, pero no pude descansar. Si ahora no me encuentro del todo bien, es por esa razón, sin duda alguna. Deberían habernos dado dos años de descanso. Aunque me hubieran mantenido durante dos años, ¿qué habría hecho mi madre? De todas formas, hay que reconocer que al regresar —salvo los tuberculosos, que estaban obligados— a ninguno de nosotros le apetecía retirarse al campo, quedarse quieto. Todos estábamos impacientes por vivir, por volver a la vida. Algunos se embarcaron en la militancia, otros se casaron y se apresuraron a tener hijos, como si quisieran recuperar el tiempo perdido. Yo tardé cuatro años en casarme. Y no quise tener hijos. Mi marido tampoco insistió. Ya tenía dos de su primer matrimonio y le bastaba. Te aseguro que no habría tenido fuerzas. Además, me daba miedo tener un hijo discapacitado. No, no tenía suficiente salud como para dársela a un hijo.

Después de casarme, seguí trabajando un tiempo. Siempre había trabajado, así que me costaba imaginarme haciendo de ama de casa, dependiendo de un marido. No lo dejé hasta que realmente ya no fue posible continuar. De hecho, mi marido prefería que su mujer estuviera en casa. Me quedo en casa, pero no por eso me preocupo por mí. Para nada. Tengo muchas cosas que hacer. Llevar la casa es latoso y recibimos muchos invitados. Por su posición, mi marido tiene que recibir mucho. Viene gente a cenar dos o tres veces por semana. También salimos muy a menudo. Mi marido tiene que salir y quiere que lo acompañe. Sin embargo, hay días en que preferiría guardar cama. Mi marido es un hombre muy vital. Deportes de invierno, tenis… No puede entender que alguien esté cansado. No hay que abandonarse: esa es su regla de conducta. Tal y como te lo describo, creerás que es un verdugo. No, no, no es un verdugo. La deportación fue una prueba terrible, lo sabe, pero sostiene que la naturaleza humana está dotada de una extraordinaria plasticidad, gracias a la cual el individuo se adapta y se readapta a todo, sin que entre en juego la voluntad. «La prueba de que es así —dice— es que volviste. (Podría demostrarle lo contrario contando todos los que no volvieron. Dejémoslo. No quiero discutir este asunto con él.) Tienes malos recuerdos, por supuesto. Pero no debes ser prisionera de esos recuerdos terribles, no debes obsesionarte con ellos. No debes dejarte aplastar por ellos. Es una cuestión de voluntad. Lo que se acabó se acabó.» Y punto. No hay que dejarse llevar. Casi ha construido una teoría. Se nota que es científico. Por desgracia —digo por desgracia porque, si tuviera razón, mi salud no estaría tan maltrecha—, su teoría hace aguas cada vez que sufro un episodio de fiebre. Todos los años, más o menos en la misma época, tengo mucha fiebre durante varios días. Ningún medicamento me alivia. Los análisis de sangre y las radiografías no revelan nada. Mi médico no entiende ni papa. Mi enfermedad no tiene nombre. Lo llamo mi aniversario del tifus. Después de cada ataque, tardo semanas enteras en recuperarme. He buscado la causa, he tratado de saber qué desencadena la crisis: ¿es a raíz de un choque, del agotamiento, del nerviosismo? No, en absoluto. Es inexplicable. Siempre empieza igual: con dolor de cabeza violento, dolor de barriga y fiebre que me sube de golpe. Y de manera

repentina, sin ninguna señal, sin que me sienta abatida o simplemente triste la noche antes… A pesar de eso, no me preocupo por mí. En cuanto vuelvo a ponerme en pie, retomo toda mi actividad. Tengo unos nervios de hierro. Mi marido debe de tener razón. No quiero ceder. Ni hablar de vivir como una enferma.

El funeral

Íbamos a encontrarnos en el tren. Cuando llegué a la estación, tres de nosotras ya estaban allí, comprando el billete. Nos besamos.

—¿Cuántas creéis que seremos?

—No sé si seremos muchas. Para las que viven fuera de la capital es muy justo. En todo caso, he mandado un mensaje a todas de las que tengo la dirección. Marie-Louise me ha llamado por teléfono; irá directamente en coche, con su marido.

Las cuatro vivíamos en París y nos veíamos bastante a menudo. Por tanto, charlábamos de cosas sin importancia. Esperamos un momento cerca de la taquilla y luego, echando un vistazo detrás de nosotras, nos dirigimos hacia el andén, donde nos habíamos citado. Nadie todavía. Permanecimos cerca del vagón cuyo letrero indicaba la ciudad a la que debíamos acudir. Seguimos charlando de cosas sin importancia, sin dejar de vigilar.

—¿Estás bien? ¿Cómo está tu marido? ¿Y tus hijos?

—¿Quién es esa de allí, de gris? Parece que busque a alguien.

—¿Quién?

—La mujer alta vestida de gris. Quizá sea una de nosotras, pero no la reconozco.

—Yo tampoco.

La mujer de gris se acercó, pasó muy cerca de nosotras, continuó avanzando.

—No, no es una de nosotras. No reconozco su forma de andar.

La mujer nos había dejado atrás. Se dio la vuelta, vaciló, entonces sonrió y regresó hacia nosotras.

—Parece Jeanne. Creo que la he reconocido.

—¿Jeanne? Cómo ha cambiado…

Estaba junto a nosotras.

—¿No me reconocéis? Soy Jeanne.

No había cambiado en absoluto. En cuanto la reconocimos, era ella. En cuanto la reconocimos, enseguida, sin titubear, le quitamos las arrugas y la ajadura de la piel, el cansancio alrededor de los ojos, la amargura en un surco de la boca e, inmediatamente, era la que había sido. Retocada, purificada por nuestra memoria, se había convertido de nuevo en la Jeanne que habíamos conocido. Pensé: Qué raro… ¿Yo también tengo varios rostros? Parece que cada una de nosotras tenga un rostro —fatigado, envejecido, quieto— y, por debajo de ese rostro estropeado, otro rostro —iluminado, vivaz, el que guardamos en la memoria— y, acoplado encima, una máscara comodín, la que se pone para salir, para ir por la vida, para abordar a la gente, para participar en lo que ocurre a su alrededor, una máscara de cortesía como las que se ajustan las dependientas mientras se ponen el uniforme de dependientas. Sin duda alguna, somos las únicas que vemos su rostro desnudo por debajo.

Jeanne nos reconoció a todas y nos besó.

—¿Quién te avisó? No te mandé ningún mensaje, no tengo tu dirección.

—Ayer me encontré a Mimi por casualidad. Fue curioso. Justamente ayer y en un lugar al que no voy nunca. Estaba acompañando a mi hija a un nuevo dentista. El nuestro…

—¿Tienes una hija? ¿Qué edad tiene?

—Pronto cumplirá diecinueve años.

—¿Con diecinueve años no va sola al dentista?

—La acompañé porque es un amigo…

—Diecinueve años… ¿Entonces te casaste nada más volver?

—Casi…

—¿Solo tienes una hija?

—También tengo un hijo.

—¿Cómo puede ser que no te hayamos visto en todos estos años?

—No lo sé. Pasan los días. Vuelan los años. Falta tiempo. Entre el marido, los hijos, el trabajo…

—¿Trabajas? ¿A qué te dedicas?

—Soy química, como antes.

—Así que Mimi recibió mi carta. ¿Te dijo si iba a venir?

—No habría reconocido a Mimi. Y eso que no ha cambiado. Cuesta explicarlo: es ella y no es ella. Parece cansada. Fue ella la que me reconoció. No, no vendrá. Fue a visitar a Germaine hace dos días, la vio en sus últimos momentos, así que el funeral…

—Tú tampoco has cambiado.

En el caso de Jeanne, era verdad y era mentira. Si la observabas con detenimiento, todo había cambiado: la expresión, con ese surco de amargura en los labios, el pelo, la figura. Evidentemente, ya no estaba tan flaca como allí. Más que flaca, estaba consumida. Sin embargo, no había cambiado: su mirada, su voz, los gestos de sus manos precisas y hábiles.

—Todo el mundo tiene una casa que llevar, un trabajo…

—Pues no lo sé. Pasan los días, pasan los años…

—¿Tú sientes que pasan los años? Yo no. Sé que envejezco, aunque no, no es exactamente así. Envejecí de golpe al volver y desde entonces soy vieja y ya no envejezco. Ya no me muevo.

—Pues me alegro de que te molestes en ir a los funerales —dijo otra que acababa de llegar al compartimento donde nos habíamos colocado y que besaba a Jeanne—. Ojalá haya funerales más a menudo.

—Tú sí que no has cambiado —dijo Jeanne—. Siempre tan mordaz.

—No, pero es que parece que haya que morirse para que pienses que te necesitamos.

Jeanne sonreía. Su sonrisa nos devolvía la Jeanne de antaño, pese a que se había arreglado la dentadura.

—No seas malvada.

—Haces bien en molestarte por los muertos, son la ocasión de volver a ver a los vivos. Tendría que haber funerales más a menudo.

—¡Ya basta! ¡Cállate! —dijo una que aún no había intervenido en la conversación—. El cinismo es gracioso, pero no hace falta insistir.

—¿Se puede saber qué pasa con los funerales? No solo se mueren las compañeras.

—¿Significa eso que vas a otros funerales?

—A veces sí. Y me da igual, la verdad. No me cuesta nada ir. Desde Auschwitz, ya no lloro en los funerales… Es una suerte que te hagan un funeral. Cuando pienso en Viva, en Mounette, en Claudine…

—Yo pienso a menudo en Mariette.

—¿Ya empezamos con la letanía?

—¿Quién más va a venir?

—¿Y Gaby? ¿Alguien la ha avisado?

—Sí, claro. Pero no podemos contar con ella. Ya sabes que no sale de casa.

—¡Mira! ¡Otra! ¡Aquí, aquí! —gritó la que estaba asomada a la ventanilla. Hizo señas a la recién llegada, que echó a correr, agitó las manos en dirección a nosotras, subió al tren de un salto y apareció en el umbral del compartimento, donde la acogimos riendo—. Siempre igual. Siempre con miedo a llegar tarde. ¿Por qué te da miedo perder el tren? Solo deberías haber perdido uno y ese no lo perdiste.

—Pues me brindó el placer de conocerte. ¿Cómo estás? —Y le acercó la mejilla.

—No ha cambiado. Siempre en la luna. ¿Os acordáis del día en que perdió los zapatos?

—No perdí los zapatos. Me los robaron.

—Es lo mismo. Anda, siéntate. No te quedes ahí plantada. Puedes sentarte aquí. Eso no quita que si Carmen no les hubiera robado enseguida otro par a las gitanas…

—¿Robasteis zapatos? —terció Jeanne, con un tono de reproche.

—Porque tú nunca robaste nada, ¿no?

—A los SS, cuando podía, sí, pero a las prisioneras no.

—Tú siempre tan virtuosa, me pregunto cómo te las arreglaste para volver. Menos mal que estábamos nosotras. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que fuera al recuento descalza, a menos veinte grados? Queríamos pillar a esa idiota.

—Sí, para hacerme enfadar.

—Las gitanas nos lo robaban todo. Y zapatos, tenían más de un par. Se nota que no estuviste en Birkenau, Jeanne.

—Si no fueras tan distraída, habrías estado pendiente de tus zapatos. Yo, siempre que estuvimos en el bloque 26, por la noche me los guardaba debajo de la cabeza, como si fueran una almohada.

—Escucha, ya sabes que lo pierdo todo. ¿Vas a reprocharme que me robaran los zapatos cada vez que nos veamos?

—Tú también tienes suerte de que te trajéramos de vuelta. A fuerza de perderlo todo, te habrías perdido tú.

—Todas las que volvimos tuvimos suerte —dijo Jeanne—. La suerte de tener a las demás.

—Tú erre que erre: la virtud y la moral, la justicia y a cada cual lo que le corresponde.

El tren se puso en marcha.

—Ya no vendrá nadie más.

Doblamos los abrigos, los pusimos en los portaequipajes de red y nos sentamos. Jeanne se puso a mi lado.

—¡Cuánto me alegro de volver verte! No has cambiado, ¿sabes? Nada. ¿Qué ha sido de ti? ¿Qué has hecho? ¿Te volviste a casar?

—No.

—¿Por qué no te volviste a casar? No es bueno vivir sola.

—No me imagino viviendo con otro.

—¿Después de todo este tiempo?

—Después de todo este tiempo.

—¿No lo pensaste seriamente?

—No tuve la intención, o la ocasión. No lo sé. En fin, nunca lo consideré. Al principio, era demasiado pronto, después, era demasiado tarde.

Mientras contestaba a la pregunta de Jeanne, cobré conciencia de todo lo que me hacía sentir tan próxima a ella y a las demás compañeras. Solo una de ellas podía permitirse una pregunta tan directa, solo una de ellas podía lograr que contestara de manera tan directa, sin encontrar la pregunta indiscreta. Jeanne prosiguió:

—¿No te aburres sola?

—Tengo muchos amigos, mucho trabajo.

—¿Eres feliz? —Me miró—. No es eso lo que quería decir. Ya lo sabes. ¿Estás contenta con lo que haces?

Jeanne se mostraba tan natural conmigo como si nos hubiéramos visto poco antes. A eso se refieren, sin duda, mis compañeras cuando dicen que entre ellas se sienten bien. Entre nosotras, no hay que hacer ningún esfuerzo, no hay ninguna obligación, ni siquiera la cortesía habitual. Entre nosotras, somos nosotras. No sabía qué había hecho Jeanne durante los últimos veinte años, cómo había vivido, pero no

tenía la menor importancia. Realmente, era como si nunca nos hubiéramos perdido de vista. Y eso que Jeanne no formaba parte de nuestro convoy. La habíamos conocido en Raisko —nosotras, aquellas de las supervivientes que habíamos tenido la suerte de ir a Raisko, al comando del laboratorio—. Ese día la encontré tal y como era entonces, recta y seria con su bata blanca, atenta, yendo y viniendo, manipulando los instrumentos con delicadeza, seria y hermética ante Herr Doktor, entregada y generosa con las compañeras, y osada hasta el punto de rozar la imprudencia cuando se trataba de mejorar la cotidianidad.

—Jeanne, ¿te acuerdas de los tomates? —La pregunta venía de la otra punta del banco—. ¿De los tomates que robamos en el invernadero? ¡Menuda historia! Casi te pillaron, aquella vez.

—¿Tomates? ¿Había tomates en Raisko? Es la primera vez que lo oigo.

—Sí, en el invernadero. ¿Recuerdas el invernadero?

—Sí, pero no me acuerdo de los tomates.

—Claro que sí. Haz memoria. Jeanne había visto unos tomates madurando en unas macetas. Estaban medio hundidos en el mantillo.

—Incluso habían cogido un sabor rarísimo.

—No, no me acuerdo de los tomates. Yo no debía de estar en aquella expedición.

—Sí que estabas. Todo el mundo estaba. Hasta cogiste más que las otras y se te cayeron por el camino. Yo iba detrás de ti y los recogí.

—¿Estás segura de que Charlotte seguía allí el día de los tomates? ¿No fue después de que se marchara a Ravensbrück?

—Sí, estoy segura. Las ocho se fueron de Raisko a Ravenbrück a principios de enero. Fue después de *El enfermo imaginario*, y *El enfermo imaginario* fue hacia Navidad. Lo de los tomates fue en verano.

—Tomates… ¿Y nos los comimos?

Estaba perpleja. No guardaba en la memoria el sabor de los tomates.

—¡Pues claro que nos los comimos!

—No recuerdo en absoluto haber comido tomates en ningún momento cuando estuve allí.

—Pues sabían a tomate, te lo aseguro. ¿Verdad, Jeanne? Qué raro que no te acuerdes. Fue el día que pillaron a Germaine con un pepino.

—Tal y como lo cuentas, parece una comilona. Pepinos, tomates…

—Germaine había cogido un pepino enorme y se lo había guardado debajo del vestido. La pilló la gran kapo de jardinería. Y al día siguiente la mandaron a Birkenau como castigo.

—¿No te acuerdas del miedo que pasamos por Germaine?

—Sí, me acuerdo. Eso es lo que suplantó el recuerdo de los tomates, sin duda.

—Germaine estuvo toda la noche en el calabozo. Pasamos un miedo horrible.

—¿No podríais contar algo más divertido? De todas formas, es curioso que no te acuerdes de los tomates…

—Yo sé por qué no se acuerda. Fue en la época en que estuvo alienada. Había perdido la cabeza por completo.

¿Así que hubo muchas épocas en que perdí la cabeza? ¿Cómo puede ser que me dé la impresión de que ahora la tengo tan clara y bien amueblada? ¿Qué hay que recordar y qué hay que olvidar para no perder la cabeza? Haber olvidado lo de los tomates es una lástima. No es un recuerdo triste, el de los tomates. ¿Por qué no olvidar el olor del humo, el color del humo, las llamas rojas y negruzcas que surgían de las chimeneas, que el viento torcía y cuyo olor llevaba hasta nosotras? ¿Por qué no olvidar todas las muertes de la mañana y todas las muertes de la tarde?, ¿por qué no olvidar los cadáveres con los ojos carcomidos, con las manos retorcidas como patas de pájaros helados? ¿Por qué no olvidar la sed, el hambre, el frío, el agotamiento, dado que no sirve de nada que me acuerde de eso, dado que no puedo hacer entender a nadie lo que todo eso significa realmente? ¿Por qué no olvidar cuánto duraba el tiempo, cuantísimo duraba?, dado que ahora todo el mundo dice que veintisiete meses no son tanto en una vida y dado que no puedo hacerles comprender la diferencia entre el tiempo de allí y el tiempo de aquí, entre el tiempo de allí que estaba vacío y que estaba cargado por todos esos muertos, porque por mucho que los cadáveres fueran ligeros, cuando hay miles de cadáveres esqueléticos, eso pesa y te aplasta bajo su peso, entre el tiempo de allí, que estaba vacío, y el tiempo de aquí, que es un tiempo hueco.

—Yo no me acuerdo de nada. (¿Quién era la que decía eso?) No me acuerdo realmente de nada. Cuando me preguntan algo de allí, noto una especie de vacío enorme delante de mí y, en lugar de tener vértigo y de apartarme, me lanzo, me zambullo en ese vacío enorme que está delante de mí para escaparme. Solo me acuerdo si estoy con vosotras o, de hecho, no, simplemente reconozco vuestros recuerdos. ¿Soléis hablar de eso, por lo general? Cuando no estamos juntas, quiero decir.

—Yo, nunca.

—Yo sí. Creo que la gente debe saberlo. Es necesario que se sepa. ¿Por qué nos esforzamos tanto por volver si no sirve de nada, si nos quedamos calladas, si no contamos cómo era aquello?

—¿Y de qué sirve contarlo?

Jeanne seguía haciéndome preguntas:

—¿Y cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Tienes buena salud?

—Sí, aparte de algunos problemas en el aparato digestivo, como todas.

—Tienes muy buen aspecto. Me alegro de encontrarte tan bien.

Me miraba con la mirada que tienen siempre los que estuvieron allí, una mirada que ve.

—¿Y tú?

Casi no me atrevía a hacerle esa pregunta. Pese a haber reconocido su rostro de antaño debajo de las arrugas y la tez ajada, Jeanne tenía algo enfermizo, algo mórbido, en el color de la piel, en las encías.

—No. No estoy bien. No duermo. Desde que volví, prácticamente no duermo. Ningún somnífero me da sueño. Los he probado todos. Me duermo por la mañana, unas cuantas horas, y eso con suerte, no todos los días. Y, cuando me levanto, siempre tengo dolor de cabeza, un dolor de cabeza espantoso. Estoy deseando que mis hijos crezcan y terminen los estudios. Me gustaría aguantar bastante tiempo por ellos. Estoy viva, pero ¿esto es vida? Tengo que acostarme tempranísimo, a menudo incluso antes de la cena, de lo cansada que estoy, y, una vez en la cama, no consigo dormir. Es por eso también que no me habéis visto en todos estos años. Esperaba a encontrarme mejor, a estar más en forma, y lo iba aplazando. Sé cómo empezó. Cuando volví, tenía pesadillas. Me daban tanto miedo aquellas pesadillas que me

inventaba toda clase de excusas para retrasar el momento de dormir. Al final, perdí el sueño. ¿Tú no tienes pesadillas?

—Raras veces. Solo una, siempre la misma. La tengo más o menos una vez al año, aunque no he identificado si es después de alguna conversación o de alguna reminiscencia. Siempre sigue el mismo argumento: estoy en la cárcel. Me dejan salir unas horas y, por la tarde, vuelvo tal y como había prometido, después de haber tenido la tentación de escaparme durante todo el día, después de haber intentado perderme. Nunca lo consigo, el camino siempre desemboca en la cárcel. Siempre el mismo argumento, en escenarios distintos: a veces en La Santé, a veces en Romainville, a veces en un edificio que no conozco, a veces en el campo. El más espantoso es el campo. ¿Te lo imaginas? ¿Haber salido de Auschwitz y volver por tu propio pie? Cuando cruzo las alambradas y me doy cuenta de que nunca más volverá a presentarse la ocasión de salir, es tan horrible, es tan agobiante que quiero gritar y no puedo gritar porque me duele el pecho. Por fin grito y entonces me despierto. Justo cuando veo las alambradas, las atalayas, el perfil de las chimeneas. Nunca veo nada más. Siempre grito antes de haber visto nada más. No me lo explico. Si alguna vez hubiera intentado escaparme y me hubieran pillado, pero no.

—¿Alguien tiene noticias de Marceline?

—¿Por qué? ¿Está enferma Marceline?

—No se sabe qué tiene. Fiebre. Le pasa a menudo.

—Todos los años tiene una especie de fiebre. Es su aniversario del tifus.

—Yo (hablaba una mujer sentada enfrente), yo, en mis pesadillas, vuelvo a ver a todas las que murieron. Suplican, llaman. Las oigo y no me muevo. No puedo moverme. Tengo los pies atados. Es horrible.

—Habrase visto, las dos del fondo, ¿no podríais participar en la conversación general? Si Jeanne ha vuelto, no es para que te la quedes para ti sola.

—¿Y qué decía la conversación general?

Alguien prosiguió:

—Cuando estaba allí, soñaba que estaba en casa, y, desde que volví, sueño que estoy allí.

—¿Y si pasamos del sueño a la realidad?

En el pasillo, el camarero del vagón-restaurante agitaba una campanilla. Cogimos turno.

—¿A qué hora es el primer servicio?

—A las once.

—Perfecto. Así tendremos tiempo para comer. Llegamos a la una y el cortejo fúnebre es a las tres. En la estación no podemos perder el autobús de enlace.

—¿Lo has oído? No podemos perder el autobús de enlace.

—Pero si nunca pierdo nada cuando estoy con vosotras.

Todas nos reímos.

—¿Alguien ha pensado en las flores?

—Sí, las he encargado por telegrama. Las entregarán directamente allí.

¿Y si pasamos del sueño a la realidad? ¿Dónde está la realidad?

El desconocido que venía hacia mí
era
tras tantos años
el primer hombre al que deseaba besar.
La ciudad estaba llena
de hombres que no veía
el desconocido que se acercaba
era
tras tantos años
el primer hombre que miraba
Me hablaba
yo no lo escuchaba
le miraba los labios
deseaba besarlo.
En el instante en que los seres se separan
solo había visto su boca
y con tan frágil atisbo
salgo en su busca
en la ciudad
en la ciudad de las mañanas
en la ciudad azul de las noches
siempre otra ciudad
y que se me escapa.
Busco y sé
que no lo encontraré jamás
La ciudad entera está vacía y me pertenece.

Françoise

Rehacer tu vida, vaya expresión… Si hay algo que no se pueda rehacer, algo que no se pueda volver a empezar, es tu vida. Se podría borrar y empezar de nuevo… Borrar y reescribir por encima… No me entra en la cabeza que sea posible. Me pregunto cómo lo hicieron los que lo hicieron. Trasplantar otro corazón en un corazón exangüe… ¿O hacer una transfusión de sangre para que lata ese corazón acoplado? Volver a dar calor y movimiento a un corazón helado… ¿De dónde sacar el calor? ¿De dónde sacar el movimiento?

Cuando Paul… ¿Te acuerdas de aquella mañana de mayo, en la cárcel, de aquella mañana de mayo en que te llamaron a la vez que a mí? Cuando me condujeron hacia él, cuando atravesé la cárcel por largos pasillos que resonaban para decirle adiós, supe que mi corazón solo seguiría latiendo si le ordenaba latir, que mi corazón solo tendría movimiento si se lo ordenaba y si tenía fuerzas para continuar la lucha en la que nos habíamos embarcado Paul y yo. Y luchar, ahora… ahora que lo sabemos, ahora que ha estallado el escándalo, ahora que se ha desvelado la mentira. Mi corazón ya solo late obligado. Jamás revivirá el latido del amor, el latido vivo del amor.

Cuando me llamaron, aquella mañana, algo se detuvo en mí y nada puede ponerlo en marcha de nuevo, como un reloj que se detiene cuando quien lo lleva deja de vivir.

Cuando me llamaron, aquella mañana, supe al oír mi nombre que era para decir adiós a Paul. ¿Por qué llamarme a las cinco de la madrugada? ¿Por qué llamaban a una mujer, en una cárcel, a las cinco de la madrugada, en mayo de 1942?

Cuando me llamaron, aquella mañana, supe que debía elegir, elegir de inmediato, entre vivir y morir. Elegí vivir porque aquel soldado permanecía allí, en el umbral de mi celda, mientras me vestía. Paul había luchado contra aquel soldado de muerte, poniendo en riesgo su vida, y hoy Paul perdería la vida y yo no debía ceder ante aquel

soldado portador de muerte. Debía aguantar hasta el final y vivir hasta la muerte.

Cuando me llamaron, aquella mañana, no dormía. En la cárcel se duerme mal. Porque te falta aire, porque te falta movimiento, porque la cama es de tablas desvencijadas e infestadas de chinches, porque tienes hambre, porque tienes frío, incluso en pleno mes de mayo. Aunque todo eso no impediría dormir. Duermes mal porque piensas. Piensas contra las paredes. Todavía no me han llamado para interrogarme. Debo aguantar, debo resistir. Tendré la fuerza suficiente. Sí, seré fuerte. Paul ha tenido la fuerza de aguantar bajo tortura. ¿Qué hace ahora? ¿Dónde está? ¿En esta cárcel o en otra?

Cuando me llamaron, aquella mañana, al menos supe la respuesta a esa pregunta. Paul estaba en la misma cárcel que yo. ¿Me habrían llamado para decirle adiós si hubiera estado en otra cárcel?

En la cárcel, piensas contra las paredes. Yo pensaba en Paul. Solo pensaba en Paul. ¿Cuántas paredes hay entre él y yo? ¿Qué le hacen? Lo torturan. Paul aguantará, pero su cuerpo acabará cubierto de magulladuras, con las encías en carne viva, la cabeza martilleada, los miembros molidos a palos, y me dolía donde se abatían los golpes sobre el cuerpo de Paul, en las articulaciones, en los labios, esos labios que yo rozaba tan suavemente, tan suavemente para no despertarlo, porque quería que descansara y al mismo tiempo no podía resistirme al deseo de acariciarle los labios. Ya dormía porque había vuelto tarde, agotado por las largas caminatas que daba por la ciudad para esquivar la vigilancia antes de reunirse con los camaradas de lucha. Pensaba en Paul tratando de recordar únicamente su sonrisa. Su sonrisa se torcía en una mueca de tortura. Apretaba los labios. Nunca jamás volvería a ver su sonrisa.

Pensaba contra las paredes y quería forzar las paredes para forzar la esperanza. Un destello de esperanza entre esas paredes… No hay ni una fisura en todas esas paredes. ¿Lo juzgarán? Si hay un juicio, Paul será condenado a muerte. Y el pensamiento se para porque el corazón se para. ¿Hay alguna posibilidad, alguna remota posibilidad, de que no sea condenado a muerte? No hay ni un atisbo de posibilidad. Fue detenido, fue torturado y, si no muere bajo tortura, será condenado a muerte. El juicio podría retrasarse… Si el juicio no tuviera lugar de

inmediato… Podría producirse un milagro, caer una bomba en la cárcel, que derribara una parte de estas paredes y entonces Paul se escaparía; los partisanos podrían hacer estallar la cárcel y rescatarían a Paul. Ya no piensas, deliras. No habrá ningún milagro. Paul morirá.

Cuando me llamaron, aquella mañana, supe enseguida que Paul sería fusilado, fusilado sin juicio, y que él lo sabía. Sabía que aquella mañana las balas le despedazarían el corazón —¿cuántos días, cuántas noches hacía que lo sabía?—, sabía que le estallaría el corazón y que mi corazón ya solo latiría lo justo para no sucumbir, lo justo para aguantar, que mi corazón solo tendría la fuerza justa para eso, no más.

Tuve que aguantar mucho tiempo, mucho más tiempo del que creía la mañana que le dije adiós a Paul. Me llevaron de vuelta a mi celda. Mi pensamiento ya no chocaba contra las paredes, mi pensamiento había muerto contra las paredes. Tuve que aguantar mucho más tiempo del que creía. Auschwitz fue largo. Aguanté porque había que aguantar, y fue duro y fue largo. Pero, a pesar de que fue tan largo y tan duro, no quería que terminara. Mientras estuviera en Auschwitz, no debía tomar ninguna decisión. Prefería no imaginarme el momento en que iba a regresar porque no podía imaginarme cómo iba a vivir sin Paul. Me daba miedo volver a ser libre. Ser libre, ¿para qué? ¿Cómo iba a vivir sin él? Todavía no puedo imaginarme cómo vivir sin él. Desde hace tantos años. Vivo en una prórroga y, si Paul no me hubiera hecho jurar, al decirle adiós, que continuaría viviendo, mi corazón se detendría porque ya no le ordenaría que siguiera latiendo.

Rehacer tu vida… Si Paul ya no es más que una sombra en mi memoria. Cuando me muera, ¿quién se acordará del fuego que quería pegar al mundo para que sugiera una nueva aurora? He perdido el interés por esa nueva aurora. Sin él, ¿qué sentido tiene? Y ahora que se ha desenmascarado la mentira.

Rehacer tu vida, vaya expresión… Regresé. Volví a mi trabajo. Un hermoso trabajo: soy enfermera. Mis enfermos me necesitan. No vivo sin Paul, vivo con mis enfermos. Al final de mi turno, no tengo prisa por dejarlos. Les pertenezco por completo. La parte de mí que sabe curar a los enfermos les pertenece por completo. Vuelvo a nuestra casa para dormir. Digo: nuestra casa. Nunca he conseguido decir: mi casa. Después de tantos años, a veces hago como si Paul estuviera de viaje,

como si fuera a volver. Es un engaño tan extenuante que trato de no recurrir a él. Paul está muerto. Me lo repito para hacer lo que hay que hacer cuando ya no tienes al ser para el que vivías. Vivo como una sonámbula a la que nada podrá despertar.

Rehacer tu vida, vaya expresión…

No sé
si todavía podéis hacer
algo conmigo
Si tenéis el valor de intentarlo…

Cuando llegue la revolución
sacaré mi cerebro
de la cavidad craneal
y lo sacudiré sobre la ciudad
y nevará
una nieve de polvo
de polvo sucio
color del tiempo presente
que empañará el escarlata de las banderas

Y si tarda demasiado
ya ni siquiera tendré fuerzas para hacerlo.

Dedicatoria

Un hombre que muere por otro hombre
eso se busca
no vuelvas a decir eso Mendigo
no vuelvas a decirlo
son miles
que han tomado la delantera por todos los demás
por ti también
Mendigo
para que alabes la aurora
el alba era lívida
por las mañanas en el Mont Valérien[10]
y ahora
se llama aurora
Mendigo
es el alba con su sangre.

«Escribir no fue fácil. Cada palabra me hacía revivir
aquel dolor, pero sabía que era mi responsabilidad. La literatura
era mi arma para combatir el olvido, para que lo que
vivimos no volviera a repetirse.»

JOAQUIM AMAT-PINIELLA

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos
agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de
La medida de nuestros días. Esperamos que el libro le haya
gustado y le animamos a que, si así ha sido,
lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle
otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com y en nuestros perfiles de Facebook,
Twitter e Instagram, donde encontrará información completa
y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá
ponerse en contacto con nosotros para hacernos
llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Charlotte Delbo nació en 1913 cerca de París, en Vigneux-sur-Seine. Hija de emigrantes italianos, a los diecisiete años comenzó a trabajar como secretaria en la capital francesa. En 1932 se adhirió al movimiento de las Juventudes comunistas, y dos años más tarde conoció a Georges Dudach, muy activo en el seno del partido, con el que se casó en 1936. Un año más tarde, se convirtió en la secretaria de Louis Jouvet, entonces director del Théâtre de l'Athénée. El 2 de marzo de 1942, Charlotte y su marido fueron arrestados por las brigadas especiales de la policía francesa. Delbo fue encarcelada en La Santé, donde vio a Dudach por última vez el 23 de mayo, el mismo día en que fue fusilado. Fue trasladada a Auschwitz-Birkenau el 24 de enero de 1943 con un grupo de mujeres, la mayoría miembros, como ella, de la Resistencia. A principios de 1944 fue trasladada de nuevo, esta vez al campo de Ravensbrück, y en abril de 1945 fue liberada, tras veintisiete meses de cautiverio. De las doscientas treinta mujeres del convoy que llegó a Auschwitz, regresaron cuarenta y nueve. Unos meses después, mientras se recuperaba en un sanatorio suizo, Delbo empezó a escribir el primer libro de la tetralogía *Auschwitz* y después compuesta por *Ninguno de nosotros volverá* y *Un conocimiento inútil* (1965 y 1970; ambas publicadas en 2020 por Libros del Asteroide en un solo volumen), *La medida de nuestros días* (1971; Libros del Asteroide, 2025) y *La Mémoire et les jours* (publicada póstumamente en 2025). En 1947, comenzó a trabajar para la ONU en Ginebra y vivió en Suiza doce años. A su regreso a París formó parte del CNRS como asistente del filósofo Henri Lefebvre, a quien había conocido en 1932. Allí falleció en 1985, a los setenta y dos años.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *La medida de nuestros días*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Ninguno de nosotros volverá, Charlotte Delbo
K. L. Reich, Joaquim Amat-Piniella
La hierba amarga, Marga Minco

Notas

1. Entre abril y agosto de 1945, el céntrico hotel Lutetia de París fue requisado por el general De Gaulle y transformado en un centro de acogida para los supervivientes de los campos de concentración nazis. *(Todas las notas son de la traductora.)*

2. En los campos de concentración nazis, los *kapos* eran prisioneros que desempeñaban cargos administrativos. Solían ejercer tareas de supervisión y gozaban de ciertos privilegios.

3. Las llamadas «escaleras de la muerte», construidas por los primeros prisioneros de Mauthausen, comunicaban la cantera de granito con el campo de concentración. Los reclusos debían ascender los ciento ochenta y seis peldaños varias veces al día, cargados con enormes bloques de piedra de hasta treinta y cinco kilos.

4. Fragmento de un verso del poeta francés Saint-John Perse.

5. Construido en 1830 al noreste de París, en 1940 el Fuerte de Romainville fue convertido en una cárcel y un campo de concentración nazi, desde donde se deportaba a los detenidos a Auschwitz, Ravensbrück, Buchenwald y Dachau.

6. Instaurada con el armisticio del 22 de junio de 1940, tras la caída de Francia en mayo de 1940, la línea de demarcación era la frontera que separaba la Francia libre (situada en la mitad sur, salvo una franja al oeste que incluía Burdeos) de la Francia ocupada y administrada por el ejército nazi. A partir de noviembre de 1942, toda Francia fue sometida a la llamada Ocupación.

7. Entre 1939 y 1944, el campo de Drancy, situado al noreste de París, fue el principal lugar de internamiento de los judíos franceses detenidos en redadas, antes de deportarlos a campos de concentración nazis, principalmente a Auschwitz. Era conocido como la «antesala de la muerte».

8. Al regresar a Francia tras la Liberación, los deportados recibían una pequeña suma de dinero, un traje, un par de zapatos, una pastilla de

jabón y un poco de tabaco.

9. Pueblecito de los Alpes franceses, donde a principios del siglo XX se fundaron varios sanatorios especializados en el tratamiento de la tuberculosis y de otras enfermedades pulmonares.

10. Fuerte construido a mediados del siglo XIX en una colina situada a varios kilómetros al oeste de París, donde, durante la Segunda Guerra Mundial, se llevaron a cabo más de mil ejecuciones, en su mayoría de miembros de la Resistencia. Allí fue fusilado en mayo de 1942, a los veintiocho años, Georges Dudach, el marido de Charlotte Delbo.

Table of Contents

El regreso
Gilberte
Mado
Poupette
Marie-Louise
Ida
Un año y un día
Loulou
Poupette
La muerte de Germaine
Jacques
Denise
Gaby
Louise
Marceline
El funeral
Françoise
Dedicatoria
    Nota biográfica
    Recomendaciones Asteroide
    Notas